

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 287.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSÉ LÁZARO**

—————  
NOVIEMBRE 1912  
—————

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Impe. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Télfono 2.042

## GUERRA QUE ACABA Y REINADO QUE EMPIEZA

---

Entresacar de un puñado de cartas que el amor filial dictó, cien años ha, a un soldado animoso, anécdotas, noticias y comentarios que, completando el árido relato de la historia oficial, nos den clara idea de lo que pensaban y sentían los hombres de su época, es, a nuestro juicio, provechosa labor. Y si los meses que tal correspondencia abarca son los que vieron a nuestro Ejército invadir a su vez a la nación invasora, y al deseado Rey prisionero volver al trono de sus mayores, el interés crece y la lección se acendra; máxime si la pluma que confía al papel esperanzas o desencantos es la discreta y gallarda del General Girón, digno ciertamente de tener en las armas y letras de su tiempo preferentísimo lugar.

Al mediar el año 1813, el bizarro caudillo que ha mandado con tanta gloria como fortuna el Ejército de Galicia, organizado por él con especial cuidado y merecedor a sus órdenes, de los plácemes de Wellington; en la batalla de Vitoria, el afortunado general que obliga, el primero, a los franceses a repasar el Bidasoa, se ve separado de sus tropas vencedoras, por una intriga de partido que arranca de sus sienes los lauros de San Marcial. La merecida estimación del Lord le pone muy pronto al frente del Ejército de Andalucía, que por enfermo deja La Bisbal, dándole ocasión para batirse bizarramente en Sorauren; pero la envidia le persigue con más furia, y, des-

alentado al fin, pide licencia para reponer su salud en Santo Domingo de la Calzada.

Es mariscal de campo desde Agosto del año 9, por haber derrotado a Sebastiani en Aranjuez. Sus jornadas y miserias de soldado, siempre en primera fila en los años tristes; sus victorias en Arroyo-Molinos y Vitoria; sus pasmosos trabajos de reorganización de Ejércitos y creación de Academias militares que hicieron surgir en plena guerra la oficialidad brillante y entusiasta cuya valentía será único resplandor en la negrura de nuestras discordias civiles, no le impiden ver cómo los que fueron sus subordinados, Lacy, Freire y tantos otros, no más dignos que él, alcanzan el empleo de teniente general, que Wellington reclama una y otra vez en vano para tan noble caudillo.

Lo curioso es que Girón, envuelto en la desgracia de Castaños, perseguido por anticonstitucional, dista mucho de participar en este punto de las ideas de su tío: fuera por su edad (treinta y cinco años), siempre propensa a innovaciones, o por el trato con ingleses y franceses, Girón ama la libertad como bien supremo, y la sola idea de perderla le exalta y subleva. Oigamos la indignación que le produce la profesión de principios absolutistas que Reina, el diputado por Sevilla, se atreve a hacer en las nuevas Cortes:

«Puede jactarse Sevilla—escribe a su anciano padre desde Santo Domingo, el 11 de Febrero—de haber enviado un digno procurador en el bárbaro Reina, que tal polvareda levantó en el Congreso. No es fácil determinar si el tal obró más como tonto que como loco, o al revés. Si no fuera lo uno y lo otro junto, *no ignoraría que ni queremos ni aguantaremos reyes absolutos o tiranos.*

»Habrá gustado a Vm. el decreto del Congreso sobre la venida del Rey: está hecho para llenar los deseos de todos los buenos españoles.»

Pero su atención, atraída esta vez hacia la contienda que entre liberales y serviles se encrespa, más agria a medida que

el próximo regreso del Rey despierta temores o esperanzas, sigue con preferencia los sucesos militares y políticos de la nación vecina:

«14 Febrero del 14.

»El Ejército iba a adelantar, efectivamente, sobre Burdeos, según me dice Alava con fecha del 11.

»Napoleoncito está muy apurado y haciendo fortificar a París, a la sevillana o madrileña (1). Los conscriptos huyen de la gloria a bandadas, de modo que en la última semana se habían presentado en San Juan de Luz más de 1.500. Pretende Napoleón haber ganado una batalla; ésta, ni detiene a los aliados, ni es creída de nadie.

»Angulema (el duque) va en el Ejército, y así que esté en Burdeos hablará. Ha sido muy bien recibido.»

De vez en cuando, la noticia de algún atropello cometido contra los afrancesados despierta en aquel hombre culto y liberal, todo humanidad y nobleza, rencores de patriota aún encendido en los enconos de la guerra despiadada e inicua:

«18 Febrero 14.

»De noticias sólo sé la pequeña historieta de Vitoria contra los afrancesados, en que creo ha habido alguna sangre vertida, aunque no estoy muy bien informado: el pueblo lo hizo, y el pueblo no juega. En Logroño hubo cosa semejante, y la habrá en todas partes, porque la impunidad de esta canalla ofende la vista de los mismos que han sido por ellos perseguidos.»

Este naturalísimo sentimiento, que en nuestra frialdad se nos antoja inhumano, explica la presión formidable con que la opinión pública acució a Fernando para rechazar las insinuaciones de Luis XVIII en favor de los partidarios del rey intruso: si hubiera seguido otro camino, su humanitario perdón hubiera parecido a los ultrajados españoles antipatriótico y funesto.

---

(1) Dignos ejemplos ambos de fortificaciones improvisadas.

«Del Ejército nada sé —añade,— pero lo creo en movimiento: dicen que el cuarto (¡el que él mandaba!) está también andando para el bloqueo de Bayona...»

... «Duro es verse así, paralizado en el más bello momento de una brillante carrera; pero ¿qué se puede contra su estrella? Terrible cosa es ir a hacer el filósofo a treinta y cinco años, saliendo de los campos; mas es forzoso pasar por ello, quiérase o no.»

Este natural sentimiento de honrado dolor, al verse alejado de sus tropas en víspera de batallas, es *leit-motif* de sus quejas.

«25 Febrero 14.

»El cuarto Ejército se movió: José María (Ezpeleta, su cuñado) me escribe desde Irún el 21, y creía que al día siguiente pasaría la frontera. No saben cuál es su destino, pero presumen que el sitio o bloqueo de Bayona. Freire, más feliz que yo, tendrá el gusto de quemar a Marrac, que era uno de mis mayores antojos.

»Se asegura que el 14 se abrirán las conferencias para la paz en Chatillón-sur-Seine; si es así, pronto la tendremos, pues el Corso cederá ahora todo, con tal de salvar su vacilante corona.»

Otra vez la algarabía de Madrid le distrae un punto de su obsesión guerrera:

«Madrid está bien revuelto y no puede menos de estarlo; como que es el momento de mayor efervescencia. Los liberales hacen muchas y gordas; pero los serviles son una canalla despreciable a todas luces.»

Vuelve a hablar del Ejército en marcha:

«28 de Febrero 14.

»He tenido carta de mi hermano (político) el 24 ya delante de Bayona: sus cazadores se habían batido aquella mañana con los enemigos que encerraron en sus retrincheramientos. Lord Wellington está en movimiento; me figuro que ocupará a Pau

y Mont de Marsant, y, si los enemigos le dejan, adelantará hasta el Garona: no veo peligro ninguno en este movimiento.»

Su padre le noticia que lo más florido de su hacienda, quemada por los franceses, se ha hundido totalmente:

«Mala noticia es la del desplomamiento del Rosalejo. Deus dedit, Deus abstulit, etc., y no hay más que decir.

»Esto es lo que hemos sacado de la guerra. Los que tenían no podían ganar más que gloria y honor en una tan gran calamidad pública; otros han ganado fortuna: siempre ha sucedido lo mismo.»

El total abandono de la Península por los franceses, dueños aún de Cataluña, le entusiasma.

«18-Marzo-14.

»Aseguran la retirada de Suchet para reunirse con Soult: es probable y nos será muy ventajosa; nos deja el país libre; facilita las operaciones contra las plazas y simplifica el sistema de guerra.

»Estos resultados son lecciones no de perder: con una operación sobre Salamanca se hizo levantar el bloqueo de Cádiz y desocupó a Andalucía: con una batalla ganada sobre el Adour se liberta a Cataluña.»

Esta reflexión sobre el provechoso efecto de una amenaza a las comunicaciones, en vez de los eternos ataques de frente que buscan al enemigo allí donde mejor le place esperarnos, hubiera podido mil veces, en lo sucesivo, evitarnos pérdidas tan estériles como dolorosas.

En esta fecha, por un efecto de justicia tardía, conceden a Girón el empleo de Teniente general. La noticia impensada conmueve hondamente al padre septuagenario, Marqués de las Amarillas, hasta tal punto, que sólo puede escribir a su hijo adorado los siguientes renglones:

«Exmo. Sr.:

«Perico mío: No estoy hoy para escribirte más largo, aunque muy bueno.

»Demos gracias al Señor y usemos de sus beneficios, para bien de nuestra Patria y honor nuestro.

»Otro correo será largo.»

En cambio, el ascendido no se alborozaba ni entusiasma por la justicia que tanto se ha hecho esperar. Es que una nueva excepcional le sobrecoge y conmueve: la venida del Rey.

Para aquel leal vasallo, la llegada del Soberano, a quien han invocado en todas las amarguras y vitoreado en todos los triunfos, es el término y remate de los sobresaltos y congojas de aquella lucha interminable. Su presencia es la paz, el bienestar, la seguridad de que en tantos años no han podido disfrutar un día.

Difícil sería expresar más claramente sentimientos tan hondos: la más calurosa protesta de fe monárquica no alcanzaría hoy la sencilla grandeza de esta exclamación de alegría ante la aurora de aquel reinado, en tan lúgubres horas nacido, y que ha de contar en sus anales tantas críticas circunstancias, tales y tan iracundas embestidas entre las dos Españas irreconciliables.

«Santo Domingo, 28-Marzo-14.

»Mi amado Papá: He recibido con el mayor gusto la apreciable carta de Vm., del 19, en que me habla Vm., ya más despacio, de mi graduación y nuevo destino. Uno y otro los he recibido con bastante frialdad; pero no así la *Gaceta* extraordinaria del 24, en que veo la seguridad de la inmediata venida del Rey.

»Le aseguro a Vm. que no he tenido alegría más grande: estoy loco de contento.

»Veo el momento en que cogemos el fruto de nuestros largos sacrificios: el de la consistencia del Estado; el de la seguridad de que mi hijo tendrá con qué vivir y, en una palabra, el de el término más glorioso y lisonjero posible de esta gran convulsión, en que la opinión, la vida y el bienestar han estado tantas veces a la vuelta de un dado.

»El que Vm. vea, con perfecta salud, este gran desenlace,

es otra de mis satisfacciones mayores. Nada me amargaba más, de las cosas personales, que el que Vm. pasara su respetable ancianidad entre zozobras y escaseces y con la cruel incertidumbre de la suerte de su querida posteridad. Ahora podrá Vm. disfrutar, el resto de sus apreciables días, de toda la tranquilidad de que el hombre puede gozar, y la serenidad de los años que Dios nos conceda una vida tan amada será tanto más agradable, cuanto ha sido dura y deshecha la tormenta que se ha pasado. Tengo la satisfacción de que contribuyo a su felicidad de Vm., porque me ha visto siempre fiel al honor y a mi Patria, y esto es para mi más lisonjero que todo...

»Demos gracias a Dios que nos deja gozar de tanto bien.

»Pasan ya de 100 las cartas de enhorabuena de Cuerpos, de Jefes y aun de militares que no conozco: es lisonjero, pero cruel, el tener tantas cartas que responder.»

El entusiasmo popular es inmenso. Oigamos cómo muestra su alegría el tranquilo lugar de la Rioja:

«Santo Domingo, 1-Abril 14.

»Ayer recibimos la gustosa noticia de que el Rey había llegado el 24 a Gerona, y hubo, en consecuencia, toda la alegría que puede haber en este pueblo: yo tuve mi medio baile, cohetes y rueda gorda. Hoy me he mamado, en obsequio de S. M., una larga misa con *Te Deum*, y después parada y ejercicio del Regimiento que está aquí; de modo, que para la tranquilidad de esta Corte, ha sido un día de lucimiento y cansancio.»

Su instinto belicoso le hace aguardar con impaciencia la hora de verse en su nuevo destino a la inmediación del Lord:

«He podido conseguir que me den algún dinero, y así pienso salir del 3 al 4 al Cuartel general del Duque.

»Nada sé del Ejército hace tres correos, y José María me escribe, sin duda, porque nunca deja de hacerlo: infieren de esto, que hay algunos guerrilleros, a nuestra moda: si así fuere, haré lo posible para que no me atrapen estos *brigantes*...»

¡Qué ironía al devolver a los patriotas franceses el epíteto insultante que dedicaban a los nuestros!...

«En Madrid están locos, y con no poca razón: espero que el Tío (1) sea de los primeros a conocer este cambio de circunstancias.

»Nada sé de aliados. He visto en los papeles que Bonaparte ha tenido que tomar medidas severas con su Cuerpo Legislativo. Vm. habrá visto la proclama del Maire de Bayona. Todo esto indica que hay más que fermentación. Para pagarle en su moneda, ahora ha vuelto el Rey; debían declararle guerra a muerte todas las Potencias. Si le dejan, a la corta o a la larga nos dará hartó que hacer.»

En un momento de clarividencia, el militar comprende el olvido en que ha de caer la profesión que ama tanto, cuando la ruina del coloso devuelva la paz al mundo:

«Para nosotros sería mejor que quedase, porque con él quedaría el miedo y nos harían caso; si no, en estando las cosas tranquilas, vamos los militares donde los manguitos en verano...»

Sus cartas siguientes, fechadas en Tolouse, en el Cuartel general del Duque, llevan el sello de la estupefacción que le produce ver de cerca a aquellos franceses, tantos años soberbios dominadores, ahora complacientes y sumisos. Se nota que su sorpresa tiene dejos de desprecio:

«Tolouse, 26-Abril-14.

»Esto está muy tranquilo y la gente llena de entusiasmo con sus nuevos dueños. En el Ejército de Soult no reina el mejor espíritu. Aquí dicen: —*Ce sont des brigands; Soult devoit être pendú à la porte de la ville.* Nosotros respondemos: —*Oui, ces sont des brigands; il faut les exterminer.* ¡Vea Vm. una vuelta de dados un poco particular!

»Es de esperar que todo se tranquilizará, porque, al fin,

---

(1) Castaños.

Soult hizo su adhesión, se puso la cocarda blanca y mandó entregar los puestos de Santoña y Benasque.

»Dicen los papeles que Pepe y Gerónimo Bonaparte se han metido a partidarios... ¡Era digno de un rey de bandidos el acabar por serlo! ¡Cómo juega Dios con los hombres...!

»Aquí hay un teatro regular en que representan las comedias, y cantan horribilmente mal las óperas francesas.

»Vm. sabe que esta gente lo ha hecho y hace siempre todo con canciones y ahora se esmeran. Ayer, entre otras, cantaron:

«Ce Corse abominable  
Qu'a vèrsée tant de sang  
Portoit le nom d'un diable  
Et le cœur d'un tiran.  
¡Vive l'Europe entière  
Qui nous rend à jamais;  
Nos Lis, notre bannière  
Nos Bourbons, et la paix!»

»Por esta muestrcita podrá Vm. conocer el espíritu de estas gentes.

»Mañana llega el Duque de Angulema; será una locura. Hay fiestas magníficas. Ayer noche dió Wellington una soberbia, que duró hasta el día. Nosotros aquí hacemos poco papel, pues sólo hay ingleses, y éstos tienen más dinero que nosotros.

Mucho he celebrado lo ocurrido el día que llegó la noticia de la entrada del Rey en nuestro territorio, aunque se cansara Vm. un poco de procesión.

»Al tío Castaños envió un papel del famoso Chateaubriand, autor del *Genio del Cristianismo*, con encargo de que lo pase a Vm.; está soberanamente bien escrito; es contra Bonaparte.»

«Toulouse, 18-4-14.

»Como Vm. ve, he llegado al acabar la tragedia; todo está ya en la mayor tranquilidad. Hoy han comido con Wellington dos edecanes de Suchet, encargados por éste para acabar el convenio de Cantones para las tropas.

»Todo está concluído; la paz asegurada por muchos años. ¡Bendito sea Dios! ¿Y habrá quien no vea la espada de su justicia en estos últimos acontecimientos? Si hay algún ateo en el mundo, dejará ahora de serlo.

»El haber hecho en un instante del dominador de la Europa el personaje más ridículo del globo, lleva el sello de su Omnipotencia. No se ha contentado con destruirlo; era poco: lo ha convertido en un sér abyecto y despreciable, que los franceses se avergüenzan de haber obedecido... ¡Admiremos su providencia, su justicia y su poder!»

¡Cuán erróneo es casi siempre el juicio de los contemporáneos hacia los grandes hombres, cuya figura sólo puede abarcarse en su conjunto, contemplándola desde lejos!

Cierto que varias concausas se juntan para obscurecer el juicio, siempre sereno, de Girón; el odio al enemigo de su patria halla pábulo en el fervor realista del Mediodía de Francia; el orgullo nacional de los vencidos prefiere achacar la derrota a una causa dinástica, y abrumba con sus injurias al que se impuso a su respeto, como se impondrá a su admiración a fuerza de gloria. La turba de los implacables leñadores se precipita sobre el árbol caído. Acaba de realizarse aquella lamentable fuga de Napoleón a través de las poblaciones enfurecidas contra él, y en la cual, temeroso de ser asesinado por los realistas en cualquier lugarejo, el héroe, perturbado todavía por los efectos del veneno de Fontainebleau, se apelotona, temblando, en el fondo del carruaje, disfrazado de coronel inglés...

¡Qué tristes son, el miedo con máscara de entusiasmo y el odio cuando se disfraza de desprecio!

«No es fácil describir a Vm. el entusiasmo y gozo de estas gentes, que nos miran como a sus libertadores, ni el odio que muestran a Bonaparte, libertades, Constitución y todo lo que no es del tiempo en que no fueron felices y verdaderamente libres.»

Esta abdicación de las doctrinas revolucionarias, por parte

de la nación que las ha esparcido por el mundo, arranca al joven General justa protesta:

«Esto último no viene al caso, porque mejor es tener una prudente Constitución que un Rey que pueda ser déspota.»

Y dando su verdadera explicación a aquel cambio radical, añade:

«Están bien humillados y no se puede ser más amables.»

Y no es que hayan visto de cerca los horrores de la guerra; la conducta de los aliados, en el Sur al menos, no puede ser más bonachona, acaso por el temor de Wellington de desatar, por los excesos de la soldadesca, una guerra nacional:

«El país no ha sufrido nada, nada; no falta un habitante, una col ni una gallina. Están avergonzados de este trato tan diferente del que les hemos debido.»

No es sólo el Mediodía; Francia entera acoge con delirante júbilo a los Borbones:

«Ya sabrá Vm. que el hermano del Rey Luis XVIII está en París desde el 12; ha sido recibido con locura.»

Y con pueril regocijo vuelven con insistencia a insultar al caído; hasta su nombre sonoro les ofende:

«El gran Napoleón, que no se llama realmente sino Nicolás, llora todo el día, y le ha salido una erupción en la cara, que está como un diablo.»

La tranquilidad con que los franceses se resignan al nuevo estado de cosas, parece a Girón cosa sobrenatural:

«Toulouse, 30 de Abril 14.

»Aquí permanece todo tranquilo, y lo está del mismo modo en el Ejército de Soult y en toda Francia. Esto es negocio concluido; como que la mano de Dios ha andado en él.

»El Duque de Angulena llegó el 27; fué recibido con locura.

»Anteayer comí con él en casa de Wellington; comieron también los Generales Villate y Clauzel.

»Ayer tarde llegó Suchet, a quien aún no he visto.

»Angulema sale mañana para el Ejército de Soult; vuelve por aquí y va en seguida a París por Burdeos.

»Wellington sale para París mañana; estará tres días; volverá y pasará a Madrid.

»Si tuviera dinero, iría también a París, aunque no fuera más que para conocer a los Soberanos beligerantes y ver las tropas de tantas naciones...; pero, *point d'argent, point de Suisse.*»

Esta pobreza, emblema de la que aflige a la destrozada España, irrita la susceptibilidad de su patriotismo:

«Esta familia nos hace poco caso. Veo que en París tampoco nos hacen mucho, y esto me enfada horror.

«Aquí se han puesto todos la escarapela blanca, menos los españoles, porque ellos no llevan sino la suya y la inglesa... Mas no por todo esto dejamos de conocer nuestra superioridad, y tratamos, en consecuencia, a esta casta degenerada, que adula a sus conquistadores, y pide perdón de rodillas a los mismos Borbones que hace veinte años proscribieron, después de llevar al cadalso al Jefe de la familia.»

No todo es justicia en tan agria censura. El realismo del Mediodía de Francia se ha demostrado en las horas del peligro; Girón mismo lo acredita:

«La mitad de este pueblo conoce a Vm., y me han preguntado por Vm: hay infinita nobleza; su mayor parte emigró a Barcelona (donde Amarillas era entonces Gobernador militar) y toda la juventud sirvió en Cataluña.»

Cierto, que en el alborozo de su triunfo exageran, hasta llegar a lo ridículo, sus manifestaciones legitimistas:

«Se reiría Vm. mucho, si viese tantas flores de lis y tanta cosa blanca. He visto elegante con penacho y cocarda blanca, faja ídem, lazo en el brazo izquierdo, otro en el pecho y una flor de lis ídem. Creo que hasta en el tr... llevan las lises... Yo me acuerdo del furor tricolor..

»¡Qué gente! Pero ¡cuánto conservan de su Revolución!

»Hay, en general, malísimo modo, y la politesse francesa,

tan decantada, ha huído de este suelo: puede que vuelva ahora.»

Curiosa impresión, aunque lacónicamente narrada, la que le produce el fraternizar con el más afortunado de sus enemigos, con quien pelea años ha, sin conocerle:

«Después de escrita ésta, he ido a visitar a Suchet: me ha hecho mil atenciones. Es vivísimo. La figura no es muy aventajada... ¡Parece broma todo esto!»

Tanta paz después de tanta guerra, origina una depresión de ánimo que el General traduce en una frase feliz:

«El mundo ha quedado fastidioso a fuerza de tranquilidad.»

Comienzan a hablar de evacuación del territorio francés: para lograr tal beneficio, aun las tropas que han paseado sus banderas por Europa al grito de ¡Vive l'Empereur!, aclaman a los nuevos amos:

«El Duque de Angulema pasó sus revistas a los ejércitos de Soult y Suchet; las tropas lo recibieron con mucho entusiasmo. Ya nadie habla de Bonaparte... ¡Qué mundo!»

Los ecos que de su patria llegan le producen extraña turbación; prefiere no creerlos mientras pueda dudar:

«Vienen de España extrañas noticias; pero como yo carezco de cartas, he dado en la flor de no creer nada hasta que lo sepa por mí mismo.»

Es la Constitución, que cae sin lucha ni decoro, entre la befa de la inmensa mayoría del país, enemigo de toda mudanza.

El ver a Napoleón sometido a la fría crueldad inglesa, parece a los que le aborrecen garantía bastante: se le juzga deportado y perdido para siempre:

«Ya sabrá Vm. que Bonaparte se embarcó en Saint-Tropez, a bordo de una fragata británica. Dicen que lo llevan a Bahía Botánica (1): está en buenas manos.»

---

(1) Botany Bay, colonia penitenciaria en Australia.

Luego compara la energía con que Inglaterra reacciona contra todo ataque a su soberanía, con la inercia desmayada de nuestra defensa contra los sublevados en América:

«30 Regimientos británicos van a embarcarse para América, porque les tienen unas ganas a los americanitos ingleses, que ni a los franceses. De aquí salieron ayer tres: se embarcan en Burdeos; bien pronto estarán navegando.

»Así se hacen las cosas. Si nosotros obráramos con esta celeridad, buscarían pronto los insurgentes de nuestra América otro oficio.»

Ahora ve pasar el torrente de prisioneros españoles que vuelven a su patria:

«Pasan de 12.000 los prisioneros españoles que han pasado por aquí para España. Este es un gran refuerzo para nuestro Ejército; pero, a pesar de él, nos vamos a quedar sin soldados, porque todo el mundo está enganchado por el tiempo de la guerra.»

Las cartas que escribe desde Pamplona le muestran ya resignado al nuevo sistema, por el contagio del entusiasmo público. Se celebra por primera vez el día de San Fernando:

«Esta mañana hemos tenido paseo de retreta, gran función de Iglesia y conducción del retrato a Palacio, donde queda: ahora (son las dos), comida de la tropa en la Taconera; convite en casa del Gobernador; teatro y baile en Palacio. *La gente está contentísima, y lo estamos todos.*

»El famoso Mina está aquí: le he debido toda especie de atenciones y consideración.»

Un prisionero español, que por su larga estancia en los depósitos del Norte de Francia, conoce a fondo los verdaderos sentimientos que el corso inspira a la mayoría de los franceses, les pone en guardia contra la aparente fidelidad hacia los Borbones:

«Ayer pasó por Aoiz, Bayona, que viene de prisionero; y, según cuenta, el partido Napoleónico es aún de consideración,

y podrá dar que hacer. Es posible que, retirados los Ejércitos aliados, haya movimientos interiores: ¡buen provecho!»

La anulación de toda la labor de las Cortes, realizada con tan sencillo desprecio, produce a Girón tristeza que se esfuerza por templar con la esperanza que funda en las promesas reales y en que imitemos a Francia, donde Luis XVIII se inclina a transigir con las ideas nuevas.

«Aquí se ha restablecido el antiguo sistema, dure lo que durare. Digo dure, porque es de esperar que el Rey no nos deje a los demás de peor condición que a los Navarros y Vizcaínos (1). A más, S. M. ha ofrecido una garantía en su propio decreto del 4, y las bases están en él y son las generales. Veremos qué hacen en Francia, donde no puede ser mayor el amor a la tranquilidad y el recelo con que se miran las nuevas doctrinas.

»Se me olvidaba decir á Vm. que el baile de San Fernando fue magnífico, y duró hasta las seis. Cena, etc., nada faltó.

»Acaban de decirme que Eguía ha sido nombrado Ministro de la Guerra...: estoy para servir a Vm.»

No son infundados sus temores de que el rutinario Eguía, llamado Coletilla por su obstinación en mostrar hasta en el peinado su amor a lo antiguo y su obstinación en oponerse a toda mudanza, le persiga con el odio inveterado que a su familia guarda.

Pronto ve acumularse las órdenes que conceden los más importantes puestos a hombres que el Ejército desconoce. A Madrid afluyen los que se eclipsaron en las horas críticas, y reservan para las intrigas de la corte la actividad economizada en los campos de batalla.

«Como la guerra se ha acabado ya—escribe con melancólica ironía,—no se necesita a la gente que puede hacerla: la *Guía de Forasteros entera se pondrá en actividad*, y los pobres generalillos de campaña nos iremos a plantar coles: es lo justo.»

---

(1) Alusión a las libertades forales.

El único modo de abrir paso al mérito entre la turba de solicitantes que, invocando el favor o el nacimiento, logran por medio de escaramuzas de antesala lo que no supieron ganar en la guerra, consiste en ir a Madrid: allí prodiga sus beneficios el poder personal.

«El tío Castaños me insinúa pida una licencia para ir a Madrid; mas yo no trato de hacerlo, porque ni tengo qué hacer en la Corte, ni sé hacerla, ni tengo dinero para hacer viajes innecesarios, y vivir en Madrid ni aun pocos días...»

Una meditación más serena le hace comprender muy pronto lo imprescindible del viaje que a primeras rechazó:

«Por mi oficio verá Vm. que he tenido presente: *Variano i sagi*, etc., de Metastasio. Por lo que veo y oigo, creo preciso el ir a Madrid. Va a costarme un trabajo terrible el andar haciendo cortesías, porque ni carácter, ni costumbre, me han llevado jamás a eso.»

El anciano Marqués de las Amarillas relata a su nuera ciertas manifestaciones populares realizadas en Sevilla en sentido constitucional; muy diferente es la opinión del pueblo que tiene ante su vista. Esta divergencia le inspira desdén hacia la inconsistencia de la opinión:

«El desorden de los balcones el día de San Fernando, que Vm. cuenta a Concepción, viene mal con las opiniones actuales del pueblo; pero así es este caballero, y por eso se llevan tantos chascos los que cuentan con él; sólo en una circunstancia como la de la última guerra, o así, puede fiarse de él.»

Justa es esta declaración de *capaz de constancia* en favor del pueblo que acaba de demostrarlo con tenaz porfía; lo que ya no es tan lógico, es integrar en la palabra pueblo a masas discordes y en plena evolución política. No en vano el Mediodía ha sentido de cerca los primeros latidos de la vida constitucional, y ha caldeado su entusiasmo en los fogosos discursos de los diputados grandilocuentes: nada más natural que en Cádiz y Sevilla tengan partidarios ardientes las ideas nuevas. Pero la masa popular, en la casi totalidad de España, repugna

el cambio radical, que juzga producto morboso de las convulsiones de la guerra; por ende el pueblo, el otro pueblo, que ni ha cambiado ni desea cambios, tiene por instintiva norma de sus afanes el lema que ha de ser en breve fórmula gubernamental: *volver al estado anterior al 1808*. No es justo, pues, llamar volubilidad a lo que es dualismo, tan profundo y arraigado que aun hoy, pasados cien años, vive y perdura.

El mes de Julio ve a Girón en Madrid, escaso de recursos y esperanzas, ensayándose en la vida afanosa del pretendiente.

Es recibido con afabilidad.

«Voy a Palacio a menudo: S. M. tiene la bondad de hablarme siempre, y lo mismo los Infantes.»

Y llegan como solicitantes los héroes espontáneos de la última lucha:

«Ha llegado hoy Espoz y Mina; dos coches, lanceros, etc... Estos guerrilleros se conocen en las pesetas.»

Ya en los mentideros de la Corte, sus noticias se hacen más extensas e interesantes. A vueltas con larga lista de nombramientos, que comenta con natural despecho al verse olvidado y preterido, añade el 5 de Julio:

«He oído que se ha concluído un tratado secreto con los ingleses: el Rey ratifica la alianza; ofrece no renovar el pacto de familia. Las ingleses nos dan subsidios y ayudan a la pacificación de las Américas, con algunas ventajas mercantiles a su favor.

»El Rey ha estado hoy en la Academia de las Artes, y ha regalado a este establecimiento el Palacio de Buenavista con sus pertenencias, para hacer un museo de las Bellas Artes.

»Hay una ocurrencia original. Por uno de los últimos correos, recibió el gobernador de Valencia la orden, por Guerra, de convocar al Teniente general y Mariscal de Campo más antiguos y, a su presencia, abrir un pliego: así se hizo.

»En él se mandaba prender al instante a Elío en la Ciudadela, y, hecho, abrir otro pliego. Así se hizo, y el otro pliego contenía la orden de fusilarlo a la media hora, por detrás. El

General, que era Cervellón, titubeó, consultó con los jefes, y uno de ellos encontró qué notar en la Real orden; dudaron entonces y convinieron en enviar un oficial en posta, que llegó anteayer... Aquí nada se sabía: todo es falso, por supuesto... Si se descuidan, le cuesta caro a Elío la chanza... Vea Vm. en qué estamos.

»Ya sabrá Vm. la famosa invención del famoso Marqués del Palacio, que lleva dos regimientos de Caballería a Extremadura, para que manejen alternativamente la esteva y el sable. A esto le llama geodesía militar: yo le llamaría perdedura de dos Regimientos, ridículo de la invención.

»No quiero pedir la Comandancia del Campo de Gibraltar que solicita entre otros Alós, con gran traza de llevársela... Yo estaré mejor ahí, y si Napoleón u otro retoña, no se olvidarán de convidarle a uno a la diversión.»

«Madrid, 8-7-14.

»Yo voy todos los días a hacer mi corte a S. M., e Infante, de quienes recibo siempre pruebas de consideración. Palacio está como siempre, y como todos los palacios del mundo. Han resucitado un sinfín de generales y personajes. Algunos de los muertos y todos los vivos, solicitan, solicitan...: yo no solicito nada...

»Se restablece, o ha restablecido, o va a restablecerse el tribunal de la Fe o Santa Inquisición.

»El Rey de Francia ha pedido por los Pepinianos (1), y se le ha respondido negando redondamente.»

La impresión de ver engrosando las filas de los postulantes a tantos que no vió en los trances de la guerra, le convence de que existen Generales de tiempo de paz que se apresuran a eclipsarse cuando del arte bélico se trata, como si tales asuntos no fueran de su incumbencia. «Se dice ya que hay dos castas de Generales, civiles y militares.»

---

(1) Apodo burlesco de los partidarios del Rey Pepe.

La reposición del Santo Oficio halla en el Rey notable oposición:

«Madrid, 11-7-14.

»Aun está suspensa la resolución sobre el Santo Tribunal: trabajan mucho unos y otros, en pro y en contra: veremos quién vence.

»Ayer tarde trabajó la División Morillo delante de S. M. y A.A.: estuve al lado del Rey explicando las maniobras. Mis camaradas de por aquí, en tales casos se afufan... ¡Que no hubiera una batalla! S. M. y los Infantes me hablan siempre con la mayor bondad.

»La División trabajó muy bien: sacó el no ir ya a América: esto no lo apruebo.

»Hoy ha ido el Rey con su tío y hermano a la Alameda. El tío (Castaños) ha ido; yo no, por un poco de quijotismo, pues no he sido expresamente invitado.»

El vicio de la creación de Juntas que nada deciden, no es nuevo, por lo visto:

«Sigue la Junta de Generales; pero verá Vm. cómo pára en nada, como todas; se han presentado ya los trabajos de la del 96, de que Vm. fue vocal. Creo que se ha acordado queden, por ahora 40.000 hombres en las fronteras, en tres Cuerpos de Ejército.

«El Capitán general Palafóx, tiene la orden de marchar a su Capitanía general: es familia terriblemente intrigante.

«De fuera no sé más, sino que se ha deshecho el matrimonio de la heredera del Príncipe de Gales con el de Orange.»

Comienza la serie de los castigos a los liberales: el Rey se resiste tenazmente a restablecer la Inquisición. Sigue la lluvia de los destinos cayendo sobre los incapaces, más diestros en las artes de intriga:

Madrid, 22-7-14.

«La Junta de Marina se ha fijado, en la previsión de un Almirantazgo, y creo va a establecerse poniendo a su cabeza al Infante D. Antonio. Se supone si querrá hacerse otro tanto

por tierra, declarando Comandante en Jefe al Infante don Carlos.

El Mariscal de Campo Polier, alias Marquesillo, ha sido condenado a cuatro años de suspensión de empleo y destino, en el Castillo de San Antón de la Coruña. El cómico Gil ha sido sentenciado a ocho años de presidio.»

«Sigue la pugna sobre el restablecimiento de la Inquisición: los apasionados dan terribles ataques al Rey.

»Han dado la Comandancia de Guipúzcoa a Areizaga y la de Algeciras a Alós!!! Todas las Capitanías generales están ya dadas, y a sujetos dignísimos.

»Ya habrá Vm. visto en la *Gaceta* el rasgo del Rey en la cárcel; S. M. no permitió se impusiera a la mujer que le quería asesinar, ni la más ligera pena, y la dijo:

—Te pido sólo que no me quieras tan mal, y que creas que si no acertase en hacer la felicidad de los españoles, no será por falta de voluntad, ni de ocuparme exclusivamente de ello.

»Todos gimotearon en la sala: el Rey no puede ser mejor; no todos los que están cerca de él son buenos.

»Ha habido en Barcelona una pequeña conmoción con los afrancesados que ha parado en saquear todas sus casas.

»En Pamplona ha habido algo también. El Regente Pepiniano, Galdeano, entendiendo mal el decreto, se vino, pero el Gobernador Roselló lo ha hecho conducir a la frontera de Francia, de justicia en justicia.»

Empieza a darse por seguro el nombramiento de Girón para Ministro de la Guerra: él no lo cree.

Entre ironía y prudencia, escribe el 26 de Julio:

«No hay gran cosa de nuevo, dando ya por cierto el restablecimiento de la Santa Inquisición, con un júbilo general, pues no puede menos de causarlo, medida tan sabia y cristiana.

»Besé ya la mano al Infante D. Antonio por su nombramiento de Almirante: ahora están arreglando el Almirantazgo: se dice que vamos a poner una fuerte escuadra.

»Siguen las Juntas terrestres aun estériles; pero ellas parirán si no revientan.

»Se me olvidaba decir a Vm. que el Embajador inglés, que al cabo es un hereje, ha pasado una nota pidiendo explicación sobre la causa principal del restablecimiento de la Santa Inquisición, pues aquello de que: «el trato con los sectarios, siempre enemigos de nuestra fe lleva a hacer necesario de nuevo este tribunal» le ha hecho cosquillas. Cuentan que el Rey consultó al Consejo y que éste opinó por el restablecimiento y añaden que el último ataque que se dió a S. M. sobre esto, fue en el momento después de su última comunión: no sé lo cierto.

»No sé si he dicho a Vm. que se había dado con aceptación general la Inspección de Milicia a Villanueva de Duero, y esta Capitanía general a Arteaga.»

Se acentúa la exclusión de los empleos públicos de cuantos profesan ideas liberales. Girón, con excelente criterio, ve en ello merma considerable del número de los aptos para el servicio de la patria:

«En la Secretaría ha habido un desmoche de los que se creían liberales; ahora, como Vm. ve, hay dos cartas de Chuevas: afrancesados y los otros; por desgracia en España hay pocas gentes que valgan algo; de éstos deben restarse los dichos y queda, por consiguiente, muy poco.

»Con aprobación general han hecho a Errasti, gobernador de Ciudad Rodrigo, Teniente general; de resultas de su encierro en Francia, ha quedado quasi imposibilitado de las piernas.

»Hay falta de dinero en Tesorería, y he oído decir que en Galicia estaban demasiado apurados. También me contaron anoche que habían quemado la Inquisición de Santiago.»

No es sólo en Tesorería donde falta el dinero; los apuros del erario familiar, tan castigado por la guerra, obligan a padre e hijo a pensar en la venta de alhajas heredadas, que su cariño ha reservado hasta el día:

«Doy a usted gracias por la oferta de los brillantes, que veré, aunque procuraré no echar mano de ellos porque duele

mucho salir de lo poco que ha quedado. Si fuese para darles otra hechura, corriente; pero venderlos cuando no se han vendido para evitar la ruina total del Rosalejo, sabe mal. No obstante, no me comprometo a no hacerlo.»

Ya aparece el bandolerismo, cuya filiación con las guerrillas es evidente:

«Celebro que estén Vms. tan contentos con el conde del Abisbal, y que sus providencias sean en bien y pro de Sevilla y sus caminos, según cuentan, no poco infestado de ladrones, o séanse *guerrillas en descanso*.

»Hoy ha estado a despedirse Espoz y Mina, a quien han mandado pase al instante a Navarra, pues uno de sus batallones ha desertado entero y verdadero.»

En estas cortas líneas se condensa un triste episodio, lección eterna del daño que causan apasionados y egoístas consejeros. Tan provechoso es, que intercalamos el interesante relato que de él hace Girón en sus Memorias, aún inéditas:

«Presentóse en aquellos días en la Corte el héroe de Navarra, D. Francisco Espoz y Mina, justamente célebre por la victoriosa guerra que había hecho a los franceses en su país, creando una fuerza considerable y haciéndose dueño de la provincia y de sus limítrofes vascongadas, extendiéndose también al Alto Aragón.

»Hallábame en la Corte del Rey el día en que Espoz y Mina se presentó a besar su Real mano, y avisado por algunos de que le esperaba un mal recibimiento, quise hacer lo posible para prevenirlo, y así, cuando S. M. se dignó acercarse a hablarme, le dije que tenía allí al célebre General Espoz y Mina. Preguntóme el Rey—¡ridícula ignorancia!—cuál de los dos, si el tío o el sobrino; le contesté que el primero; que el otro se llamaba Mina solo, que éste no era más que Teniente coronel, y no estaba en aquel momento en Madrid. Díjome entonces el Rey, prevenido por sus enemigos, que le habían dicho había sido muy cruel, a lo que le contesté que le había sido forzoso ser muy severo para crear y mantener en sus provincias,

dominadas por el enemigo, 9 batallones de infantería y 2 regimientos de Caballería. Díjome entonces S. M. que había robado mucho, a lo que repuse que el que se lo había dicho ignoraría probablemente lo que costaba mantener y vestir la fuerza que le acababa de indicar; a lo que cierto personaje que se hallaba inmediato, dijo:—¡Bien se ha aprovechado!—contestando yo, con no mucha amabilidad, *que no había registrado sus bolsillos, pero sí admirado sus victorias.*

»El Rey pasó a hablar a otros, y cuando llegó adonde estaba el entonces ilustre Espoz, besóle éste la mano y S. M. no le hizo más caso que a un perro.

»Así precipitaron a aquel valiente y orgulloso guerrero, que se avino mal con aquel desprecio y humillación en pago de tan altos servicios.

»Furioso Espoz y Mina del recibimiento que se le había hecho, lo tranquilizamos, en lo posible, personas más acostumbradas que él a sufrir las ingratitudes y desfavores de la Corte por premio de leales y buenos servicios; pero habiendo poco después dado el Ministro de la Guerra, Eguía, una disparatada Real orden declarando que todos los soldados que no hubiesen sido filiados con las formalidades de Ordenanza, no debían ser considerados como tales soldados, el Virrey de Navarra (que lo era a la sazón mi padre político el Conde de Ezpeleta), avisó por correo extraordinario al Gobierno que toda la División que había sido de Espoz y Mina se había creído comprendida en el caso de la citada Real orden y marchándose a su casa los soldados, sin que le hubiese sido posible contenerlos. El Gobierno, con la ciega imprevisión que le distinguía, no encontró mejor expediente que llamar al General Espoz y mandarle marchar con la mayor celeridad a Navarra para reunir su División, y cuando con la mayor facilidad lo hubo logrado, cometió el increíble desacierto de mandar fuesen la mayor parte de los Cuerpos de dicha División a la Capitanía general de Aragón, y al propio tiempo destinó de Cuartel a Pamplona al General Espoz y Mina.

»Este, que hubiera sido tan fácil contentar, no pudo hacerse superior a aquel doble desaire, y, olvidando sus deberes, se rebeló contra la autoridad legítima del Virrey, llevando sus batallones, sin saberlo éstos, a atacar a Pamplona, donde tenía ya confabulado otro de sus batallones que guarnecía a esta plaza. Los soldados, ya cerca de Pamplona, desconfiaron del objeto de su expedición, viendo pasar unas escalas, y deteniéndose en su marcha, exigieron del General se les dijese si procedía con órdenes del Rey o del Virrey, y Espoz, viendo la lealtad de aquellos honrados soldados, se creyó perdido y se evadió entre la obscuridad de la noche. El Virrey no se durmió, pues informado de todo, hizo fusilar al Comandante del batallón que guarnecía la plaza y despachó a su segundo Cabo (que lo era su hijo mayor el General Ezpeleta) para perseguir a Espoz, que no pudo alcanzar, aunque le tomó su equipaje y puso en el mayor apuro.

»Así se perdió a este hombre, que entró por este camino, que después llamó de la libertad y que no fue para él sino el de la venganza, siendo cosa averiguada que de sobremesa de un convite, que fue cuando habló a sus oficiales más adictos del plan que se había propuesto, nada les dijo de Constitución, ni cosa que tuviese relación con ella; bien es verdad que ni la conocía, ni sabía lo que era.»

Nada más instructivo que estos perniciosos efectos de un desdén que trueca en enemigos temibles a los más útiles auxiliares: desechados por liberales los unos, los otros por afrancesados, por rivalidad de palaciegos los mejores, sólo quedan para el servicio del Rey y de la Patria, los cortesanos.

Allí donde Espoz cosecha desdenes, en cambio halla protección marcada más de un inepto:

«A aquel Marcó del Pont que conoció Vm. de Mayor en Catalanes, y que es el mismo de Mariscal de Campo, le han dado el gobierno de Tortosa; el de Barcelona a Errasti, y el de Gerona a Milans del Bosch, ahora General, que Vm. conocería.

»Vuelve a ser indicado para candidato al Ministerio de la Guerra Girón, luego Venegas y después Gor, apoyado por el partido del Confesor y Ostolaza.

»Creo que hacen aire también a San Carlos y Macanaz. No sé cómo el primero podrá sostenerse: ha sido de opinión en la junta de Ministros de que no debía restablecerse el Tribunal de la Inquisición, y éste es no chico pecado.»

«Madrid, 5-8-14.

»Estos días decían, con indignación de los militares, que se hacía ministro a Gor.

»Ahora lo que hay, es que el inteligente D. José Palafox, que, por no irse de Madrid, ha inventado la Junta de Constitución Militar, viéndose estrechado a marchar, inventa ahora se nombre al Infante Don Carlos Gran Condestable, dignidad a que debe estar anejo el mando del Ejército, y que éste le gobierne con un Directorio Militar, compuesto de él y otros. Lo del Almirantazgo ha quedado parado, porque entre todos no saben cómo hacerlo, y esperan que venga Espinosa de Londres a decir: *así se debe hacer, porque así lo hacen allá.*

»Está resuelto que los regimientos tengan tres batallones, y que se numeren los regimientos. Dura cosa es ver organizar definitivamente al Ejército, sin que se oiga a los que lo han ensayado en esta guerra con menos desatino: especialmente Caballería, de que nadie de los que hay allí entiende nada, y menos que todos el llamado Inspector general de ella.»

Los rumores de cambio de Ministro de la Guerra se disipan definitivamente: Eguía, evidentemente incapaz por viejo y rutinario, ve convertidos tales defectos en ventajas, y se afirma en su puesto:

«Aquel hombrecito se aferró, y está sostenido por clérigos y ancianos: la fuerza de inercia es la cualidad dominante y, por consiguiente, *el no hacer* el elemento de aquel sistema de cuerpos. Mientras tanto, los militares miran con el mayor gusto, que los servicios se atiendan, y que después de coloca-

dos los Lazanes, Campo Sagrado, Areizagas, etc., que tantos días de gloria han dado a la nación, se pongán ahora en el Consejo de la Guerra los Arces, los Pignatellis, los Correas y Compañía.

»De las novedades futuras podrá usted ponerse al corriente recordando lo que falta para ponerse como en 1808, que es el punto, según todos los decretos, a que se quiere llegar. Todo volverá allá; pero los bienes, la vida, la salud y el bienestar perdidos, ¿quién los volverá allá? Y estos hombres que aconsejan al mejor de los Reyes, ¿no recuerdan que las leyes e instituciones de 1808 produjeron el estado deplorable de aquella época, el decaimiento, la ignorancia y la nulidad en que habíamos caído?...

»Hablemos de nuestras cosas: he traído a casa los brillantes.

»Concepción me oyó decir lo que yo proponía a Vm. sobre el solitario (que no se vendiera), y opina que si no es vinculado y tiene mucho valor se venda y emplée en Rosalejo. Así es que puede más en ella la madre que la mujer.»

Comienzan los tratos para la boda del Rey, y el Infante Don Carlos con las hijas de su hermana Carlota, princesas brasileñas: tratos singulares, para negocio tan arduo e importante:

«Hoy ha marchado un fraile franciscano, agente de la Carlota, que ha andado aquí en la compostura de la boda con una Portuguesita, y creo que la lleva hecha, sin intervención del Embajador, ni el Duque de San Carlos. Se hablaba de una Duquesa de Oldemburgo, hermana del Emperador de Rusia; pero los que han manejado esto, prefieren, naturalmente, que venga a reinar la portuguesa... ¡Vaya en gracia, y se llamaba Lucrecia!

»Va a publicarse la paz con Francia, y es falso haya ningún artículo secreto ventajoso a los afrancesados.»

Como se ve, el rencor que aquellos desdichados inspiran a los buenos patriotas, vigila, alerta y celoso.

La indignación y el desaliento por la desacertada e injusta

elección de personas para los altos cargos, ya tantas veces indicada en lacónicas reticencias y alusiones, desborda al cabo y se manifiesta en el noble Girón, en forma de lamentación amarga, que expresa el común sentir de todos los nombres gloriosos en la guerra, excluidos en su mayor parte del mando de los Ejércitos.

«Procuro no entrar en ciertas materias—escribe el 30 de Agosto,—porque hay algunas en que es más fácil callar que hablar con toda la prudencia conveniente.

»Todo cuanto se ve es duro e ingrato.

»Se desaprovechan las disposiciones favorables del mejor de los reyes (pues ni lo ha habido más virtuoso, más entregado a sus obligaciones, más afable y accesible, menos amigo del fausto y más amante de sus vasallos), por la mala dirección de sus ministros y consejeros, y de todas partes escriben disgustadísimos. Debemos esperar que esto mude; pero no se ve el cómo, porque el espíritu del Ministerio no cambiará porque cambie un ministro, y aun de éstos se anda tras mudar los menos malos, aunque les falta energía y resolución. Clérigos, frailes y pelucones son los que campan, y aun de los pocos militares que andan alrededor del Rey tenemos el disgusto de que son gente que conoce mejor los paseos de Ceuta y Cádiz que los campos donde se ha reconquistado la Independencia española...

»Ya Vm. ve qué gente ha ido a la mayor parte de los mandos, qué gente ha sido empleada en el Consejo de la Guerra, qué oficiales han ascendido en estos últimos sucesos, qué inspectores conservan; esto podrá dar a Vm. medida del estado de cosas con respecto a nuestro ramo, en que hay una nulidad, un atraso y una inactividad absoluta.

»Lo del Directorio se ha quedado así; y la Junta sigue, y el Infante no ha sido nombrado aún Generalísimo. La Secretaría de Guerra, que para enderezar el Ejército tendría que volar, se opone a todo lo que no conviene a su influjo e indolen-

cia, y así es que aun la autoridad de S. A. y su grande preponderancia con el Rey no se atreve a contrastar.

»Han nombrado embajador en París, por desistimiento de Híjar, al conde de Peralda, Sr. Mallorquín, no muy hecho, para estar a la par del duque de Wellington... ¡Paciencia!...

»Por fortuna, y para hacer treguas, tenemos muy buenas noticias de América. Monteverde ha obligado a rendir las armas al Ejército de Santa Fe y ha entrado en Popayán. En Cartagena quedaban asustados y preparando la defensa; la noticia de la llegada del Rey ha hecho gran sensación. En Caracas también va muy bien: el General ha sido muerto, otro cogido: hay partidas del país en favor nuestro.»

Impresiona dolorosamente a Girón que se dé tan poco el recuerdo de la guerra. Poco antes han celebrado el recuerdo de Bailén, por iniciativa e invitación del embajador inglés... Preocupan más las conspiraciones que comienzan:

«Bravamente han celebrado Vms. el aniversario de la liberación de Sevilla: fiesta es que tiene un objeto muy digno y que debía existir en todos los pueblos, grandes y chicos, de la Monarquía; pero las gentes que nos rigen se ocupan poco de hablar a la imaginación.

»Anteanoche se presentó a deshora el capitán de Guardias, duque de Alagón, en el cuartel de Guardias; y habiendo encontrado un brigadier del Cuerpo hablando con García Herberos, fue preso, y otros dos más: hubo agarro de papeles, etc. Las causas de esta gente se hacen tan despacio como mal, pues teniendo tanto por donde atacarlas, no las buscan más que por la cuestión theológica y política de la Soberanía, y se están en conclusiones el juez y el acusado.»

Los trabajos de la Junta para la reorganización del Ejército, no están, ciertamente, a la altura del problema que acometen:

«Los Señores junteros concurren diariamente, y se ocupan en ver los muebles del Sr. Infante, hacer bailar un perro de aguas, y otras cosas de este jaez, pues nada tienen que hacer.

El Ministro a quien exasperaron y ridiculizaron (que es lo peor), sin estar bastante seguros de su caída, los potrea ahora y se divierte con ellos.»

Y en una postdata, a la que da por título insignificativo el de *Boletín Eclesiástico*, añade:

«Han nombrado a Torres y Lardizábal (D. José) para proponer a S. M., de acuerdo con los SS. Inquisidores, un nuevo modo de enjuiciar en las causas del Santo Oficio, pues parece que el que había necesitaba alguna reforma.

»Se asegura que va a salir alguna orden reduciendo a una tercera parte las rentas de los conventos.

»Se asegura también que está decidida la resurrección de los Jesuitas.»

Donde la influencia dispone como dueña de los empleos, no tarda en aparecer la codicia, que se lucra convirtiéndolos en mercancías:

«Todo continúa aquí *in statu quo*: nada ha habido sobre Junta ni Condestablato. Entre las pocas cosas hechas, desde el correo último acá, ha sido una el grado de Mariscal de Campo dado a Longa; cosa escandalosa, manejada por alto, y que dicen le ha costado 120.000 reales: este guerrillero fue hecho Brigadier en Vitoria, y poco después se mandó hacer salir su tropa del Ejército, por lo mal que se condujo...

»No parece sino que los enemigos del Rey son los que soplan estas cosas para disgustar al Ejército y a sus verdaderos servidores: ¡qué dolor!»

Tendiendo a los vientos que corren la vela de su ambición desaprensiva, falsos devotos presentan en la cuenta de sus escasos méritos un repentino fervor:

«Ahora han sucedido las fiestas de Iglesia a los ejercicios y revistas militares. Cada día hay un ciento: sólo porque veo los carteles que las anuncian. Ayer hubo Capilla en Palacio y hoy asiste S. M. a San Isidro, donde hay, igualmente, Capilla. Ahora hay muchos que van haciéndose devotos, y como esto

es más fácil de fingir que ser buenos soldados, los progresos son rápidos y grandes.»

No faltan tampoco las diversiones profanas y aun las militares:

«Han vuelto a empezar los toros: hay baile tres veces por semana en casa de Pontejos, la Regalía y Villamejor: la gente se divierte.

»Esta tarde va el Rey a ver trabajar el famoso batallón de Barbones de Ballesteros, que va a formar el 5.º de Guardias Españolas.»

Y una lacónica postdata da esta sencilla noticia:

«P. D. Al famoso Marcó del Pont le han dado la Presidencia de Chile. Le acababan de dar el Gobierno de Tortosa... ¡Vaya en gracia!»

Terco y poderoso debía ser el influyente protector del inepto Marcó del Pont. Y ¡a fe mía!, ¿quién más que los inútiles ha menester de amigos que por su encumbramiento velen?

España es madre, y debe pagar las torpezas de sus hijos. Cuando, pocos años más tarde, el insurgente San Martín cruce los Andes para dar en el Pacífico el golpe mortal a nuestro poderío en América, Marcó del Pont será ese fácil enemigo que su buena suerte brinda a los afortunados conquistadores. Su torpeza ridícula, su ceguera infantil, su estupidez, que recuerda la locura con que Dios inutiliza a los que quiere perder, serán la ruina de nuestras armas en Chile, y la que debió ser antemural de nuestra raza, se convertirá en base firmísima para el destructor ataque de nuestros adversarios... Todo ese trágico hundimiento está contenido en la noticia burlona de la concesión de la Presidencia de Chile a Marcó del Pont... ¡Qué alborozado debió descansar de sus trabajos pacientes de roedor intrigante, el incógnito padrino del inepto General! ¡Y qué temblor agitaría la pluma de los que firman tales nombramientos, si se dieran cuenta de que un rasgo de criminal desidia puede causar la ruina de la Patria, que a su atención

perseverante fía el encontrar en las horas críticas brazos y cabezas dignas de consagrarse a su defensa!

Los arduos trabajos de organización de la Junta dan por resultado el parto de los montes: el Infante Generalísimo tiene al cabo un título más:

«Madrid, 16-Setiembre-14.

»Salió por fin el decreto nombrando al Sr. Infante Generalísimo y Vicepresidente del Consejo de Guerra: dicen que el decreto es único: aún no lo he visto. S. A. está poco contento; es un mero título, a lo menos, hasta ahora.

»Han encontrado unas cartas de un clérigo llamado Gallardo, por las que se le ha convencido de querer sublevar varias provincias contra el Rey; está confeso y ya condenado a muerte, y se ha enviado un expreso al Arzobispo de Toledo pidiendo su degradación para ejecutarlo.

»Ha llegado el enviado de Rusia; anteriormente el de Prusia y Suecia; no falta ya más que el de Francia, de las grandes potencias.

»Supongo a Bisbal en Cádiz desarmando astutamente a los guacamayos y compañía: odioso encargo, porque le tomarán ojeriza para siempre.»

Cádiz es la patria de la Constitución aborrecida: en los tiempos que corren debe ser sospechosa al Gobierno; nada más natural que se despoje de sus brillantes uniformes a aquellos pobres guacamayos, que al defender el último baluarte de la Independencia, han tenido la audacia de entonar para recomfortarse un himno a la Libertad.

Desengañado y melancólico, el noble Girón se resigna a sepultar su actividad fecunda en la quietud forzada de un general sin mando; ya la lucha mezquina le repugna.

«La Corte no ofrece nada de nuevo; encomiendillas, pensioncillas que se dan a éste o el otro, y es indiferente para el todo de la Nación.»

El estudio será útil empleo de sus talentos que la patria desdeña.

«Paso terribles antojos en la feria de libros que deseo; pero no está la Magdalena para tafetanes. Algo te compraré, no obstante, aunque se quite de la comida.»

Hace juiciosos proyectos para que el viaje resulte económico, y la nueva existencia le permita ahorrar de su corto sueldo para pagar atrasos ineludibles.

Es triste cosa que el fin de las miserias de la guerra sea principio de otras miserias de la paz. «Lo necesario, dice Buffón, es aquello a que estamos acostumbrados.»

Y eso *necesario* falta, y aunque el estoicismo más enérgico dé alientos al buen caballero contra aquella desgracia inmerecida, todo su sér se empequeñece y acongoja ante el espectáculo de la escasez sentada a su mesa, cercenando las galas de su esposa y los juguetes de su hijo...

«No cuento más que con mi sueldo, que me pagarán mal, y parece se reduce a 3.333 reales mensuales, y tengo muchas trampas que quiero empezar a pagar desde luego; bajo este supuesto, Vm. se impondrá fácilmente del tren y lujo en que pienso establecerme, pues recordará también que de esto ha de salir mi vestuario y el de mi mujer, etc. Nunca jamás, desde que he nacido, me he visto más miserable que ahora, y así se me ha hecho chiquito el corazón, y aumentado el deseo de tener dinero, no diré a costa de la honradez, pero sí de cualquier trabajo mío.

»Nada de nuevo en el público, ni aun frioleras. San Carlos dió ayer comida de Estado a los Embajadores en honor del de Rusia. El Secretario del de Francia ha llegado ya: como son tan cómicos, parece ya éste pertenecer a otra nación.»

Véase cómo describe el destierro de Godoy por influencias de nuestra corte:

«Ya habrá Vm. sabido que el Papa hizo salir de Roma al Príncipe de la Paz, desterrándolo de sus Estados. Parece que ha sido un golpe de política romana, pues se quería de aquí, según le oído, que lo entregase para traerlo por acá: dicen que María Luisa está furiosa con esto, y que S. S. ha tenido a bien

predicarle, y al Rey Padre, un sermón de hora. Añaden que Godoy se va a Inglaterra, temeroso de que se persista en la idea de echarle mano, pues no se cree seguro entre los Principinos Itálicos. Se trataba de casar al Infante D. Francisco con una de las hijas de la Tudó, y estaba esto muy adelantado: su hermana ha casado con un Príncipe Romano, y Manolito le ha dado 80.000 duros de dote, peso sobre peso. No es poco fárrago para tal personaje.»

Al ofrecerse a La Bisbal, que manda en Sevilla, donde va a establecerse, nota los primeros alfilerazos del amor propio: sus iguales le tratan como a inferior, subrayando su disfavor en las altas esferas. Muchas tristezas de este linaje encontrará en su destierro.

«Madrid, 20-9-14.

«He tenido respuesta de ese Capitán general que me trata ya como súbdito, escribiendo de agena pluma, etc... Estas cosas van al unísono de aquí: algo más espero quando esté ahí; pero no importa.»

Olfateando su amargura, le brindan en la sombra refugio para sus rencores. Todos los agraviados por el nuevo orden de cosas, los famélicos a quienes la guerra arrancó a sus tareas, los constitucionales escapados de los presidios, se congregan en sociedades secretas que, minando, perseverantes, el edificio del poder absoluto, conquistarán el poder un lustro más tarde. No; Girón no es un conspirador; se lo veda su lealtad de soldado, su amor a aquel Rey a quien tan mal aconsejan pérfidos intrigantes.

«Prenden francmasones que es un gusto; he tenido el buen juicio de no quererlo ser, por más ataques que me han dado, y al último hartos fuertes. Me han asegurado que por poco pillan pájaros gordos en la última redada.»

Con franca risa, acoge otra extravagancia de los tiempos que corren:

«El Rey de Francia ha enviado unas cruces para los que estuvieron en Vincennes; son de nueva invención. Parece que,

aquí y allá, la gracia es haber estado preso... ¿Habrá cosa más graciosa?...

Pero ya de Sevilla viene, a mezclarse con la suya amarga, una risa infantil. El hijo adorado, que crece y se educa en las rodillas del abuelo, maestro inimitable de lealtad y honor; el que será, andando el tiempo, fundador de la Guardia civil, le escribe cada día con rayos de aurora que disipan las negruras de su alma.

Poco antes le escribía:

«Ya sé cantar: «Váyanse los franceses enhoramala...» y «el Feo...» Tráigame Vm. unas Sonatinas de Bayona...»

Ahora apremia, ofreciendo a sus padres desconsolados el supremo refugio de sus brazos abiertos:

«Me ha hecho reír, de la risa de la complacencia, la carta de mi niño; manifiesta bien su talento, pues poner así a su edad, es bien poco común. Dios nos lo conserve.»

Sí, pronto estarán juntos, «completando la cadena de nuestra generación, de que faltaban ahí dos eslabones».

Por eso, aunque el viaje les arruina, costándoles de 50 a 100 doblones el coche de colleras y 1.000 reales el carromato para las 42 arrobas de equipaje; aunque la valerosa compañera, que supo animar con su juvenil alegría la tienda de un campamento en Sierra Morena y seguir en desvencijado carricoche a su marido a la vuelta de Portugal, viaje ahora sin doncella; como la hija, esposa y madre de soldados, «tiene bastante sufrimiento para no ir desazonada por esta falta», que, en cambio, parece a su amante marido «no poco esencial en un viaje para una dama»; todo se conlleva con gozo. Van a ver a su «Chavi», al «chiquín», que ya sueña, a los once años, en vestir aquel uniforme que tantos antepasados vistieron con más honor que fortuna.

Y al calor familiar nacerá otro tranquilo amor: el del estudio de esa vida útil y silenciosa de las plantas, que nos alimentan, así como embellecen y perfuman la existencia de quienes las amparan y protegen.

Así, cuando en las postrimerías del reinado tan ingrato para él, la patria reclame el concurso de sus talentos, ya el soldado que adormeció sus ardores en la paz del estudio, comenzará el relato de sus nuevas y trágicas aventuras de gobernante con estas sencillas palabras, entre las que palpita un suspiro:

«Constante en hallar mi mayor entretenimiento en el cultivo de las plantas, me encontraba en mi jardín la mañana del 16 de Octubre de 1832, ocupado en plantar en una maceta la cebolla de un gran *Hemanthus* que había recibido del Cabo de Buena Esperanza, cuando recibí la Real orden que me confería la Capitanía general de los Reinos de Granada y Jaén...»

Y la lucha triste, civil, interminable, entre las dos Españas, destrozará en su vorágine tumultuosa y cambiante a aquel soldado que ama a la disciplina, a aquel noble que respeta el pasado, a aquel hombre de su siglo que adora la libertad.

JUAN ARZADUN

# BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

## II

Beatriz pudo disfrutar también de la compañía de sus dos hermanas durante los primeros meses de 1480. El 14 de Mayo (1), Juan hizo su entrada solemne en su futura residencia arzobispal de Esztergom; pero poco después salió del reino para ir a Roma. Apenas hubo marchado, cuando Matías tuvo ocasión de dar un elocuente testimonio de su estimación y cariño a su cuñado. Unos viajeros procedentes de Nápoles le contaron que a Fernando le habían dicho que el príncipe Juan se había hecho, por su orgullo y sus importunidades, tan desagradable a los húngaros y a Matías, que este último esperaba con impaciencia verse libre de él. En una carta enviada a Nápoles, en el verano de 1480, Matías desmintió enérgicamente estos rumores; ensalzaba «la modestia, la seriedad y la discreción del príncipe Juan»; aseguraba a su suegro que la presencia de su hijo estaba lejos de serle una carga, y «que su mayor deseo era verle establecido a su lado» (2).

La sinceridad de estas declaraciones está plenamente confirmada por la confianza y la alta estimación que el rey de-

---

(1) V. Idus Mayas (Bonfin, Dec., IV, pág. 448.)

(2) *Cartas del rey Matías* (Taknoi), II, pág. 38.

mostró durante cuatro años consecutivos a Juan de Aragón, que residía por lo general en Roma; solicitaba su apoyo en todas las causas de la competencia de la Santa Sede, le llamaba «su pariente», «su querido amigo», y aludía a veces a cartas de Beatriz. Su correspondencia contiene también los asuntos privados de Juan; éste, al ver acumularse las dificultades, ruega a Matías que le permita cambiar la sede arzobispal de Esztergom por la de Kalocsa. Matías y Beatriz le explican que no pueden desligarse de la promesa que hicieron respecto a la última, sin el consentimiento del Papa, lo que lograron más adelante, cuando la tensión entre la Santa Sede, de una parte, y los reyes de Nápoles y de Hungría, de otra, hubo cesado (1).

En Febrero, Matías se presentó inopinadamente con Beatriz en Agram, para juzgar a los grandes de Croacia acusados de violencias y crueldades. Para librarse de esto, el principal culpable, el Cán (gobernador) Juan Laki Thuz, pariente y hasta entonces favorito de Matías, huyó a Venecia con el fruto de sus rapiñas, cosa que los enemigos de Beatriz atribuyeron más adelante a la influencia de ésta (2). De allí, el rey con su ejército pasó a Stiria, para poner en ejecución el artículo del tratado hecho con el emperador, que le concedía el derecho de indemnizarse, como le pluguiera, en caso de no cobrar la indemnización de guerra estipulada. Empezó por apoderarse del castillo de Radkersburgo; luego sus tropas recorrieron asolándole, el valle del Danubio, y tomaron el castillo de Merkenstein. El emperador puso el grito en el cielo ante esta pretendida violación del tratado, y buscó ayuda en todas partes;

(1) *Cartas del rey Matías*, II, págs. 90 y 100. G. Rath, o. c., pág. 418 y sig.

(2) *Apologia Regis Wladislai*, alegato en favor de Ulaszló II en su proceso de nulidad de matrimonio, aparecido en 1493, con el seudónimo de Udis (*Oudeis*), «nadie», cuyos manuscritos contemporáneos se encuentran en la Biblioteca Univ. de Praga, y en la Biblioteca de Munich. Se han publicado en la obra del barón Ervino Roszner: «El antiguo derecho matrimonial húngaro» (en húngaro). Budapest, 1887, anejo pág. 475.

envió incluso al príncipe Jorge de Baviera a Beatriz, que pasaba ordinariamente el verano en Pozsony, para rogarla que interviniese; pero el enviado hubo de volverse sin haber obtenido nada (1).

Aunque la peste había estallado de nuevo, Matías pasó casi todo el verano de 1480 en Buda, en donde la lucha contra los turcos distrajo su atención de sus incesantes querellas con el emperador de Alemania. Mientras que sus tropas, unidas a las de Esteban, voivado de Valaquia, triunfaban de Basarab en el Este, cosa que Beatriz se apresuró a comunicar a su hermana y a su cuñado de Ferrara, como acontecimiento que interesaba a su esposo y a «la cristiandad entera» (2), los agentes secretos que el rey sostenía en Constantinopla le avisaron que el sultán iba a enviar 60 barcos para ocupar las costas de la Puilla, provincia del reino de Nápoles. Se apresuró a informar a su suegro de este proyecto (3), y como los turcos le hacían en aquel momento proposiciones de paz, y como, de otra parte, estaba indignado por la indiferencia que demostraba por la lucha contra la Media Luna, la corte de Roma, absorbida por las querellas intestinas de Italia, preguntó al mismo tiempo a Fernando si deseaba ser incluido en la tregua que iba a pactarse. Pero, probablemente, antes de que el aviso de Matías hubiera llegado a su destino, lo que el rey había previsto ocurrió, y una espantosa catástrofe cayó de improviso sobre Italia; a fines de Julio, una poderosa flota turca ocupó la punta de tierra que avanza por el mar Jónico, y puso el sitio a Otranto—el Hidruntum de los antiguos,—puerto fortificado que es la clave de aquella región. Antes de que los sitiados hubieran podido ser socorridos, Otranto cayó en Agosto en poder de los turcos (4). Las hordas de paganos cometieron atro-

(1) Fraknoi: *El rey Matías*, págs. 278-279.

(2) *Man. Hist. Hun.* (D. E.), II, págs. 436-438.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 36.

(4) Notar Giacomo y Passero dicen que Otranto cayó el 13 de Agosto;

ciudades sin ejemplo: la mitad de la población fue pasada a cuchillo y el resto reducida a la esclavitud; las iglesias fueron transformadas en mezquitas y las fortificaciones puestas en mejor estado de defensa (1).

La noticia de la caída de Otranto sumió al mundo cristiano en el terror. Los Estados italianos hicieron enmudecer sus querellas; el príncipe Alfonso hubo de abandonar la Toscana; fué primeramente a Nápoles, de donde marchó apresuradamente para recobrar Otranto. El rey de Nápoles, el más duramente afectado y el más amenazado, se había visto ya obligado a fundir los tesoros de las iglesias y acuñar dinero para pagar a sus tropas de mercenarios (2); imploraba de todos ayuda y ponía su esperanza en Matías, que era, sin embargo, el más lejano. Cediendo sobre todo a los ruegos de Beatriz, el rey, aunque teniendo que habérselas con los turcos en Bosnia y en Servia, envió, a las órdenes de Blas Magyar, setecientos jinetes escogidos, en socorro del rey de Nápoles (3). No se sabe con precisión cuándo marchó esta tropa; es probable, sin embargo, que Matías enviara soldados en varias ocasiones, de suerte que estos socorros debieron de elevarse a 2.000 hombres (4).

Las tropas húngaras se comportaron valientemente en Italia; a ellas, en particular, se debe la toma del fuerte que defendía el manantial que proveía a la ciudad de agua potable; de suerte que al llegar el verano, los turcos no pudieron seguir resistiendo. Además, la muerte del gran sultán Mahomed II paralizaba las fuerzas de aquéllos, y el 10 de Setiembre, Otranto abrió sus puertas a las tropas de los aliados; los turcos fueron hechos prisioneros o abandonaron Italia, y el Papa mandó

---

Summonte y Muratori, el 21 del mismo mes; Fuscolillo da la fecha del 23 de Julio.

(1) Summonte, o. c. III, pág. 499. Muratori: *Anales*, t. cit., pág. 142. Pastor, o. c., pág. 496.

(2) Tom. Persico, o. c. pág. 120.

(3) Carta del rey Matías al obispo de Eger, II, pág. 104.

(4) Bonfin, pas. cit. Teleki, o. c., pág. 178.

acuñar una medalla conmemorativa de este acontecimiento. El nombre de «fuente de los húngaros», dado al manantial de que se apoderaron, ha perpetuado desde entonces el recuerdo de la valentía de los auxiliares que tan brillante parte tomaron en la rendición de la ciudad (1). Después de la toma de Otranto, de la que se atribuyó todo el mérito, el príncipe de Calabria hizo la entrada triunfal en Nápoles, y los auxiliares húngaros fueron licenciados en Octubre, colmados de ricos presentes, y se llevaron hasta treinta prisioneros turcos (2).

Mientras que estos asuntos mantenían a Matías y Beatriz en relaciones constantes con la corte de Nápoles, las circunstancias políticas y los hechos diarios creaban nuevos puntos de contacto entre ellos y la corte de Ferrara. En Julio de 1480, el duque Hércules informaba a Matías y Beatriz que acababan de celebrarse simultáneamente dos esponsales en su familia. Como antes hemos dicho, su hija mayor, la princesa Isabel, había sido prometida a Francisco de Gonzaga, hijo mayor del marqués de Mantua, y su hija segunda, Beatriz, de edad de cinco años, a Ludovico Sforza, de veintinueve años, hermano menor de Galeazzo María, el que murió asesinado, y al que Hércules llama el lugarteniente general del duque reinante, Gian Galeazzo, todavía menor de edad. La carta añadía que estos desposorios habían causado mucha alegría, tanto en Nápoles como en Ferrara, a causa de las relaciones matrimoniales que unían ya a la familia del príncipe de Calabria con la casa de los Sforza, y expresaba la esperanza de que agradaría también a los reyes

---

(1) V. el art. de Leopoldo Ovari, *El cuarto centenario de la liberación de Otranto* (en húngaro), publicado en la revista *Szazadok* (Los Siglos), años 1881, pág. 493. En la Biblioteca de Nápoles, IX, C. 52, se encuentra un manuscrito del siglo XVI con la relación de este acontecimiento. Últimamente, por iniciativa del clero, se ha producido un movimiento con objeto de conmemorar este hecho de armas mediante la erección de un monumento en Otranto. Francisco José, rey de Hungría, se ha inscrito en la lista de los donantes.

(2) Archivos de Estado de Módena, Can. Duc. Cart. de Emb. Nápoles.

de Hungría. Ya vimos antes que Beatriz intentó, pero en vano, hacer que se rompieran aquellos compromisos matrimoniales para que una de las princesas se casara con Ulaszló de Bohemia. Al poco tiempo de estos dobles desposorios, los duques de Ferrara tuvieron también la alegría de anunciar a Beatriz y a Matías el nacimiento de dos nuevos hijos: primeramente, en 1479, el de Hipólito, que fue más adelante el favorito de la reina, y elevado, bajo su protección, desde temprana edad a la más alta dignidad eclesiástica de Hungría; un año después, el de Segismundo, el último retoño de la familia de Este (1).

Estos dobles desposorios sellaron al mismo tiempo una alianza política, preparada tras largas negociaciones entre las cortes de Buda, Ferrara y Nápoles, y que estuvo a punto de hacer que Matías interviniera en las contiendas que los Estados italianos tenían entre sí.

La reconciliación del rey de Nápoles con Florencia—la cual se extendía naturalmente a Ferrara—había producido un nuevo agrupamiento de los Estados italianos. Aquella paz, que desbarataba, de una parte, los proyectos del Papa, y de otra, los de Venecia, había tenido por consecuencia natural que los dos Estados burlados concluyeran una alianza dirigida principalmente contra Ferrara. Desde el matrimonio de Hércules notábase que Venecia extendía a Ferrara los sentimientos de hostilidad que abrigaba contra Nápoles (2).

Conociendo la ambición de los parientes del Papa, no le costó trabajo a Venecia atraer a la Curia ofendida a una política que podía conducir a desposeer a la Casa de Ferrara, y tal vez incluso a la de Nápoles, en provecho del sobrino del Papa, Girolamo Riario, señor de Imola y de Forli (3).

Era, pues, muy oportuno que el duque de Ferrara se esfor-

(1) *Antichità Estensi* (Muratori), págs. 237 y 238.

(2) Reumont: *Lorenzo de Medici*, II, págs. 249 y sig.

(3) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 147-148. Gregorovius: *Gosdrichte d. St. Rom. i. M. VII*, pág. 251.

zase en adquirir, mediante enlaces matrimoniales, además de las alianzas que tenía ya con Nápoles y Florencia, la de Mantua y de Milán, porque Venecia le declaró efectivamente la guerra en la primavera de 1482, y sus aliados, atacando a Ferrara por todas partes a la vez, llegaron hasta las cercanías de la capital. El marqués de Mantua envió inmediatamente socorros; el príncipe de Calabria había ya marchado, en Noviembre de 1481, al frente de sus tropas napolitanas para efectuar su reunión con el ejército de Ferrara, atravesando los Estados del Papa (1).

Es natural que, en su apuro, Hércules se esforzara en arrastrar a su poderoso cuñado, el rey de Hungría, a la coalición contra Venecia, pero para lograrlo necesitaba contar con el concurso de su mujer y la influencia de Beatriz.

La proposición no podía dejar de ser favorablemente acogida por Matías. En 1478, estaba ya ocupado en un plan de campaña contra Venecia. La ocupación de una parte de la Dalmacia por la República, su paz con los turcos, su hostilidad contra Nápoles, eran hechos notorios que debían irritar a Matías contra Venecia; sospechaba, además, con bastante fundamento, que había sido la instigadora de las invasiones turcas. Sin embargo, Matías demostró, desde luego, una gran prudencia y una extrema reserva respecto a los proyectos italianos.

En una carta fechada en Buda, el 29 de Marzo de 1482 (2), Beatriz, al hablar de una intervención probable de su padre, asegura a su hermana Leonor que su marido se interesa mucho en aquel asunto y que comprende perfectamente la importancia de la cuestión; pero que, considerando los riesgos y el dudoso desenlace de la guerra, y que el deber de todas las po-

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 238-242. Reumont: *Lor d'Med.*, pas. cit.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. di Princ. Esteri, Ungheria. Las cartas de Beatriz a la familia ducal, que hemos de citar, se encuentran también en la misma sección.

tencias cristianas es en aquellos momentos emplear sus fuerzas contra los turcos, opina que lo mejor sería que Ferrara y Venecia llegasen a un acuerdo. Por esto iba a enviar embajadores al Gobierno de la República, sin descuidar, no obstante, de mandar fuerzas a las fronteras de Friul para defender las posesiones de Ferrara contra un ataque posible.

A fines de Abril escribía, en una larga carta a su padre, que hacía todo lo posible para animar a Matías a entrar en la Liga, pero que su marido tenía serias dudas sobre la duración y la solidez de la alianza. Hábilmente ya probado cuando la coalición contra Florencia y el tratado hecho con el emperador en beneficio de Federico y con detrimento suyo; todo esto no le originó sino gastos nunca resarcidos. Temía que los Estados italianos hiciesen un buen día la paz, y le abandonasen antes de haber obtenido nada. Podía poner en pie de guerra más tropa que toda Italia; deseaba, ciertamente, vengarse de Venecia, pero no estaba dispuesto a sacrificar hombres y dinero por fines inciertos y con vagas promesas. Pedía, por consiguiente, que la Liga le adelantase la cantidad por la que estaba todavía obligado a hacer la guerra al emperador de Alemania (1).

Mientras tanto, como los venecianos habían enviado su declaración de guerra y hasta empezado las hostilidades, la duquesa Leonor renovó sus instancias cerca de Beatriz para que ésta hiciese que Matías combatiera contra Venecia.

Antes de recibir esta carta, Beatriz había (2) escrito a petición y en nombre de Matías, que su esposo se encontraba en una situación extremadamente difícil, teniendo que hacer frente al mismo tiempo a los emperadores de Alemania y de Turquía. No obstante, estaba dispuesto a socorrer a Ferrara, y había combinado a este efecto un plan excelente: como se hallaba en amistosas relaciones con los suizos, éstos se declararían

(1) *Mon. Hist. Hung.* (M. K. D. E.) III, pág. 10.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Arch. propr. Minutario cronológico. Las cartas de la familia ducal dirigidas a Matías y Beatriz, que todavía hemos de citar, se encuentran también en esta sección.

prontos a enviar hacia Brescia y Verona diez mil combatientes contra los venecianos; a estas tropas uniríanse seis mil hombres de Matías, el cual tendría aún quinientos jinetes de reserva. Pero es preciso que la Liga pague 100.000 ducados; él se encargará del resto de los gastos, y enviará, además, a Blas Magiar a los confines de la Croacia para apoyar a los ferrareses. Deseaba poner este plan en ejecución sin entrar en la Liga y sin declararse abiertamente contra Venecia; todo esto debía parecer obra de la Liga, que no hacía sino tomar suízos y húngaros a su servicio. En cambio, si la Liga consiente en darle otros 100.000 ducados, se verá entonces las fuerzas que puede poner en campaña, y Venecia «sufrirá más daños de los que ahora espera causar a los demás» (1). Conocido en Nápoles, por la carta de Beatriz, el plan de Matías, fue objeto de discusiones por los grandes del país y los embajadores (2).

Ahora bien; la Liga no quería sino socorros, y no estaba dispuesta a dar dinero. Cuando Beatriz lo supo, escribió a su hermana, con fecha de 8 de Junio, en nombre de Matías y sirviéndose probablemente de sus expresiones, una carta en gran parte cifrada, en la que decía que la Liga se parecía a un avaro, que pierde una moneda de oro por economizar una de cobre; que Matías estaba dispuesto a arriesgar su vida y su reino por deshacerse para siempre de su rival (Venecia), pero «que no quería jugar una especie de partida de juego de pelota, en la que los jugadores vuelven siempre al punto de donde salieron» (3).

A instancias reiteradas de Matías, la Liga le envió unos mensajeros para reanudar las negociaciones, y el duque de Ferrara incluso agradeció a su cuñado la cordial acogida hecha a su embajador Nicolás Sadoletto (4); al mismo tiempo corrió

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) III, pág. 13.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. degli Amb. Napoli, 2 Junio, 1482.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, pág. 16.

(4) Archivos de Estado de Módena, Minutar. Cronolog., 3 Agosto 1482.

en Nápoles el rumor de que las tropas de Matías, bajo las órdenes de Francisco de Aragón, habían batido a los venecianos «cerca de Spalato, en la frontera de Esclavonia» (1). Pero otra noticia, cierta ésta, no tardó en dar un giro desfavorable a los asuntos de la Liga. El 21 de Agosto de 1482, el príncipe Alfonso de Aragón presentó el combate a las tropas del Papa, en el sitio llamado Campomorto, cerca de Roma, y, a causa sobre todo de una lluvia torrencial que inutilizó la artillería de la Liga, la batalla terminó con una brillante victoria de las tropas del Papa y el completo desastre de los coligados. El mismo Alfonso estuvo a punto de perder la vida, y no escapó sino con 100 jinetes; los vencedores volvieron triunfantes a Roma, con las banderas enemigas y los prisioneros de guerra (2).

Dícese que el rey de Nápoles recibió con gran tranquilidad la noticia de la derrota de su hijo, pues sabía por experiencia que la suerte acabaría por cambiar (3). En cambio, la batalla de Campomorto agravó la situación del duque de Ferrara. Venecia le había arrebatado ya tanto territorio, que las tropas enemigas hacían reconocimientos hasta las puertas de la capital y la amenazaban; de suerte que redundó todo en beneficio suyo cuando la diplomacia napolitana reparó el fracaso sufrido por el ejército del rey y se reconcilió el Papa con Fernando de Nápoles. El tratado de paz se firmó en Diciembre del mismo año; el príncipe Alfonso fue recibido en Roma con especial benevolencia, y el Papa demostró que había cambiado de sentimientos al confirmar por fin, con gran contento de Beatriz y Matías, el nombramiento de Juan como arzobispo de Esztergom (4).

La llegada a Ferrara del príncipe de Calabria, en Enero, con un ejército considerable, y su victoria de Argenta sobre los

(1) Módena, Canc. Duc., Cart. d'Amb., Napoli, 4 y 8 Agosto 1482.

(2) Muratori: *Annali*, l. cit., págs. 149-150.

(3) Muratori: *Antichità Est.*, pág. 244.

(4) G. Rath, o. c.: *Los Siglos* (Szazadok), págs. 418-419.

E. M.—Noviembre 1912.

venecianos, fueron una verdadera liberación para el pueblo ferrarense y la corte ducal, porque la duquesa, sobre todo, vivía en continua zozobra, a causa de la proximidad del enemigo, y el duque pensaba ya en refugiarse en Módena (1). Pero ni el peligro que corría la casa de Este, ni los ruegos que su mujer debía hacerle a este propósito, fueron capaces de hacer que Matías desistiera de sus condiciones para entrar en la Liga y tomar las armas contra Venecia. Beatriz, en una carta del 24 de Junio de 1484 a su cuñado Hércules, no puede consolarle sino con la esperanza de «que la guerra, con ayuda de Dios y de los hombres, concluirá mejor de lo que generalmente se pensaba» (2). Fue una amarga decepción para el rey de Nápoles, que había declarado, según el relato de su embajador en Ferrara, que al casar a su hija había querido provocar una ruptura entre el rey de Hungría y la República (3). Ferrara se vió obligado a firmar en 1484 una paz desventajosa con Venecia, y Matías, por su parte, mandó al Consejo una embajada para tratar de ganar a la República a una alianza contra el emperador.

Es que las relaciones con este último no habían mejorado en el intervalo; a lo sumo, se espaciaban de vez en cuando las operaciones. Beatriz desempeñaba un importante papel en las negociaciones, que se proseguían mientras tanto, a pesar del estado de guerra. Enviaba de Pozsony (Presburgo) cartas y hasta regalos a Federico, sin poder conseguir nada más que buenas promesas (4). Matías no tuvo vergüenza de servirse de su mujer para buscar una reconciliación hasta con el traidor Beckenschlager, y, en la primavera de 1482, Beatriz envió en

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 245-246. Reumont: *Lor. Med.*, páginas 251 y sig.

(2) Archivos de Módena.

(3) Archivos de Módena, Cart. d'Amb., Napoli, 17 Abril 1484.

(4) Langeun, o. c., pág. 130. Fugger (o. c., pág. 906) refiere que Beatriz envió de Pozsony melones a Federico en su propio coche, invitándole a servirse del carruaje para mandar negociadores.

varias ocasiones delegados y cartas al arzobispo para tratar de ganarle a la causa de la paz.

Así vemos al canónigo Jorge de Esztergom llevar el 10 de Abril una misiva de la reina a Beckenschlager, que estaba a la sazón en Salzburgo; sin miramientos a los derechos de su hermano Juan de Aragón, le da en su carta el título de arzobispo de Esztergom, y le llama su «querido y reverendo padre en Jesucristo» (1). A los pocos días le manda al archidiácono de Friesach, Juan Hessel, con una carta en que le reitera su inalterable benevolencia, y hasta su amistad (2). Que aquí se trataba de una mediación de paz entre el emperador y Matías, resulta con evidencia de una carta de Beckenschlager, de fecha de 20 de Mayo, diciendo que había mandado al emperador un hombre de toda confianza, y que avisaría a la reina el resultado de su gestión; porque, añadía, «su más ardiente deseo era ver restablecida la concordia entre los dos monarcas más poderosos de la tierra, y reinar la paz entre sus Estados, para bien de la cristiandad y ruina de los bárbaros turcos»... a lo que se dedicaba él también con todas sus fuerzas (3).

Beatriz, sin embargo, no se fiaba por completo de estas promesas, y hubiera querido atraer al arzobispo a su lado. Por mediación del canónigo de Esztergom, citado antes, y de Jorge Schomberg, gran preboste de Presburgo, se puso en relaciones con el caballero Gebhardt de Pewscher, y se esforzó en hacer que el arzobispo fuese, con buena escolta, a conferenciar con

---

(1) «Dem ernwirdigsten in got vater hern Johansen ertzbischoven zu Grann, unserm lieben besundern.» La carta se encuentra en «Hauptarchiv», real de Dresde. (Witenb. Arch. Ung, Sachen fol, 289 a.) El delegado es designado aquí con el nombre y título de «wirdigen Jorgen, cantor zu Gran», pero es probablemente el mismo que en una carta del 17 de Junio, posterior por lo tanto, llama a «Gregorien, cantslar und thumherr zu Gran» y, por consiguiente, es probable que fuese un «canonicus cantor».

(2) La carta de Beatriz, fechada el 20 de Abril, se encuentra también en el «Hauptarchiv», de Dresde.

(3) Carta de Beckenschlager a Beatriz, del 20 de Mayo, *ibid.*

Matías en los alrededores de Viena; porque, decía ella, el rey quería también la paz, y ella—Beatriz—consagraba todas sus fuerzas al triunfo de aquella «santa causa» (1). Sabemos por las respuestas de Pewscher, que el arzobispo envió al emperador al canónigo de Esztergom, portador de la misiva de Beatriz, y que se declaró satisfechísimo de las buenas disposiciones de la reina; pero sus cartas guardan silencio sobre la entrevista con Matías (2).

Las instrucciones dadas a Juan Hessel (3) hacen resaltar el apasionado ardor que Beatriz ponía en todas sus empresas. Aunque fuese precisamente su hermano el titular entonces del puesto reivindicado por Beckenschlager, esfuérase en convencer a este último de que su intervención le haría volver al favor del rey; le representa la belleza y la grandeza de la empresa, y cuál mérito sería «para un sacerdote y una mujer», ante Dios y ante los hombres, el haber hecho triunfar la causa de la paz.

Las negociaciones no tuvieron otro resultado que paralizar un tanto las operaciones en el transcurso de 1482-1483, después de los violentos combates que los dos príncipes tuvieron en los alrededores de Viena, en la primavera y durante el verano de 1482. Matías se vió obligado a volver de Tata a Pozsony, porque un ejército alemán intentaba tomarle el castillo de Merkenstein; la sola noticia de la llegada del rey bastó para hacer huir a los sitiadores, cosa que se apresuró a comunicar al Papa, al rey de Nápoles y a su embajador en Roma (4). A este ataque respondió con la ofensiva. Tras una resistencia tenaz y unos combates en los alrededores, con resultado alternativo, se hizo dueño de Hainburgo, cuyo castillo, situado en la cumbre de una elevada colina, era considerado como la llave

(1) Carta de Beatriz del 10 de Junio, *ibid.*, fol. 291.

(2) Cartas del 17 y 19 de Junio de 1482, *ibid.*, fol. 309 y 310.

(3) *Ibid.*, fol. 324 y 325.

(4) *Cartas del rey Matias (Fraknoi) II*, págs. 228-232.

de Austria, y ocupó los poblados de las cercanías de Viena, pero ésta no sufrió más que el susto en esta ocasión (1).

Las cartas de Matías nos hacen saber que antes de esta campaña había ido de Buda a Tata, para descansar y cazar (2). Habitaba el hermoso castillo que había hecho construir en muy poco tiempo en medio de aquella comarca risueña y regada por numerosos ríos (3). Beatriz, acostumbrada desde su infancia a los placeres de la caza, tomaba gustosamente parte en estas diversiones. Encontraba en Hungría la tierra clásica de la caza, podría decirse, porque los magiares habían heredado esta afición de sus antepasados nómadas, y su país fue famoso en toda la Edad Media por su riqueza en todo género de caza. En los espesos bosques de la cadena del Vertes oíanse a menudo las trompas de los compañeros de los reyes y los ladridos de sus jaurías; Matías poseía para sus cazas magníficos cotos en los alrededores de Buda, de Visegrad, en Tata, en Zolyom, en Diosgyor y en la isla Csepel; estos dos últimos pasaron a ser de propiedad particular de Beatriz; la riqueza de la isla de Csepel en ciervos, corzos, gamos, liebres y demás caza, era todavía motivo de asombro en tiempos de Ulaszló (4).

Por aquella época, las partidas de caza eran de ordinario ocasión de alegres fiestas, y se cobraba a menudo una prodigiosa cantidad de piezas; precisamente a la pluma de un italiano debemos la animada descripción de una cacería de osos a principios del siglo xvi en los dominios de Hipólito de Este, a la sazón obispo de Eger (5). En la caza con halcón, practicada en Hungría desde el siglo xii, y que debía de estar muy en boga en la corte de Matías, a juzgar por los nombres de halconerías

(1) Schober, ob. cit., págs. 30 y siguientes.

(2) «... solatii et venationis causa...» *Cartas del rey Matías*, pas. cit.

(3) Ranzano: *Epitome*, pág. 419.

(4) Relato del heraldo de armas francés en el viaje de Ana de Candale. Esteban Szamota: *Antiguos viajes* (en húngaro), pág. 144.

(5) L. Ovari: «Las cazas de Eger a principios del siglo xvi.» *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 398.

reales dados a varias localidades, es en la que debía complacerse más Beatriz (1). Como los ríos no estaban aún encauzados en aquella época en nuestro país, los territorios inundados abundaban en aves acuáticas, presa que servía particularmente para la caza con halcón, mientras que en Italia se empleaba más bien para las perdices. Entre las diferentes especies de halcones, daban la preferencia al gerifalte; pero los halcones de la Rusia Menor y de Transilvania eran también solicitados, y los italianos daban gustosamente sus halcones amaestrados. Beatriz escribió, a propósito de uno de estos cambios con su cuñado de Ferrara, que tenía igualmente fama de gran cazador (2).

Hainburgo, que Matías acababa de conquistar, era célebre por su halconería. Beatriz se juntó pronto allí con su esposo, porque le agradaba ir a habitar las ciudades recientemente conquistadas, a desplegar un lujo regio y la alegría de vivir en lugares en donde apenas estaban borradas las huellas de la guerra. Hainburgo, situado en una alta colina, con una vista admirable sobre los meandros del Danubio y el territorio de los dos países, debía particularmente atraer a Beatriz, porque en cuanto Matías se hubo apoderado del castillo, en Setiembre de 1482, se mandó allí ropa de cama, y Beatriz envió a toda su corte con sus músicos y cantores, y, para que nada faltase en los conciertos, encargó la traída de órganos (3).

Durante el sitio de Hainburgo, Matías, en sus excursiones por los alrededores de Viena, estuvo también en Baden, seguramente con Beatriz, que frecuentó más adelante con gusto las termas de aquella ciudad. Aquí es donde vemos reaparecer en la corte a Marzio Galeotti, «venido de Italia a pedir al rey una ayuda de dinero para completar el dote de sus hijas y ser al

---

(1) Madar, Drautz, Solymar, etc. Ortvay, o. c., pág. 9.

(2) *Mon. Hist. Húng.* (D. E.) III, pág. 378.

(3) *Kammerrechnungen.* Archivos de la ciudad de Pozsony (Presburgo), Cuentas de 1482-83.

mismo tiempo testigo de la gloria de Matías», en aquella «ciudad de aguas» (Balneum, Baden), célebre ya por sus «magníficas termas» (1).

Beatriz encontró también en aquel tiempo a otro de sus compatriotas, Pietro Ranzano, obispo de Lucera, el antiguo preceptor de Juan de Aragón y embajador ahora de Fernando, que tenía por misión reconciliar al rey con el emperador de Alemania, y al mismo tiempo tratar de llevarle a la alianza contra Venecia (2). Este sabio y elocuente dominico aprovechó las estancias repetidas y prolongadas que hizo entre nosotros para escribir un libro sobre las cosas y la historia de Hungría (3).

Matías pasó de nuevo los primeros meses de 1483, en Tata con su mujer. En lo que concierne a las relaciones germano-húngaras, este año se pareció a la calma que precede a las tormentas. Las tentativas de mediación que hizo Bartolomé Maresca, obispo de Citta di Castello y legado del Papa, en el otoño de 1483, no tienen ninguna importancia para los acontecimientos ulteriores; los relatos que el obispo envió a Roma tienen, en cambio, más interés para nosotros (4). Vese por ellos, que había la orden de asegurarse ante todo el apoyo de Beatriz, pero habla él también con agradecimiento de la solitud que la reina le testimonió y de la elevación de su espíritu. Es todavía más entusiasta cuando habla de Matías; su relación nos muestra al rey en el apogeo de su poder y a su corte en todo su esplendor.

Por este tiempo, Juan de Aragón, confirmado por el Papa

---

(1) Galeotti, o. c. cap. XXVIII.

(2) Teleki, o. c., pág. 256.

(3) *Epitome Rerum Hungaricarum*, o. citada aquí varias veces, publicada por Schwandtner.

(4) Publicados, el uno por Pray (*Anales*, IV, págs. 161 y sig.) y el otro por Marczali: *Manual de las fuentes históricas de Hungría* (Magyar tört. kuttök), pág. 277.

arzobispo de Esztergom, estaba en camino para Hungría (1), en donde su hermana le esperaba con tanto mayor deseo, cuanto que su hermano Francisco tenía que volver inmediatamente a Nápoles; no tenía ella el menor presentimiento de que pronto necesitaría separarse de los dos. Si Francisco siguió los sabios consejos que le dió por escrito Diómedes Carafa (2), lo cierto es que tuvo mucho que aprender de su real cuñado durante su estancia en Hungría, y que pudo merecer los elogios que le tributó Marzio Galeotti, que declaraba que aquél había de ser un día «por el talento, el saber, la munificencia, la bondad, la generosidad, su discreción en los asuntos públicos, su valor en el peligro, la pureza de sus costumbres y su fidelidad a la palabra dada», la imagen de su abuelo, un «segundo Alfonso» (3). Despidióse de Beatriz a principios del verano de 1484, porque volvió el 25 de Agosto a Nápoles, en donde el pueblo le recibió calurosamente (4).

La solemne instalación del cardenal Juan en la sede arzobispal de Esztergom, se celebró en Febrero, y poco después recibió dos breves del Papa exhortándole a dedicarse a la reconciliación de Matías con el emperador, y a hacer que el rey tomara la defensa de Ferrara y de la «Santa Liga» (5). ¡Qué cambio en la política del Papa! Ahora era él quien impulsaba a Matías a atacar a Venecia, la antigua aliada. Sábese que estas excitaciones no dieron resultado, y no es nada creíble que la prudente reserva de Matías fuese la única causa de la paz firmada en Bagnolo, el 7 de Agosto, que puso un término poco glorioso a la guerra de la «Santa Liga» contra Venecia.

El destino quiso que Juan de Aragón se viera obligado, al poco tiempo de este acontecimiento, a salir apresuradamente

(1) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. d. Amb. Napoli, 21 Agosto, 1483.

(2) Tom. Persico, o. c., págs. 229-232.

(3) Obra citada, cap. 25.

(4) Passero, o. c., pág. 44.

(5) G. Rath, o. c., *Szazadok* (Los Siglos), 1890, págs. 420-421.

de Hungría para no volver nunca. El papa Sixto IV murió repentinamente a los cinco días de haberse firmado la paz. Fue tan belicoso su pontificado, que sus energías hicieron correr el rumor de que su muerte se había debido a la pena que le causara la conclusión de la paz (1).

Juan tuvo que ir a Roma para el cónclave en donde le esperaba un papel importante, porque él y el cardenal Ascanio Sforza fueron los encargados por las cortes de Nápoles y de Milán de pronunciar el veto contra la elección de ciertos cardenales: la de Giambattista Cibó, entre otras. Dedicáronse con celo, así como el cardenal Rafael Riario, a hacer que fuese elegido Rodrigo Borgia, el cual había prometido a Juan hacerle vicecanciller si obtenía la tiara. Debe atribuirse al cardenal Julián de la Rovera el fracaso que sufrió Borgia en esta ocasión y, a causa de uno de esos cambios que no eran raros en la corte de Nápoles, el cardenal Cibó fue precisamente el elegido con el consentimiento de Juan de Aragón. El nuevo Papa fue coronado el 12 de Setiembre con el nombre de Inocente VIII (2).

Este cambio de reinado no fue nada beneficioso para Matías y Beatriz. Las casas reales de Nápoles y de Hungría habían tenido conflictos más o menos graves con el belicoso Sixto IV, sobre todo en los últimos años de su reinado; sábese que los de Aragón, después de haber sido los mejores amigos y los aliados del Papa, habían llegado a las manos con él, que Matías estuvo dispuesto, bajo ciertas condiciones, a tomar las armas contra la Liga formada por Roma y Venecia, que tuvo muchas cuestiones con la Santa Sede y, más de una vez, motivos de queja por el no pago de los subsidios para la guerra contra los turcos, y por usurpación de derechos. Sin embargo, siempre habían concluído por reconciliarse y, en el fondo,

(1) *Nulla vis saevum potuit extinguere Sixtum, Audito tantum nomine pacis, obit.*

(2) Pastor, o. c., III, págs. 172-173.

no había cesado nunca de reinar cierta cordialidad en las relaciones entre el rey de Hungría y el Papa, el cual hacía extensiva su benevolencia «a la reina, su querida hija en Jesucristo» (1).

En cambio, los Aragón tenían motivo para desconfiar del nuevo Papa, porque se le consideraba antes de su elección como un partidario de la casa de Anjon. Era conocido, por lo demás, como un hombre de temperamento pacífico, y probablemente a esta circunstancia debía su elección; pero siendo de carácter débil, cayó pronto bajo la influencia, hasta la dependencia, del poderoso Julián de la Rovera, el futuro papa Julio II (2), y la ambición de éste, así como la de algunos de sus parientes, Franceschetto Cibó, entre otros, tropezaron con la tenacidad y la conducta agresiva del rey de Nápoles, y sobre todo, del príncipe heredero, y no tardaron en llevar al Papa a una hostilidad encarnizada contra Nápoles, mientras que una tensión perpetua de sus relaciones con Matías causada sin duda, en parte, por esta querrela, engendraba toda una serie de conflictos sin solución.

Mientras que ocurrían estos acontecimientos, la corte del rey de Hungría vivía en medio de un perpetuo rumor de armas. En tanto que Kinizsi luchaba victoriosamente en el Sur contra los turcos, Matías, acompañado de su mujer, ocupaba los alrededores de Viena, estrechando cada vez más el círculo de hierro con el que se esforzaba en vencer definitivamente la orgullosa capital de Austria y apoderarse de ella.

A principios de Diciembre, el ejército húngaro, mandado por Matías en persona, se apoderaba de Kornenburgo, que se consideraba como la llave de Viena. Entabláronse entonces nuevas negociaciones, y se convino en que la ciudad se rendi-

---

(1) Váase el breve de 26 de Enero de 1482, dirigido al arzobispo de Kalocsa (Biblioteca Nacional de Florencia, Cod. II, III, cap. 256, vers. 145).

(2) Pastor, o. c., III, págs. 174-176.

ría si no era socorrida antes del 1.º de Junio. El emperador y el imperio abandonaron a los sitiados, y Viena abrió sus puertas al rey de Hungría el 1.º de Junio de 1485.

### III

Al llegar a este período de la vida de Beatriz, detengámonos un poco para examinar la situación que ella ocupaba al lado de su esposo y el papel que tenía en la dirección de los asuntos del país, en la orientación de la vida nacional, antes de que sus esperanzas y sus aspiraciones tropezaran con las de Matías, y que su influencia creciente y algunas de las consecuencias que de ésta dimanaban la hiciesen ponerse enfrente de la nación.

El poder de la reina estribaba, sin duda alguna, en el apasionado amor que inspiraba a su esposo, amor que no debilitaron en lo sucesivo las divergencias de miras. Este amor no podía ser de naturaleza puramente física, sino que tenía también su razón de ser en la cultura intelectual de Beatriz, de perfecta conformidad con las aspiraciones de Matías, así como en las felices dotes de la inteligencia que los contemporáneos se complacen en reconocerle en todo el transcurso de su vida, y en medio de las más diversas circunstancias.

Matías, como todos los grandes hombres que han dejado el sello de su genio en su época, era en todo hijo de su siglo, y había hecho suyas con entusiasmo todas las aspiraciones de ésta. El Renacimiento, que acababa de aparecer en Italia, ejercía entonces su encanto mágico sobre los grandes espíritus de Europa. El cambio radical en la manera de considerar el universo que produjo sobre el hombre, emancipado en su individualidad; la tentativa de fusión de las doctrinas cristianas con la concepción del mundo, tal como aparece en las obras de la literatura antigua; la fogosidad pagana en los goces de la vida que rechazaba al último término el ascetismo de la Edad

Media, y que iniciando, de una parte, al hombre en los placeres más refinados, más variados de la vida, y, de otra parte, haciéndole apreciar el valor de las obras maestras de la antigüedad, así como la belleza del cuerpo humano, daba un impulso inaudito a las artes: todo esto atraía, arrastraba con irresistible fuerza al espíritu de Matías, a su imaginación ardiente y a su inmoderado amor de la gloria. Y encontraba todas estas cosas simbolizadas en los atractivos de una mujer, encarnados en Beatriz.

Cierto es que la princesa napolitana ejercía un encanto sobre el corazón y el espíritu del rey, no solamente por su belleza, sino por el poder magnético del genio nacional italiano de aquella época, que se desprendía de todo su sér, y atraía tan poderosamente a Matías.

¿Era correspondido verdaderamente este amor tan apasionado del rey? Este es el gran problema de la vida interior de Beatriz, para cuya solución los hechos históricos no ofrecen un punto de apoyo más sólido que para el juicio que se ha de formular sobre la vida matrimonial de las otras grandes figuras femeninas del Renacimiento italiano. La Italia de entonces ha revelado una riqueza prodigiosa de talentos, pero no ha mostrado—a lo menos en el terreno de la historia—corazones que se hayan ennoblecido por el espíritu de sacrificio. Beatriz habíase educado en un ambiente, en el que cortesanos y retóricos rivalizaban en adulaciones para con las grandes damas, a todas las cuales exaltaban sin distinción, incluso a las más desvergonzadas, por sus virtudes conyugales; pero en el que a todas las mujeres, incluso a las más puras quizá, alcanzaban las sospechas en secreto, y si por ventura había alguna que no daba el menor pretexto para la sospecha, no se lo apuntaban nunca como un mérito particular.

Aun cuando Beatriz hubiera sido «incapaz de amar» (1),

---

(1) «Amoris impotens», asegura el cronista Juan Michel Brutus. (*Historia de Hungría*, publicada en la Colección de monumentos y escritores húngaros. I, Budapest, 1863, pág. 27.)

era capaz, en todo caso, de demostrar a su marido una afec-  
ción suficiente para mantener su pasión: la prueba de esto se  
encuentra en la duración de este amor. Su ambición y su  
interés eran probablemente seguras garantías de su virtud;  
pero el sentimiento que experimentaba por Matías no hubie-  
ra resistido a la prueba de un conflicto con su ambición y su  
interés. Bien lo hará ver su conducta después de la muerte  
del rey.

Aunque no haya dudas respecto a lo sensual del tempera-  
mento de Beatriz y que, con Virgilio, se declaraba ella misma  
«siempre tornadiza y perpetuamente móvil»—como todas las  
demás mujeres (1),—debemos rechazar sin vacilar la acusa-  
ción de inmoralidad escandalosa, lanzada contra ella por el  
dicho de documentos contemporáneos sospechosos o de mur-  
muraciones sin consistencia de una época posterior; debemos  
rechazarla también, a causa del sentimiento que Matías tenía  
de su dignidad y a causa de esta verdad histórica: que los  
húngaros no hubieran tolerado en su reino la liviandad. No  
estaba todavía lejano el ejemplo de Bárbara Cilley, a la que el  
rey Segismundo, su esposo, impulsado por la indignación pú-  
blica que suscitaban los escandalosos actos de aquélla, tanto  
como por su propio enojo, se vió obligado a desterrarla de la  
corte y castigarla durante muchos años con un internado que  
parecía una prisión (2).

Mientras que su marido vivió, Beatriz le mostró siempre  
agradecimiento por su afeción; sus cartas íntimas lo prue-  
ban (3); le demostró siempre el mayor respeto (4); supo por  
mucho tiempo disimular su influencia, y no deseaba que se co-

---

(1) Galeotti: ob. cit., capítulos 3 y 25.

(2) Antonio Por: «La casa de Anjou y sus herederos» (en húngaro).  
Magy. Nemz. Tort., III, págs. 532 y siguientes.

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda  
el 26 de Junio de 1484. Archivos de Módena.

(4) En el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, se lee que Beatriz llamaba  
a menudo a Matías padre, y que éste la llamaba hija.

nociese; cuando no lograba que el rey opinase como ella, se consolaba. A veces hasta le ocurría, como ya lo hemos visto, oponerse a las exigencias injustificadas de sus parientes de Italia, y esforzarse en convencerles de lo justo de los pensamientos de su marido; ni siquiera le enseñaba las cartas de ellos cuando sabía que le habían de disgustar (1). Siempre estaba dispuesta a servirle cuando la encargaba una misión diplomática, lo que sucedió a menudo, o cuando quería él deslumbrar a alguien con las brillantes cualidades de su mujer.

Desde los primeros años del matrimonio de Beatriz, diéronse cuenta en Italia de que ella «podía hacer del rey lo que quisiera»; hasta se tenía, en Nápoles sobre todo, una opinión, a menudo exagerada, de su influencia política (2). Se comprendera fácilmente que pronto se acostumbraron en Italia a dar a los embajadores que iban a Hungría instrucciones y cartas de crédito especiales para que pudieran ser recibidos en audiencia particular por la reina, presentarle homenajes, entregarle mensajes, tratar de obtener su protección, lo que hacía que los embajadores enviasen de ordinario informes especiales referentes a su visita a la reina. Así se ve a la curia romana dar en varias ocasiones instrucciones semejantes a sus legados; a los florentinos solicitar la protección de la soberana en favor de sus comerciantes que habían sufrido más daños (3). La familia ducal de Ferrara y los miembros de la familia real de Nápoles le mandan a cada instante personas recomendadas, y viceversa. Los escritores devotos de Matías se complacen en revelar que el rey consultaba a su mujer en todos los asuntos importantes, lo que demuestra que no hacía misterio de la in-

---

(1) *Man. Hist. Hung.* III, pág. 399.

(2) Carta de Hungría, ya citada, a los magistrados de Florencia, de 6 de Agosto de 1479. Archivos de Estado de Florencia.

(3) Carta dirigida a la reina de Hungría, con fecha 16 de Junio de 1483. Archivos de Estado de Florencia. Signori. *Cart. missiva*, 47, 128.

fluencia de su mujer; antes bien, decía abiertamente que seguía con gusto sus consejos (1).

Ya hemos visto que ella intervenía en los asuntos extranjeros; conocemos su correspondencia diplomática. No son solamente las cortes emparentadas las que le piden que intervenga cerca del rey; el Papa mismo se lo rogó más de una vez, y le expresó su gratitud por sus buenos oficios (2); lo mismo hacen los príncipes Ernesto y Alberto de Sajonia, con los que se escribe en alemán y a los que trata de primos (3). En la época de la que acabamos de hacer su bosquejo, dedicábase ella, sobre todo—como lo hemos visto,—a procurar un arreglo con el emperador de Alemania; decía estar autorizada por su marido, en cuyo nombre creía poder adquirir compromisos. Fue hasta el fin el agente más activo de la causa de la paz, y no fue culpa suya si Matías se vió obligado a reanudar las hostilidades contra Federico rompiendo la tregua; el mismo legado del Papa reconoció el celo desplegado por Beatriz en interés de la paz (4).

Se engañan, sin embargo, los que atribuyen a la acción muelle de Beatriz la supuesta tibieza de Matías por las guerras turcas después de su boda (5). Ya se ha visto que Beatriz seguía a su esposo a los campamentos, y que uno de los prin-

(1) Naldi Naldii Florent. Epístola de Laudibus ang. Bibliothecae ad Mathiam Corvinum, etc. (Mathiae Belii: *Notitia Hungariae novae*. Viena, 1787. Part. I, t. 3), pág. 606 y sig. Langenn, o. c., pág. 134.

(2) Correspondencia de Beatriz con Inocente VIII, entre 1488 y 1490. Biblioteca de San Marcos y Archivos de Estado de Venecia.

(3) Carta de Ernesto y Alberto de Sajonia del 14 de Noviembre de 1477; cartas de Beatriz del 5 de Enero de 1478 y 11 de Setiembre de 1480. Grandes Archivos de Dresde (Wittenberg. Arch. Ung. Sachen, fol. 110, 114 y 234.)

(4) Informe del obispo de Castello. *Investigaciones históricas*, por Marczali, citadas antes, pág. 283.

(5) Tal es el juicio que formulan Heltai (o. c., II, pág. 173), Fugger, y, entre los italianos, Vecchioni en su prólogo a la obra de Passero, pág. 48.

principales fines que perseguía al apoyar, de concierto con Nápoles y Roma, una política de conciliación con el emperador, era permitir a los húngaros emplear todas sus fuerzas contra los osmanlis. Los que, en Italia sobre todo, no cesaban de quejarse de la tibieza de Matías, no lo hacían sino para ocultar su tibieza propia, porque hubieran querido que los húngaros soportasen todo el peso de la guerra contra los turcos.

Lo que pone muy de relieve la situación de Beatriz en el Gobierno del país, es el hecho de que Matías se refiere a menudo, en sus ordenanzas, en sus cartas de donación al consentimiento, al deseo o a la petición de su mujer, mientras que sus antecesores no hacían mención sino raramente, y a título excepcional, del consentimiento de la reina madre o de la reina en los documentos públicos. Beatriz concede por sí misma dominios, exenciones de derechos y hasta una vez un obispado, como lo declara explícitamente en el acto de donación (1); confirma en vida de su marido, transcribiéndolas con su propia mano, las cartas de donación de Matías (2); esto es lo que explica por qué se encuentran entre las promesas hechas a Ulaszló II cuando su elección, la de «devolver los dominios poseídos sin derecho por Matías y Beatriz (3). Fraknoi define, pues, muy exactamente la situación de Beatriz cerca de Matías, diciendo que era, en efecto, «reina consorte» (4). Esta situación tenía precedentes en nuestro Derecho político; era la de Segismundo con María y la de Isabel con Alberto; pero mientras que

(1) Acta de donación de 17 de Noviembre de 1479, en favor de Vesach Perottus, prefecto de Zolyom; exención de derechos de peaje a los Padres Paulinos de Diosgyor para el transporte de la sal (Archivos nacionales húngaros. D, núm. 19.069). Carta de Beatriz a su hermana Leonor, de 5 de Agosto de 1480, *Mon. Hist. Hung.*, II, pág. 440.

(2) Hay documentos de esta clase, con fecha del 12 de Abril de 1489, en los Archivos de la Biblioteca del Museo y en los Archivos nacionales húngaros. (Diplomacia, con los números 17.457 y 18.982.)

(3) Marczali, *Fuentes históricas*, pág. 308.

(4) *El rey Matías*, pág. 345. Naldus Naldius, página citada.

en el primer caso la elección de un príncipe consorte había sido impuesta por la aversión del pueblo a un gobierno de mujer y por la necesidad de una dirección viril; en el segundo, porque el heredero legítimo del trono era realmente Isabel, y que, en uno y otro caso, la situación recíproca de los soberanos había sido regulada por una ley, Beatriz no debía su situación y su influencia excepcionales sino al favor real.

Gracias a esta situación, pudo fomentarse en torno de Beatriz una «corte de reina» tal como el país no había visto nunca, y de la que volveremos a hablar más adelante; tenía además una guardia especial de coraceros (1), que desempeñó un papel decisivo en las luchas por la sucesión al trono a la muerte de Matías. Trataremos aparte de los derechos que la reina ejercía sobre la administración de las poblaciones mineras.

Pero esta situación exigía también rentas considerables, tanto más cuanto que—como se ha visto—sus tradiciones de familia, su natural, sus costumbres, inclinaban igualmente a Beatriz al lujo y al fausto, y que Matías, que tenía los mismos gustos, no hizo probablemente nada, por lo menos al principio, para inclinar a su mujer a la moderación: era, pues, necesario encontrar los medios de proveer a estos gastos.

No se había pensado en ello de antemano. Era costumbre entre nosotros, como en otras partes, asegurar por contrato a la reina, al casarse, la posesión de ciertos dominios y ciertas rentas. No hubo tal contrato o donación cuando la boda de Beatriz, o, por lo menos, no poseemos ningún dato a este respecto. Vemos solamente que Beatriz tenía el disfrute de la mayor parte de los dominios y de las rentas que constituían de ordinario el patrimonio de la reina, pero es imposible demostrar con documentos cuándo y cómo entró en posesión de él.

La explicación más natural de este hecho, es que durante la prolongada viudez de Matías el disfrute de la mayor parte

(1) «Reginae validissimus equitatus...» «Cataphractorum robur...» como dice Bonfin, Dec. IV, lib. IX, pág. 486.

de las rentas de la reina había pertenecido a la madre de Matías, Isabel Unyadi, la cual, gustando, como es sabido, de atesorar, no quiso pasárselas a su nuera. A la muerte de Isabel Hunyadi, la mayor parte de estos dominios pasaron a poder de su favorito, Juan Corvino, el hijo natural de Matías. Esto se hizo con el consentimiento del rey, que se esforzaba ya de todos modos—a pesar de la oposición de Beatriz—en aumentar la fortuna, y, por consiguiente, el poder del sucesor que se había dado (1). Es cierto que Beatriz no tomó nunca posesión de todos los bienes que constituían el patrimonio de la reina en tiempo de Segismundo, e incluso de Alberto, y no es menos cierto que, en los últimos años del reinado de Matías, Juan Corvino poseía dominios mucho más extensos que la reina (2).

Beatriz se esforzó durante todo su reinado en recobrar los bienes que las reinas antecesoras suyas habían poseído, y que habían pasado a otras manos por haber servido a menudo de hipotecas. La prueba de esto se encuentra en una carta dirigida por ella, en los momentos de las conjuraciones, a uno de sus fieles de Nápoles (3).

En tal estado de cosas, no podemos calcular la situación de la fortuna y de las rentas de Beatriz en vida de Matías, sino combinando los datos, más o menos completos, que poseemos.

La primera cuestión que se presenta aquí es la de saber qué fue del dote de Beatriz. Ella lo pidió a la muerte de Matías y mantuvo sus reivindicaciones hasta su muerte, pretendiendo que su dote había servido para cubrir las necesidades del país, mientras que a sus reclamaciones, los húngaros, como veremos

(1) Archivos nacionales húngaros, D., documentos 19.003, 18.004, 18.264, 18.387 y 18.973.

(2) V. la estadística de los dominios que poseía Juan Corvino a la muerte de su padre, en el estudio de Julio Schonherr, sobre *Juan Corvino* (en húngaro). *Tort. Electr.*, 1894, págs. 175 a 180.

(3) Esta carta, dirigida a Francisco Fontana, no lleva fecha; los archivos de Módena conservan una copia algo alterada. Canc. Duc. Cart. Dipl. estere.

más adelante, oponían demandas reconventionales. Beatriz no era económica, y casi desde el principio careció siempre de dinero líquido, lo que prueba que los 200.000 ducados de su dote—170.000, deducidos el valor de las joyas—no duraron mucho tiempo; pero, de otra parte, como esta suma no pudo gastarse tan pronto, hay que creer que Beatriz empleó, por lo menos, una parte en la compra o rescate de los bienes raíces, de lo que poseemos pruebas escritas (1).

En virtud de una antigua costumbre, confirmada por las leyes, una parte de las rentas del real tesoro pertenecía a la reina.

Por aquella época, Hungría estaba dividida, desde el punto de vista de la administración de hacienda, en varios distritos, llamados Cámaras o generalidades, al frente de los que había intendentes reales. Uno de los principales objetos de estas Cámaras era la percepción de los derechos de regalía sobre las minas; según que caían bajo su resorte las salinas y la venta de sal, o bien la producción de metales preciosos, se llamaban Cámaras de las gabelas o Cámaras de las minas. La Cámara de Kormoczbanya tenía también en sus atribuciones la acuñación y el cambio de monedas (2).

Los príncipes arrendaban a veces sus derechos de regalía sobre las minas, y Segismundo fue el primero que cedió a su segunda mujer, Bárbara Cilley, la Cámara de Kormocz, con las siete villas mineras de la Alta Hungría (3), que dependían

---

(1) Puede deducirse esto del despacho de Jacopo Trotti, embajador de Ferrara, enviado desde Milán el 14 de Diciembre de 1490, después, por lo tanto, de la muerte de Matías (Archivos de Módena, Cat. Amb. Est. Milano, B.<sup>a</sup> 6), así como de la copia de la carta a Fontana, citada antes. Un documento, que se encuentra en los Archivos municipales de Kormoczbanya, confirma también la compra de inmuebles por Beatriz en 1489.

(2) Pablo Krizskó: *La antigua Cámara de Kormocz y sus intendentes* (en húngaro). Budapest, 1880, págs. 3-7.

(3) En tiempo de Matías y de Ulaszló, se contaban todavía otras siete, además de Zolyom; eran Kormocz, Selmech, Bakabanya, Beszterczebanya, Libetbanya, Ujbanya y Fejerbanya.

de ella, y de las que la reina sacaba una renta anual de 900 ducados (1). Las rentas de las minas eran en aquella época más seguras que cualesquiera otras; esto es lo que explica por qué nuestros reyes las cedían a sus mujeres, práctica que estuvo mucho tiempo en uso (2).

Esta posesión, que se transmitía de una reina a otra, y la defensa de sus intereses, hicieron que las reinas se convirtiesen en verdaderos administradores de las villas mineras, que reglamentasen la explotación de las minas, fiscalizasen los ingresos, fijaran los impuestos (3) hasta el punto de que estas villas se llamaban también «las villas de la reina», y que, en lo sucesivo, los habitantes estuviesen obligados a prestar juramento de fidelidad a la reina, como vasallos suyos (4). Sin embargo, estos derechos de la reina no impedían a los reyes dictar, en casos excepcionales, medidas concernientes a estas poblaciones y hacerlas sufrir ciertas cargas; ejemplos de esto se encuentran durante la unión de Matías con Beatriz (5).

No se sabe con precisión cuándo y cómo tomó posesión Beatriz de las poblaciones mineras; el viaje que los reyes hicieron en 1478 debió de ser una especie de toma de posesión solemne (6), pero no se encuentran huellas del ejercicio del Gobier-

(1) Krizskó: o. c., pág. 23.

(2) Miguel Hatvani (Horvath): *Croquis de la historia de Hungría* (Rajzok a magy, tort-bol). Pest., 1.859, pág. 64.

(3) Kachelmann: t. c., pág. 35.

(4) Ibid. Págs. 131-132. Hatvani: *Colección de documentos* (*Okmánytar*), págs. 18 y 20.

(5) Ibid. Págs. 112-116. Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 6.

(6) Tal es la opinión que emite Arnald Ipolyi en su *Estudio histórico sobre la civilización en Beszterczebanya* (*Szazadok*, Los Siglos, 1874, página 646).

Estas cuentas, que llegan hasta fines de 1491, se encuentran actualmente en los Archivos nacionales de Bruselas (fondo de la secretaria de Estado alemán), en donde fueron depositadas al mismo tiempo que los papeles de la reina María, viuda de Luis II. Miguel Hatvani (Harvath) ha publicado parte de estos documentos en su *Almanaque histórico* (*Croquis de historia de Hungría* (Rajzok, stb.), pág. 64 y siguientes).

no por la reina sino a partir de 1486, y no poseemos las cuentas que le fueron presentadas, sino a partir del 1.º de Agosto de este año. Por esta época, Beatriz nombró intendente al bravo y distinguido Pedro Scheyder, hasta entonces juez de la ciudad de Kormocz, la que redundó en beneficio de las poblaciones mineras más que si hubiera nombrado a uno de sus favoritos italianos (1), como sucedió en 1488 con el puesto de director de la Moneda (2). Sin embargo, ocurría a veces que Beatriz modificaba por sí las discretas disposiciones tomadas por Scheyder, y daba la razón a los que se quejaban de él, cosa que perjudicaba, como es natural, a la autoridad del intendente (3). Aunque Beatriz acogiese a veces con benevolencia las peticiones que le dirigían, y hasta interviniese un día cerca del rey para conceder a Breznobanya el derecho de celebrar ferias (4), sus ordenanzas concernientes a las poblaciones mineras tienen en general un carácter de codicia y de implacable dureza. No contenta con sus rentas fijas, que gastaba regularmente por adelantado, imponía a menudo a sus ciudades tasas extraordinarias (5). Algunos de sus edictos referentes al cumplimiento de las prestaciones están llenos de órdenes y amenazas a cual más severas (6). Las instrucciones que da respecto a la venta de la sal en las ciudades sometidas a su administración, tienen todas el mismo carácter de severidad (7).

(1) Krizskó, o. c., pág. 40.

(2) Hatvani, *Colección de documentos* (Okmanytar), pág. 7.

(3) Kachelmann, t. c., pág. 116 y siguientes.

(4) Se encuentran iguales disposiciones de parte de la reina en los archivos de la ciudad de Selmezbanya, con fecha de 25 de Enero de 1486 y 20 de Agosto de 1488, así como en Teleki, XII, pág. 397.

(5) Ibid. Hatvani: *Colección*, etc., etc. (Okmanytar), pág. 11. El original de la ordenanza de 1486 se encuentra en los archivos de la ciudad de Kormoczbanya.

(6) Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 11 y siguientes.

(7) Kachelmann, o. c.: Edicto de Beatriz de 13 de Diciembre de 1496, en los Archivos de Bartfa, números 701 y 725, y otro de 15 de Marzo de 1495, sin número de orden en los Archivos públicos de Kassa.

Según el testimonio de las cuentas del tiempo de Beatriz, los ingresos que la reina obtenía de las minas eran de dos clases, a saber: el diezmo sobre el producto de las minas, y la ganancia en la acuñación de monedas, ingreso éste que representaba casi el doble del otro. Alrededor de 1490, Beatriz sacaba anualmente de 16 a 18.000 florines de oro de estas dos fuentes de ingresos. Esta cantidad, que no es muy considerable en relación con los fastuosos gastos de la reina, era la más segura de sus rentas, y tenía los destinos más diversos, porque, además de los gastos de administración, tenía que servir para pagar toda suerte de compras de lujo, regalos, honorarios, salarios, y, con el tiempo, se empleó una parte incluso a cubrir los gastos de la guerra. También la Cámara de Kormocz adelantaba a Beatriz el dinero que necesitaba para sus gastos personales (1), práctica ya aclimatada con sus antecesoras, y que se acomodaba muy bien con los hábitos de prodigalidad de Beatriz (2).

Más difícil es hacer la cuenta de las rentas que Beatriz tenía de los dominios de que disfrutaba, ya como reina, ya porque los hubiera comprado o le hubiesen sido donados por el rey, y a cuya posesión estaba afecta, por lo general, la de un castillo.

Entre estos dominios, citemos el Antiguo-Buda, contiguo a la ciudad real del mismo nombre, y desde hacía largo tiempo, propiedad de la corona; fue de la madre de Matías hasta que murió, de suerte que Beatriz no pudo poseerlo hasta 1484; la reina elevó allí nuevas construcciones y pasó algunas temporadas, sobre todo en los primeros tiempos de su viudez. Beatriz poseía en la misma capital, a fines del reinado de Matías, una casa de piedra, a orillas del Danubio, con un vivero contiguo.

---

(1) Véanse los datos del documento de Bruselas en el *Almanaque histórico* de Halvani, página citada.

(2) Kachelmann, t. citado, páginas 32, 64. Chmel, *Regesten*, etc. I, Anhang, pág. 77.

Beatriz poseía también la isla de Csepel, célebre por sus cotos de ciervos, y que tenía un castillo en aquella época. Era el más extenso de los dominios de la corona que constituían el patrimonio de las reinas, y, en tiempo de Beatriz, formaban también parte de él los poblados de Gyala, Simonfalva, Demsed, Gardony, Adony y Kevi.

Como en tiempo de Segismundo, el patrimonio de Beatriz comprendía también el castillo de Diosgyor con la tierra señorial de Mohi, que de él dependía, y las villas de Miskolcz, Dyosgyor, Kereszles y Mezokovesd (1); poseyó también, durante algún tiempo, los poblados de Sziksko y de Forró en Abauj, Huszt, y más adelante M.-Sziget en Máramaros.

Durante el último año de la vida de Matías, Beatriz compró en Turocz los dominios del noble Nicolás Hajszki; en Zolyom, poseía el castillo de Zolyom y los señoríos de Lipcse y Dobronya; en Bars, el castillo y el señorío de Szaszkó. Tenía, en fin, al otro lado del Danubio, los territorios de Igar y de Vam en el comitado de Veszprem con Simontornya, que formaba parte de él, aunque situado en Tolna.

Tales son los bienes cuya posesión por Beatriz está demostrada; sabemos que poseía más en otros comitados; pero no podemos indicar con exactitud el lugar en que estaban situados. El hecho de que sus propiedades de Pilis, Pest, Heves, Nograd y Fejer estaban impuestas, en 1494, en la suma de 1.412 florines de oro—cuando una considerable parte de sus bienes estaba ya vendida,—permite calcular, de una manera aproximada, las rentas que debía percibir (2).

Todo esto demuestra que Beatriz no llegó a tener, sino tarde y parcialmente, el goce de los bienes que constituían de ordinario en aquella época el patrimonio de las reinas de Hun-

---

(1) Véase a este propósito la *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) de D. Csanki, así como los documentos relativos a esto, en los Archivos nacionales, en el Museo Naval y en los Archivos de Kassa.

(2) Csanki, o. c., I, págs. 42, 80, 114 y 115; III, pág. 376.

gría; y como no se puede suponer que Matías, tan solícito, hasta tan débil con su mujer y tan liberal con todo el mundo, quisiera mostrarse con ella más tacaño que sus antecesores lo fueron con sus esposas, hay que creer que proveía de otra manera a las necesidades de Beatriz, es decir, que su bolsa le estaba siempre abierta. Por desgracia, este era el mejor medio de dejar arraigarse en Beatriz su principal defecto: la prodigalidad, que se había ya manifestado en ella de soltera, de la que dió en su matrimonio, y más todavía durante su viudez, manifiestas pruebas, que contradicen formalmente la opinión, tanto de los aduladores como de los enemigos de Beatriz, que hablaban de que había amontonado tesoros en el país. La reina misma, por su jactancia y su afición a la ostentación, hubo de contribuir a la formación de esta creencia errónea.

Hay pruebas de la mala gestión de su fortuna en las cartas íntimas dirigidas a su hermana, en las que se queja a menudo de carecer de dinero (1); en el hecho de que da a veces a su sobrino, el arzobispo de Esztergom, el cuidado de arreglar las notas de sus proveedores (2), y en el hecho de empeñar alhajas (3), como, por lo demás, lo hacían los otros príncipes de esta época, sobre todo en Italia. Hasta se ve obligada una vez a hipotecar por 7.000 florines de oro, a su primo Bernardino de Frangepan, uno de sus dominios de Zolyom, a fin de subvenir a los gastos de su corte de Viena (4). Se endeuda de tal manera, que su padre se ve obligado un día a recordarla el pago de una deuda que ella había contraído en Florencia, y que le avergonzaba a él (5), y lo que demuestra lo poco que se

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D.), III, págs. 217, 236 y 261.

(2) Baron A. Nyary, o. c. *Szazadok* (Los Siglos), 1870, pág. 208.

(3) *Mon. Hung. Hist.* (Dipl. Eml.), III, págs. 237-238. Sobre los empréstitos con fianza de Lorenzo de Médicis, del marqués de Mantua y del duque de Ferrara, véase Reumont: *Lor. d. Medici*, II, pág. 406.

(4) Kachelmann, t. c., pág. 116.

(5) Instrucciones del rey Fernando a su embajador Antonio Brancia, con fecha 6 de Julio de 1496. División de manuscritos en la Biblioteca Nacional de Nápoles (Cod. Man. XIV. A. 15, fol. 14).

cuidaba de hacer el balance de sus ingresos y sus gastos, es que estuvo cinco años y medio sin hacer cuentas con su Cámara de hacienda de Kormocz, y que, cuando por fin se hizo la liquidación, la reina se encontró con que debía 4.499 ducados y 65 denarios a su intendente (1).

Al ver estas cosas y los graves apuros económicos que no tardó en experimentar a la muerte de Matías, había que buscar las causas del mal en los hábitos de disipación adquiridos en Nápoles, en donde la vida era, sin embargo, mucho menos intensa que en la corte del rey de Hungría; la cosa radica en el carácter mismo de Beatriz, la cual, diga lo que quiera Galeotti en alabanza de Beatriz, como mujer del hogar (2), siempre a falta de dinero, pasa su vida pidiendo préstamos, y con sus liberalidades, sus regalos, sus caridades, sus distribuciones de subsidios, el uso que hace de su dinero para corromper a las gentes de que quiere servirse, contribuye ella misma a propagar el rumor de su riqueza y a aumentar el número de peticionarios y explotadores, a los que no podrá resistir.

Una de las causas de sus gastos era seguramente, como lo veremos más adelante, que un gran número de personas vivía únicamente de sus liberalidades y que, ciertamente, muchas abusaban de su generosidad.

No se ve que la reina haya tenido influencia sobre la administración propiamente dicha del país. Bonfin no quiere, según todos los indicios, sino recargar los elogios habituales de los humanistas, cuando hace de Beatriz una especie de Belona arengando a sus soldados antes de la batalla en una de las alas, como su esposo lo hacía en la otra (3), luego cuando ensalza el valor con el cual ella defendía a las mujeres y a los niños víctimas de la guerra contra la brutalidad de los solda-

---

(1) Hatvani: *Croquis (Rajzok)*, etc., pág. 65.

(2) «Non modo reginalis, sed privatorum quoque mulierum officia implebat.» *De egr. dictis*, etc., cap. 3.

(3) Prólogo del *Symposion Trimeron*, pág. 5.

dos (1). No poseemos sino su testimonio en apoyo de su afirmación, la cual, por lo demás, no carece de verosimilitud cuando dice que Matías confiaba en su ausencia a la reina la administración de los territorios austriacos ocupados por su ejército (2). Algunos historiadores italianos, al hablar del papel que Beatriz desempeñó en Hungría, le atribuyen el mérito de varias medidas y reformas dictadas por Matías en interés del pueblo y de una mejor administración (3), pero no tenemos pruebas que lo confirmen; en cambio, conocemos varios casos en que Beatriz, viviendo su marido, tomó ella misma las medidas necesarias para hacer que cesasen quejas que le habían dirigido.

En cambio, no se podría negar la influencia que ejerció sobre la transformación de la vida cortesana, el desarrollo del lujo, el cultivo de las artes y de las ciencias, en una palabra, sobre todo lo que establecía en aquella época relaciones entre Hungría y su antigua patria.

Pero no creó ella estas relaciones, existían ya bajo los reyes de la dinastía de Arpad; habíanse hecho más frecuentes con la casa de Anjou, y todavía más íntimas con Matías aun antes de la llegada de Beatriz.

Bonfin y los otros panegiristas de la reina exageran, pues, cuando pretenden que Hungría estaba sumida en la barbarie antes de la llegada de Beatriz, que la civilización italiana era allí completamente desconocida, y que la reina cambió todo; como si ante su sola aparición — como se dijo en una oración fúnebre — hubiera brotado del suelo una nueva Atenas (4).

(1) Prólogo de *Symp. Tri.*, pág. 4.

(2) *Ibid.*

(3) En su prefacio a la obra de Passero, Vecchioni atribuye a Beatriz la abolición de «la barbare Giudicio Reale», y la introducción de un procedimiento regular; cita también otras felices innovaciones de las que Hungría le sería deudora.

(4) Coelius Calcagnini: *In funere Beatricis Pannoniarum Reginae, oratio*, ed. cit. Alf. Reumont protesta también contra semejante exageración de la influencia de Beatriz: *La Biblioteca Corvino*, Arch. Storico Italiano, IV (1879), pág. 61.

Cierto es, sin embargo, que, a causa del matrimonio de Matías, los italianos afluyeron en mayor número a nuestro país, las relaciones italo-húngaras se hicieron más íntimas, y la fuerza creadora y la acción fecundante del genio italiano dejáronse sentir desde entonces cada vez más. Beatriz no tuvo que tomarse mucho trabajo; encontró un terreno completamente preparado, y su marido, que tenía los mismos gustos, parecía esperar que ella le ayudase a continuar la obra emprendida. Las circunstancias no le habían permitido hasta entonces a Matías dedicarse, como hubiera querido, a su afición a las letras y a las artes. Su primera mujer fue enfermiza y vivió poco tiempo; luego vinieron los años de viudez, los cuidados del gobierno, las guerras con sus alternativas de triunfos y reveses; en fin, desde su segundo matrimonio tenía algo más tiempo para desplegar la pompa que gustaba y cultivar las artes y las ciencias. Los gustos personales del rey y el origen de la reina no fueron las únicas causas que hicieron que la corte de Hungría volviese sus miradas hacia Italia; este país ofrecía recursos excepcionales para la satisfacción de las necesidades del espíritu. Estaba tan reconocida la superioridad de los italianos en las artes de la guerra y de la paz, que no solamente Hungría, sino Rusia y la misma Turquía, solicitaban con ardor los servicios de los italianos. Había, además, en la corriente de ideas de la época algo que impulsaba a las reinas a convertirse en propagadoras de la civilización occidental en Oriente: es una princesa educada en Italia, Sofía, hija de Tomás Paleólogo, la que inició a Ivan el Grande, de Rusia, el contemporáneo de Matías, en los secretos de la civilización italiana; también él se rodeó de una colonia de artífices y arquitectos italianos que tuvieron una gran parte en la creación del estilo arquitectónico religioso en Rusia. Beatriz tenía además la ventaja de estar en relaciones de parentesco con las cortes de Italia: la de Nápoles, la de Ferrara y la de Milán, que ponían su ambición en atraer a los talentos de nota; de suerte que sabía siempre a quién dirigirse para hallar los mejores artistas.

Todos los escritores y retóricos italianos que han escrito de Beatriz insisten en el interés que tenía por las letras y las ciencias; Bonfin la llama la mujer más sabia de su siglo, y dice que hallaba un placer extraño en las ciencias (1); Celio dice que gustaba de los espíritus cultivados, que hacía venir a los sabios de todas partes y los recompensaba espléndidamente (2); Christóforo Pesana la compara con las mujeres más ilustradas y más amigas de las ciencias de la antigüedad (3); Galeotti nota su prontitud en la cita de los autores latinos y su afición a la lectura, heredada de sus antepasados (4).

Más preciosa que estas vagas alabanzas es la relación ya mencionada del obispo Ransano, que cuenta en el prólogo de su libro sobre Hungría, dedicado á Matías (5), que a los alientos de Beatriz debe haber escrito su libro, y que la reina le dió un manuscrito conteniendo noticias históricas sobre todos los soberanos de Hungría, desde Atila hasta Matías (6). El mismo Ransano, en el discurso que pronunció cuando su recepción por los reyes, hace un gran elogio de las virtudes y de la asombrosa elevación de espíritu de la reina, diciendo que, en este concepto, rivalizaba con Matías (7). El humanista florentino Naldus Naldius, que escribió en 1485 un ditirambo sobre la Biblioteca de Matías en Buda, le hace seguir de una carta en la que exalta a Beatriz como la Egeria de Matías, alaba su piedad y pone de relieve su pleno conocimiento de los escritores de la antigüedad (8). Después de muerto Matías, Felipe Bergo-

(1) Prólogo a la traducción de Filóstrato, en Kollar, págs. 826-827.

(2) Oración fúnebre citada.

(3) Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 407.

(4) Ob. cit., cap. III y XXV.

(5) Extracto de la colección Abel-Hegedus citada ya; falta el prólogo en la edición Schwandtner.

(6) Según Johannes Sambucus (Dedicatoria del *Epítome de Ransanus*, edic. Schwandtner, pág. 406), son los datos de que Bonfin se ha servido para escribir su historia.

(7) M. Florianus, *Fontes domestici*, IV, etc. Ind. I, pág. 135.

(8) Bel: *Notitiae Hung*, pág. 606-607.

menzis alaba también las disposiciones que la reina demostró desde su tierna infancia por las «bellas ciencias», sus profundos conocimientos en historia, en filosofía y su elocuencia, que causaban, según se pretende, la admiración de sus contemporáneos (1).

Por lo demás, el amor de Beatriz a la ciencia está probado por los hechos, y hubo de ser mantenido por los gustos idénticos de Matías. Bonfin, que por confesión propia había sido atraído a la corte de Hungría por el espíritu de Beatriz (2), obtuvo el cargo de lector de la reina y de historiador de la corte. Una cosa digna de atención es que Matías, que seguía tan gustoso las costumbres de las cortes italianas, y a ello se veía seguramente impulsado por su mujer, no tenía, sin embargo, poeta en la corte como los príncipes italianos (3), a menos de no considerar como tal a Francisco Cynthius de Dionysiis, ciudadano de Ancona y «poeta laureado», a quien Matías donó una tierra; ignoramos en absoluto lo que escribió como tal poeta, pero sabemos que Matías le confió misiones políticas importantes (4). En cambio, el rey llamaba gustoso a sabios, les hacía escribir lo que él realizaba, ejercía con ellos—a modo de recreo—sus talentos de dialéctico; sus sabios componían de vez en cuando algunos versos; pero no trató nunca de tener un poeta de vocación; la mayor parte de los panegiristas acudían del extranjero atraídos por el cebo de una recompensa (5). Esto demuestra que los gustos de Beatriz estaban de perfecta conformidad con la propensión a lo serio de Matías, que le hacía preferir las disquisiciones científicas a los dísticos o las rimas sonoras. Más adelante veremos que, cuando la toma de Viena, el senado universitario de esta ciudad fué a ofrecer sus

(1) *De claris mulieribus*, etc. Prólogo.

(2) Dedicatoria del *Symposion Trimeron*, pág. 2.

(3) V. Gregorovius: *Geschichte*, etc. VII, pág. 602.

(4) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), pág. 311-312.

(5) Fraknoi: *Los hunyadi y los Jagellon* (Magyarorsz. Tört. IV, página 534).

respetos a la reina, conocida por su amor a la ciencia, esperando de su benevolencia que intercediese con el rey para obtener la confirmación de los privilegios de aquel organismo científico; la reina mostró en su cara la satisfacción que le causaba el discurso del sabio orador y, más adelante—durante su estancia en Viena,—asistió con su esposo a una disputa teológica (1).

Los escritores que se acercan a Beatriz no la dedican sino libros serios. Así es como vemos entre los libros dedicados únicamente a ella, o por lo menos también a ella, la edición latina de las Memorias de Diómedes Carafa, en la Biblioteca de Parma, y *El perfecto cortesano*, del mismo autor, de la Biblioteca Trivulzio de Milán (2); así como la traducción latina en la obra griega de Agatías sobre las guerras góticas, conservada en la Biblioteca de la corte en Viena. Sabemos además que Bonfin, a su llegada al país, dedicó a la reina dos libros: el uno tiene por asunto la historia de Ascali, en donde nació el autor en la Italia meridional (3); el otro es el *Symposion Trimeron*, varias veces citado, cuyo original—escrito según toda probabilidad por la propia mano de Bonfin—se encuentra también en la Biblioteca de la corte en Viena. Esta obra tiene por objeto la glorificación de las virtudes conyugales en las personas de Matías y Beatriz, bajo la forma de una conversación entre el rey, la reina y Francisco de Aragón; pero el asunto está tratado de una manera tan libre, que el libro fue pronto puesto en el Índice por la Iglesia. Pondremos también aquí la *Apología de la vida de los Santos*, por Roberto Caracciolo, impresa en Parma en 1489, por cuenta de Johannes Marcos Cynicus, y de

(1) Archivos universitarios de Viena: Acta fa. theol. Vol. II, fol. 16<sup>b</sup> y 114<sup>b</sup>, acta fac. act. Vol. III, fol. 317<sup>b</sup>. Schober, o. c., pág. 186.

(2) *Trattato de lo optimo cortesano*, impreso sin pie de imprenta ni fecha, con esta dedicatoria: «Alta serenísima Regina Beatriz d'Aragona, felicísima Regina de Hungaria, Bohemia, etc.» Csontos J. Diom. Carafa: *De institutione Vivendi*, Konyvszemle, 1890.

(3) Bonfin, *Hist. Dec. IV*, lib. VII, pág. 463.

dos amigos suyos (1); la obra ya citada de Ransano (2), y el libro de Felipe Bergomense sobre las *Mujeres célebres* (3), impreso en Ferrara en 1493, por lo tanto, después de la muerte del rey, obras que fueron todas dedicadas a Beatriz o al rey. Además, varios de los «Corvina», es decir, de los manuscritos procedentes de la Biblioteca de Matías, descubiertos en el transcurso del tiempo, llevan en frontispicio las armas de Matías, unidas con las de Aragón, lo que prueba que los autores de estos libros consideraban igualmente como sus Mecenas al rey y a la reina.

Así, pues, con razón puede atribuirse en parte a la influencia de Beatriz las relaciones cada vez más íntimas que Matías mantuvo, durante su segundo matrimonio, con sabios italianos. Por aquella época llegan a su corte los florentinos Francesco Bandini y Filippo Valori, con una recomendación del ilustre Marsilio Ficino (4); luego Taddeo Ugoletti, que obtiene el cargo de conservador de la Biblioteca Corvina; van también Aurelio Brandolini y Ugolino Varini (5); Galeotti hace igualmente apariciones; Juan de Aragón lleva a su preceptor Rutilio Zenone, de la Academia Pontaniana (6). Bonfin llega a la corte después de la toma de Viena; Ranzano vuelve a ella durante los últimos años del rey; el florentino Bartolommeo Frontio deja también huellas de su paso, y en 1489, el más ilustre de los humanistas italianos, Angelo Poliziano, regala al rey toda una colección de preciosos manuscritos.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

(1) Impreso primitivo que se encuentra en la Biblioteca de Jorge Rath y en la Biblioteca del conde Alejandro Apponyi.

(2) V. Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 431.

(3) *De claris et selectis mulieribus*.

(4) *Epistolae Marsilii Ficini Florentini*, 1494. Florentiae, 172 v.

(5) Csanki, o. c., publicada en los *Szazadock* (Los Siglos), pág. 551. Joh, Domin. Florillo: *Über einige ital. Gelehrte u. Künstler, welche Mathias Corv. beschäftigte*: Göttingen, 1882, pág. 9.

(6) Erasmo Percopo: *Nuovi Documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*, Arch. Stor, Napol XIX, pág. 580.

# PROEZAS POLICIACAS DE TOM SAWYER

---

## CAPITULO VIII

El almuerzo fue macabro. Tía Sally parecía abatida, fatigada, y dejaba que los niños se pelearan fingiendo no oírlos; semejante apatía no le era propia: Tom y yo no teníamos ganas de hablar, harto absortos en nuestras reflexiones. Benny tenía el aspecto de persona que no ha dormido, y cuando dirigía a hurtadillas una tierna mirada a su padre, adivinábanse las lágrimas en sus lindos ojos. En cuanto al viejo, se olvidaba de comer, dejaba que se enfriasen los manjares y parecía sumido en pensamientos que le impedían pronunciar una palabra.

Un silencio de muerte reinaba, pues, en la mesa, cuando reapareció la cabeza del negro: venía a anunciar que el señor Brace estaba terriblemente inquieto por la desaparición del señor Júpiter; rogaba al señor Silas que...

Mientras que hablaba miraba al tío Silas; pero se interrumpió bruscamente, como si las palabras se le hubiesen atragantado; en aquel instante, el tío Silas se levantó vacilante, tratando de apoyarse en la mesa; fijó en el negro una mirada extraviada; luego, con apagada voz, balbució llevándose la mano a la garganta:

—¿Cree él?... ¿cree él?... ¿qué cree? Dile...

Después cayó en la silla, aplanado, y murmuró con voz ininteligible:

—¡Vete... vete!

El negro, asustado, tomó el portante; nosotros nos sentíamos angustiados; no comprendíamos nada, pero era penoso ver al pobre anciano en tan lamentable estado; la muerte parecía haberle ya señalado con el dedo. No nos atrevíamos a aventurar ningún movimiento; solamente Benny iba y venía en silencio, con los ojos llenos de lágrimas; sentóse al lado de su padre y le acarició la cabeza gris con sus manos graciosas; nos indicó que nos fuéramos; no necesitó decírnoslo dos veces, y salimos de puntillas.

Tom y yo nos encaminamos poco a poco hacia los bosques; no podíamos menos de comparar esta visita con la del verano último, en que todo estaba tan alegre y tan apacible; en que el tío Silas era querido y venerado por todos, él ¡tan jovial, tan erguido y tan bueno en otro tiempo! ¿Y ahora? Poco le faltaba para perder completamente la cabeza.

El día era magnífico, puro y soleado; cuanto más andábamos, más hermosos veíamos los prados, más espléndidos los árboles, más arrogantes las flores; la Naturaleza parecía asombrada de haberse visto perturbada por tan trágicos acontecimientos. De repente me paré en seco, cogiendo el brazo de Tom, y sentí que la sangre se paralizaba en todo mi sér:

—¡Mírale!—dije.

Entramos entre las zarzas, temblorosos. Tom me contestó:

—¡Silencio! No hables.

Estaba *él* sentado en un tronco, a orillas de la pradera; parecía reflexionar con la frente entre las manos. Quise llevarme a Tom, pero se negó y yo no me atreví a huir solo.

Me hizo observar que tal vez era para nosotros una ocasión única de ver un aparecido; que él, por su parte, le contemplaría todo lo que pudiese, aunque hubiera de morir de miedo. Quise imitarle mientras que sentía correr por mis venas un mortal estremecimiento. Tom procuró hablar en voz baja:

—¡Pobre Jakot!—dijo.—Va efectivamente vestido como lo

E. M.—Noviembre 1912.

había anunciado, y ahora fíjate en su pelo. Ya no lo lleva largo como antes; se lo ha cortado, Huck; declaro no haber visto nunca nada más natural, más vivo que este aparecido.

—Tampoco yo; le hubiese reconocido en cualquiera parte.

—Me parece en tan buen estado, lo mismo en carnes que en huesos, como antes de su muerte.

Continuábamos observándole.

—Huck—dijo Tom al cabo de un instante,—otro caso me sorprende; no debería pasearse en pleno día.

—Es verdad, Tom; es un anacronismo.

—En efecto, los aparecidos no salen nunca sino de noche, y eso después de las doce; hay algo anormal en éste, te lo aseguro; porque no hay razón para pasearse en pleno día. Mira qué aspecto tan natural tiene. Jake se prometía fingirse sordomudo para que los vecinos no reconociesen su voz; ¿crees tú que nos representaría la misma comedia si le llamáramos?

—¡Por Dios, no hagas eso nunca, Tom! Me moriría aquí mismo.

—No tengas miedo, no le llamaré; pero, mira, Huck, se está rascando la cabeza, ¿lo ves?

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué es lo que le puede picar para que se rasque la cabeza? Esta es de vapor o de bruma. ¡Qué diablos! La niebla no pica, no hay que ser brujo para saberlo.

—Pues si su cabeza no le pica y no puede picarle, ¿por qué se rasca? Debe de ser en él una costumbre inveterada.

—No, este aparecido no me convence, y me inspira muchas dudas desde que estamos aquí. Mira, Huck.

—¿Qué hay de nuevo?

—Que no se puede ver nada a través de su persona.

—Es verdad, es perfectamente opaco, y empiezo a creer...

—Ahora se pone a mascar tabaco. Los espectros no se dedican, por lo general, a semejante entretenimiento.

—Oye...

—No, no es un capricho... es Jake Dunlap en persona.

—¡Valiente broma!

—Piensa, Huck Jinn: ¿hemos encontrado algún cadáver bajo los sicomoros?

—No.

—¿Hemos visto señales?

—Ni sombra.

—Claro; porque jamás hubo aquí ningún cadáver.

—Sin embargo, oímos perfectamente...

—Es cierto, oímos unos gritos; pero esto no prueba que haya sido asesinado alguien. Vimos también correr a cuatro hombres; luego salió del bosque; le tomamos por un espectro, gracias a nuestra imaginación. Era Jake Dunlap en persona, y ése es el que tenemos delante. Se cortó el pelo, como nos lo anunció, y se hace pasar por un extranjero. ¿Un espíritu él? ¡Bah! Es perfectamente de carne y hueso.

Yo concluía por comprender nuestro error, y me alegraba mucho, así como Tom, de que no hubiesen matado al pobre Jake. Preguntamos, sin embargo, cuál debía ser nuestra conducta con él: ¿sería mejor el fingir no conocerle? Tom pensó que lo más acertado sería interrogarle. Más prudente, yo me quedé atrás, no teniéndolas todas conmigo, a pesar de todo, respecto a si sería o no un espíritu. Tom le interpelló así:

—Huck y yo nos alegramos mucho de volverle a ver, y no tiene usted que temer nuestra indiscreción; si prefiere usted no reconocernos cuando le interroguemos, díganoslo francamente; en todo caso, puede usted contar con nosotros; nos arrancarían la lengua antes que perjudicarle a usted en nada.

El pareció asombrado de vernos, y hasta de bastante mal humor, pero las palabras de Tom le desarrugaron el ceño; concluyó por sonreír, hizo algunos movimientos de cabeza y articuló unos sonidos roncós e ininteligibles a la manera de los sordomudos.

Al mismo tiempo vimos llegar gentes al servicio de Steve Nickerson, que habitaba al otro lado de la pradera. Tom continuó:

—No está usted mala pécora; no habrá quien le iguale; después de todo, tiene usted razón; representa usted su papel lo mismo para nosotros que para los demás; es un buen ejercicio que le tendrá a usted alerta. Nosotros fingiremos no conocerle, permaneceremos apartados; pero si tiene alguna vez necesidad de nuestros servicios, no tiene más que hacernos una señal.

En esto se acercaron las gentes de Nickerson: nos preguntaron, por supuesto, quién era aquel extranjero, de dónde venía, cómo se llamaba, a qué religión y a qué partido político pertenecía, cuánto tiempo iba a quedarse; en suma, todas las cuestiones de detalle que suscita la llegada de un desconocido. Tom contestó, con el tono más natural, que no había podido obtener nada de aquel sordomudo, que no hablaba sino con gruñidos: al verles dirigirse hacia Jake, temblamos por él. Tom juzgaba, en su alta sabiduría, que necesitaría varios días para poseer bien el papel de sordomudo, y que bien podría escapársele alguna palabra reveladora. Cuando estuvimos seguros de que Jake se las arreglaba bien, echamos a andar en dirección de la escuela; esto nos hacía dar un gran rodeo.

Yo estaba muy contrariado por no saber nada sobre los acontecimientos de la noche, sobre todo cómo se libró de la muerte; Tom estaba tan fastidiado como yo, pero no cesaba de repetir que, en el puesto de Jake, estaría bien alerta, sin cometer ninguna imprudencia.

Los muchachos de la escuela se alegraron mucho al vernos, y el recreo fue muy divertido. Al ir a clase, los hijos de Henderson se habían encontrado con el sordomudo, y contaron todo lo que sabían; de suerte que sus compañeros, muy intrigados, estaban en un estado de loca excitación; ardían en deseos de encontrarle, porque nunca habían visto un sordomudo.

Tom pensaba que nuestro secreto era muy pesado, y declaró que perdíamos una excelente ocasión de adquirir gran importancia contando todo lo que sabíamos; sería más heroico, sin embargo, no decir nada; porque permaneciendo mudos,

daríamos pruebas de una prodigiosa fuerza de carácter. Tal era la opinión de Tom Sawyer, y su juicio valía para mí lo que el mejor de los consejos.

## CAPITULO IX

Al cabo de dos o tres días, nuestro sordomudo era muy popular. Paseábase con los vecinos, que le guardaban grandes atenciones y le miraban como una curiosidad. Invitábanle a almorzar, a comer, a cenar; le mimaban de todas las maneras; no se cansaban de observarle, y todos trataban de conocer los más minuciosos detalles de su pasado; hasta le prestaban el carácter de un héroe de aventuras. Su manera de hablar por signos era absolutamente ininteligible; nadie lo entendía (él menos que los demás); pero los sonidos que articulaba tenían un encanto para todos, y le escuchaban con la boca abierta. Llevaba consigo una pizarra y una tiza; hacíanle preguntas, a las que contestaba por escrito, pero nadie podía leer su enrevesada letra, excepto Brace Dunlap. Este reconocía que era un trabajo muy complicado, pero llegaba a descifrar sus respuestas lo bastante para poder contar la historia del sordomudo, según las propias indicaciones de éste: procedía, decía él, de un país bastante lejano, y había gozado de una situación muy desahogada; pero unos estafadores, en quienes tenía completa confianza, habíanle arruinado; convertido repentinamente en pobre, se encontraba sin medios de vida.

Todos admiraban la bondad de Brace Dunlap con aquel extranjero. Dióle una cabaña, y encargó a algunos negros que le cuidasen y le dieran de comer.

El sordomudo iba frecuentemente a casa del tío Silas, el cual estaba tan triste, que la vista de una miseria superior a la suya parecía reconfortarle. Nosotros, Tom y yo, fingíamos no conocerle y él representaba la misma comedia con nosotros. La familia hablaba delante de él de sus preocupaciones y de

sus asuntos particulares, persuadida de que no comprendía nada; nosotros pensábamos que, después de todo, no importaba que se enterase. Su actitud era, por lo demás, perfecta; permanecía impasible y no se hacía traición.

Transcurrieron unos días; empezaba a preocupar la desaparición de Júpiter; todos se preguntaban lo que había podido ser de él; nadie sabía nada, y cada cual se encogía de hombros, afirmando que seguramente le había ocurrido algo extraordinario. Pasados otros días, corrió el rumor de que había sido asesinado. Esta noticia revolucionó a las gentes de los alrededores. Las lenguas se despachaban a su gusto; una escuadra de ojeadores se ofreció para batir los bosques y buscar el cadáver. Tom y yo marchamos con los demás; estábamos locos de alegría. Nuestro exuberante contento nos quitaba el sueño y el apetito. Tom pretendía que si descubríamos aquel cuerpo, nos convertiríamos en celebridades; hablaríase más de nosotros que si hubiéramos perecido en un naufragio.

Los otros se desalentaron pronto y renunciaron a sus pesquisas. Pero Tom persistió. Pasó la noche reflexionando e imaginando un plan; por la mañana, antes de amanecer, me sacó de la cama, gritándome con aire radiante:

—¡Despiértate, Huck! ¡Vístete a escape!

En dos minutos estábamos a orilla del río, camino del pueblo. Tom quería pedir a Jeff Hoobrer su sabueso.

—La pista está demasiado visible, Tom—le dije,—y además ha llovido.

—No importa, Huck. Si el cuerpo está oculto en el bosque, el perro lo olfateará. Si ha sido asesinado y enterrado, la fosa no habrá sido cavada profundamente, y si el perro lo huele, será cosa de un instante. ¡Ya ves, Huck, que marchamos a toda prisa hacia la celebridad!

Se arrebatava, se embriagaba con palabras y esperanzas.

En dos minutos hubo trazado su plan: no iba solamente a encontrar el cadáver, sino también al asesino; le perseguiría, le acusaría, hasta que...

—Perfectamente—le dije;—pero opino que primeramente debes buscar el cadáver; será tarea suficiente para un día. Por el momento no hay ni cadáver ni asesino; nada impide que ese farsante haya desaparecido sin haber sido asesinado ni mucho menos.

Esto le molestó a Tom, que replicó:

—Huck Jinn, no conozco a nadie más desmoralizador que tú. Hasta que no se te haya hecho ver el lado bueno de una cosa, no descubres nunca más que los malos. ¿A qué viene el propinarme una ducha helada, sosteniendo que no ha habido crimen? No comprendo esa táctica, y no la emplearía yo ciertamente contigo si se presentase la ocasión. Tenemos una probabilidad única de crearnos una reputación y...

—Está bien—le dije;—siento haberte molestado y retiro mi opinión. No tiene ninguna importancia; haz lo que quieras. Me tiene sin cuidado ese individuo; si le han matado, me alegro como tú; si es que...

—Yo no he dicho nunca que me alegraría; decía solamente que...

—Pues, opines lo que te parezca, tu opinión será la mía.

—Pero si no hay nada de eso, Huck Jinn; no comprendes bien lo que...

Se interrumpió, y, olvidándose de lo que quería decir, se puso a patear en el suelo; después, agitado, exaltado, gritó:

—¡Qué gloria, Huck, si descubro ese cuerpo cuando todo el mundo haya renunciado a buscarlo, y si encuentro después al asesino! La gloria no será solamente para nosotros, sino también para el tío Silas, porque la obra de sus sobrinos recaerá en él. Yo le devolveré su crédito, ya verás.

La acogida del viejo Jeff Hoobrer enfrió nuestro celo cuando llegamos a su herrería para pedirle el perro.

—Tomadle, si queréis—dijo,—pero no encontraréis el cuerpo, por la sencilla razón de que no existe. Todo el mundo ha renunciado a ello, y con razón. Pensándolo bien, se ha com-

prendido que ese cadáver era una quimera; y, en efecto, ¿con qué fin mata un hombre a otro? Contesta Tom.

—Pero...

—Nada; contesta Tom, que no eres tonto. ¿Con qué fin se hace asesino un hombre?

—Algunas veces por venganza...

—Espera: procedamos con orden. Hablas de venganza, y en esto tienes razón. Pero, ¿quién podía querer mal a ese desheredado de la fortuna? ¿Quién, a tu parecer, tenía interés en desembarazarse de él?

Tom estaba confuso. Nunca se había preguntado por qué un hombre asesinaba a otro, y comprendía ahora que la supresión de Júpiter Dunlap no ofrecía interés a nadie. El herrero siguió:

—Tú mismo ves que la idea de la venganza cae por su base. Queda el robo; tened la seguridad de que aquí está el verdadero motivo. Algún individuo le habrá querido robar las polainas y...

Era tan chistosa esta idea, que se echó a reír, con una risa inextinguible que nada podía moderar; Tom parecía muy molesto y muy avergonzado de encontrarse allí. Hubiera querido marcharse, pero el viejo le retenía y le enumeraba todas las razones que impulsan a un hombre a asesinar a su prójimo: de ello resultaba evidente que nadie tenía la clave del misterio; lo aprovechó para hacer una infinidad de chistes sobre aquélla y sobre las gentes que habían registrado los bosques para buscar el cadáver. Añadió:

—Si hubiesen tenido sentido común, hubieran adivinado que lo que ha hecho ese holgazán es largarse a divertirse un poco. Volverá sin duda, dentro de unas cuantas semanas, y entonces, ¡qué caras pondréis! Pero, después de todo, seguid vuestra idea; tomad el perro y traed el cadáver; anda, Tom.

Al decir esto, le acometió un nuevo acceso de risa violenta. Tom estaba un tanto perplejo con lo que acababa de oír, pero le contestó:

—Está bien, traígame el perro.

Salimos de allí mientras que el herrero quedaba retorciéndose de risa.

Era un perro magnífico, y de una raza especial para la caza; además nos conocía y nos quería mucho. Daba saltos y brincos para demostrarnos su agradecimiento por el buen paseo que le ofrecíamos. Tom estaba muy desalentado para que le interesara el perro; sentía ya su gestión, comprendía que hubiera debido reflexionar más antes de meterse en semejante asunto. El viejo Jelf Hoobrer—pensaba Tom—se lo contaría a todo el mundo, y todo el mundo se reiría de nosotros.

Volvimos, pues, por caminos extraviados y sin hablar, con las orejas bajas. Al pasar por el campo de tabaco, oímos que el perro se había puesto a aullar lastimeramente; nos acercamos, y vimos que arañaba el suelo furiosamente, alzando alguna vez la cabeza para lanzar otro aullido.

Adivinábase la forma de un agujero largo y estrecho, capaz de albergar un féretro; la tierra mojada se había deprimido e indicaba claramente los contornos. Semejante descubrimiento nos dejó mudos de estupor, incapaces de articular una palabra. Apenas hubo el perro escarbado la tierra unos cuatro centímetros de profundidad, cuando hizo presa en algo, de lo que dió un tirón. Era un brazo y una manga. Tom dió un grito, y me dijo:

—¡Corramos, Huck, él es!

Yo estaba aterrorizado. Salimos a la carretera para pedir ayuda a los primeros que pasaran. Trajeron palas y azadones, y, con gran estupefacción exhumaron el cuerpo; aunque la cara estaba desfiguradísima, era fácil reconocer el cadáver del desdichado Júpiter.

—Es su traje—decían.

Unos marcharon a escape a dar la noticia del hallazgo, otros a advertir a la justicia. Tom y yo corrimos a casa. Tom iba en ascuas, convulso, y entró como una bomba en la casa en la que el tío Silas, tía Sally y Benny estaban reunidos.

—Huck y yo hemos descubierto—exclamó—el cuerpo del pobre Júpiter; los dos solos, con la ayuda de mi perro; todo el mundo había abandonado la partida; sin nosotros nadie le hubiera encontrado nunca, nunca se hubiera sabido que había sido asesinado. Le han matado a garrotazos, y voy a ponerme en busca del asesino. Apuesto que lo encontraré.

Tía Sally y Benny se levantaron pálidas y aterradas; en cuanto al tío Silas, cayó de bruces, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Tú le has encontrado ahora!

## CAPITULO X

Estas palabras nos helaron de espanto; no podíamos hacer un movimiento. Por fin nos acercamos al pobre viejo; le levantamos para volverle a sentar, mientras que Benny y tía Sally le prodigaban cuidados y caricias; los desdichados ancianos estaban tan abrumados, tan abatidos, que perdían la cabeza. Tom estaba consternado, medio petrificado por la idea de que había rematado a su tío al querer jactarse de su descubrimiento; comprendía que nada de esto hubiera ocurrido si no hubiera aspirado a la gloria con desenterrar el cadáver. Pero una idea surgió en su cerebro, y trató de reparar el mal causado, diciendo:

—Tío Silas, no diga usted eso; no tiene usted razón en alarmarse, porque no hay una palabra de verdad en todo esto.

Tía Sally y Benny parecieron agradecer estas palabras tranquilizadoras. Pero el pobre viejo continuaba moviendo la cabeza con aire lamentable y desesperado, mientras que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Lloraba y decía:

—¡Sí! ¡Mía es la culpa, pobre Júpiter! Yo le maté.

Era espantoso. Se puso a darnos todos los detalles, refiriendo que la desgracia había ocurrido el día de nuestra llegada. Habíale Júpiter enfurecido de tal manera, que empuñó un palo y le asestó un golpe en la cabeza; Júpiter cayó desplomado al

suelo. Entonces el tío Silas, lleno de remordimientos y de piedad, arrodillándose junto a su víctima, le sostuvo la cabeza, suplicándole que hablara, que le dijese que no estaba muerto. A los pocos instantes, Júpiter reconoció a la persona que le atendía, y dió un salto como movido por una pila eléctrica; después echó a correr por el campo y se perdió en el bosque. El tío Silas había deducido de esto que el estacazo no era mortal.

«Probablemente, pensaba ahora, el terror le había dado fuerzas; pero este supremo esfuerzo le había acabado, y como no había nadie allí para socorrerle, había caído sin duda muerto entre la maleza.»

El pobre viejo lloraba y gritaba; acusábase de ser un asesino, de llevar en la frente el sello de Caín y de haber deshonrado a su familia. Iban a prenderle y a ahorcarle.

—No—le dijo Tom;—no le prenderán a usted; usted no le ha matado; un solo palo no basta para matar a un hombre, otros se han encargado de rematarlo.

—¡No, no!—repetía él.—Yo soy el homicida, que no se acuse a nadie. Además, excepto yo, ¿quién podía quererle mal?

Alzó los ojos como para buscar en nuestros rostros una señal de consuelo, una palabra capaz de excusarle, al acusar a otro de aquel crimen. Pero nosotros permanecíamos mudos. Él lo observó; su cara se ensombreció y recobró su expresión, atormentado y ansioso. Tom tuvo una idea.

—Espera—dijo;—alguien le ha enterrado; ¿quién?

Pero no siguió. Comprendí el motivo, y un estremecimiento recorrió mis miembros, porque me acordé de haber visto al tío Silas pasearse con una azada al hombro, la noche de nuestra llegada. Sabía que Benny lo había visto también, porque habló de ello a la mañana siguiente.

Tom se apresuró a cambiar el giro de la conversación; suplicó a su tío que se estuviera quieto; insistimos a nuestra vez, demostrándole que sería una torpeza el contar el incidente; si

no decía nada, nadie lo sospecharía; pero si, por el contrario, se denunciaba, su familia quedaría acongojada; sería una desgracia para todos. Concluyó por comprenderlo. Respiramos y tratamos de consolarle, repitiéndole que si no hablaba, el incidente quedaría pronto olvidado. Nadie sospecharía de él, tan bueno, tan digno y tan universalmente estimado. Tom, siempre efusivo, le reconfortó diciendo:

—Escúcheme un instante, y vea si no tengo razón. Usted es para todos el buen pastor que durante tantos años ha predicado el bien a su alrededor; usted lo ha hecho de todas las maneras posibles prodigando caridades; en todas partes le quieren y le respetan como a quien ha sembrado paz y unión, y es incapaz de hacer daño a una mosca. Todo el mundo lo sabe, y seguramente nadie le había de acusar...

—¡En nombre de la ley de Arkansas, detengo a usted como asesino de Júpiter Dunlap!—exclamó el sheriff a la puerta.

¡Qué golpe! Tía Sally y Benny se arrojaron sobre el tío, llorando, gritando, agarrándose a él, declarando que no se le llevaría la justicia, que ellas le defenderían, aunque hubiesen de perder la vida; los negros llegaron en masa y... era un espectáculo lamentable; no pudiendo resistir más, me marché.

Lleváronle a la cárcel del pueblo, y le seguimos para despedirnos de él. Tom estaba... casi satisfecho, y me murmuró al oído:

—Vamos a nadar en peligros para sacarle de ahí, Huck; se hablará de nosotros en todas partes y llegaremos a ser célebres.

Pero el viejo pareció rechazar las palabras de consuelo que su sobrino le murmuraba en voz baja. Contestó que su deber era satisfacer a las exigencias de la ley, y que permanecería fiel en la cárcel, aunque las puertas se quedaran abiertas de par en par. Tom no esperaba esta respuesta que le desconcertó, pero se vió obligado a tomar un partido.

Sentía pesar sobre él una terrible responsabilidad, y su deber era trabajar en devolver la libertad a su tío: al dejar a su

tía, la recomendó que no se atormentara, y la prometió que trabajaría noche y día en probar la inocencia de su marido. Ella se encontró muy conmovida ante semejante afección, muy agradecida y bien segura de que haría él cuanto pudiera. Nos rogó que ayudásemos a Benny en sus funciones de ama de casa y del cuidado de los niños; nos despedimos muy conmovidos, y volvimos a casa, dejando a la buena tía en compañía de la mujer del carcelero para esperar el proceso que se vería en Octubre.

## CAPITULO XI

El mes de espera fue largo. La pobre Benny trabajaba cuanto podía, y Tom y yo tratábamos de alegrar la casa; pero nuestros esfuerzos no daban un resultado brillante. Lo mismo ocurría en la cárcel, adonde íbamos todos los días a ver a los viejos que se consumían. El desgraciado tío no dormía, o hablaba en su sueño agitado; las noches en blanco que pasaba le daban un aspecto desastroso, y le sugerían pensamientos siniestros muy inquietantes. Su cerebro se debilitaba, temíamos una complicación cerebral; cada vez que tratábamos de animarle, meneaba la cabeza diciéndonos que no hablaríamos en en aquel tono si, como él, tuviéramos que soportar el peso de un crimen. En vano le probábamos que no se trataba de un asesinato, sino de un homicidio por imprudencia; no quería oír nada y rechazaba las circunstancias atenuantes que invocábamos. Llegó, sin embargo, en la época de los debates, a «convenir» con nosotros en que solamente había *tratado* de matar a Júpiter; la cosa era, a pesar de todo, muy grave. La situación parecía muy comprometida, y tía Sally y Benny no tenían un momento de tranquilidad. Nos prometió él, sin embargo, no hablar de «su» crimen ante ningún extraño; esto nos tranquilizó un poco.

Por su parte, Tom Sawyer se devanaba los sesos para hacer que absolvieran a su tío; me hizo pasar más de una noche bus-

cando argumentos de descargo, pero nos parecía imposible lograr nuestro propósito. En cuanto a mí, profundamente descorazonado, me parecía que hubiera valido más dejar que los hechos se aclarasen por sí mismos, en vez de perdernos en un dedalo de complicaciones inextricables. Tom no lo entendía así; se aferraba a su tarea y continuaba maquinando planes en su cerebro.

Por fin, el proceso empezó a mediados de Octubre; todos asistimos, por de contado. La sala estaba llena. ¡Pobre tío! Parecía más muerto que vivo; sus ojos estaban hundidos, y no parecía ya ni la sombra de sí mismo. Benny se sentó a su lado, tía Sally al otro, las dos con velos y con el corazón roto de emoción. Tom se sentó cerca de nuestro abogado, y seguía intensamente los debates. El abogado y el jurado le dejaban hacer; en poco estuvo que no arrancase los papeles de mano del abogado, que apenas sabía qué hacerse con sus embrollados documentos.

Los jurados prestaron juramento; luego, el fiscal se levantó para leer su requisitoria. Fue terrible para el pobre acusado, que gruñía, murmuraba, mientras que Benny y tía Sally lloraban. La manera de presentar el crimen nos anonadó; no se parecía en nada al relato del tío Silas. El fiscal pretendía que dos testigos le habían visto cometer el crimen; el asesinato era, pues, premeditado; el acusado había tenido la firme voluntad de matar a Júpiter al darle el primer garrotazo; además, le habían visto inmediatamente después ocultar el cuerpo en la maleza. Luego el tío Silas volvió a buscar el cadáver para arrastrarle al campo de tabaco; había dos testigos que le vieron, de noche, enterrar al pobre Júpiter.

Al oír la acusación, concluí por dejarme convencer de la verdad de sus afirmaciones; decíame que el tío Silas había debido de desfigurar la verdad para no afligir a su mujer y su familia; la cosa me parecía tanto más natural, cuanto que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar; hubiera mentido como él para evitarles un dolor y una vergüenza, de la que no eran respon-

sables. Nuestro abogado parecía muy molesto. Tom estaba muy desconcertado; pero, sin embargo, fingía recobrar confianza.

Las gentes parecían muy conmovidas.

Cuando el fiscal hubo bien establecido las bases de su acusación, se sentó para desarrollar su tesis, y llamó a los testigos de cargo. Primeramente se presentaron varios individuos que declararon que reinaba una gran animosidad entre el tío Silas y el difunto; dijeron en seguida que el acusado había amenazado a Júpiter diferentes veces, que la situación se había envenenado entre ellos hasta tal punto, que se murmuraba mucho y que Júpiter no se sentía ya seguro; hasta llegó a decir que el tío Silas le mataría un día u otro.

Tom y nuestro abogado les hicieron algunas preguntas, pero fue trabajo perdido; seguían su idea y no querían apartarse de ella con ningún pretexto.

Entonces vino la declaración de Lem Beebe. Me lo representé hablando aquella noche famosa con Jinn Lane, de un perro que les había prestado Júpiter Dunlap, y esto me recordó las moras y la linterna, y la conversación de Bill y Jack Withers, cuando pasaron a nuestro lado, sobre el robo de trigo cometido por un negro del tío Silas; luego creí volver a ver a nuestro aparecido cuyo paseo nos asustó tanto. También él estaba en la audiencia; en su calidad de extranjero y de sordomudo, habíanle dado un cómodo sillón, en el que estaba bien a gusto cerca de la barra, mientras que los demás estaban apretados en los bancos como arenques, y apenas podían respirar.

Todo lo recordaba en aquel momento; pero ¡qué tristemente comparaba nuestro contento de aquella época con nuestra angustia actual!

Lam Beebe, después que hubo prestado juramento, empezó su declaración:

—Volvía yo aquel día—dijo—el 2 de Setiembre, al atardecer; Jinn Lane me acompañaba. Oimos hablar, la discusión era violenta y en alta voz; estábamos muy cerca, pero separados

de las voces por un macizo de avellanas; una de aquellas decía: «Te he advertido más de una vez que te había de matar.» Conocíamos bien aquella voz; era la del acusado; alguien blandió un garrote por encima de las ramas; luego el brazo desapareció en seguida; el ruido de un golpe, algunos gemidos, esto fue todo. Nos deslizamos quedamente para ver sin ser vistos; el pobre Júpiter yacía en el suelo; el acusado permanecía junto al cadáver con el garrote en la mano. Al cabo de un instante, arrastró el cuerpo a la maleza y lo escondió; nosotros aprovechamos el momento para escapar prudentemente.

La emoción producida por estas palabras fue intensa. Una sensación de terror heló al auditorio: quedó tan impresionado en su profundo silencio, que la inmensa sala parecía vacía. Luego oyéronse suspiros por todas partes; cada cual parecía decirse con espanto: Es horrible, absolutamente horrible.

Entonces se produjo un hecho verdaderamente asombroso. Durante todo el tiempo de las declaraciones de los primeros testigos y de sus relatos inverosímiles, Tom Sawyer, todo ojos y todo oídos, no perdía nada de sus declaraciones; en cuanto terminaban, dirigíase a ellos, y se ingeniaba para pillarles en renuncia y en refutar sus testimonios; su actitud cambió radicalmente cuando Lem empezó a hablar, omitiendo su conversación con Júpiter, que le prestó el perro; Tom le escuchaba con atención, y parecía dispuesto a interrogarle contradictoriamente; deduje de esto que se acercaba el momento en que los dos tendríamos que intervenir para contar la conversación sorprendida entre Lem y Jinn Lane. Pero, al mirar a Tom, me estremecí de espanto. Parecía absorto, y a cien leguas de la audiencia. Ya no atendía, y cuando Lem se sentó, Tom permaneció sumido en sus contemplaciones lejanas. Apostrofado vivamente por nuestro abogado, se decidió a salir de su sopor, y se limitó a contestar:

—Acepte esa declaración si gusta, pero déjeme en paz; necesito reflexionar.

Yo estaba atontado y con los pelos de punta; no entendía

aquello. Benny y su madre estaban anonadadas; se alzaron los velos para mirar a Tom, pero ni ellas ni yo logramos llamarle la atención. El secretario reunía, con gran trabajo, todas las declaraciones, cada vez más enmarañadas. Era una verdadera ensalada rusa.

Llegó el turno a Jinn Lane, que contó la misma historia con los mismos detalles; Tom no le prestó ninguna atención, y siguió sumido en sus reflexiones.

El embrollo era cada vez mayor. El fiscal bebía leche, el juez estaba muy perplejo. Con arreglo a la ley de Arkansas, que autorizaba a los abogados a nombrar a un amigo para secundar a su abogado, Tom desempeñaba casi el papel de defensor, porque su tío había solicitado su concurso; en aquel momento se olvidaba de su misión, y al juez parecía disgustarle aquella actitud. El juez no pudo obtener de Lem y Jinn sino declaraciones de poca importancia.

—¿Por qué—les preguntó—no dieron cuenta inmediata de cuanto habían visto?

—Teníamos miedo de vernos envueltos en el asunto, y además nos íbamos por ocho días a cazar a la marisma; a nuestra vuelta, supimos que se buscaba a la víctima, y nos apresuramos a decirle a Brace Dunlap lo que sabíamos.

—¿Cuándo?

—El sábado, 9 de Setiembre, por la noche.

El juez se levantó.

—Sheriff—dijo,—prenda a estos dos testigos sospechosos de haber querido ocultar la verdad sobre este crimen.

El fiscal, muy incomodado, se incorporó bruscamente.

—¡Protesto contra esa medida arbitraria!

—Repóngase—contestó el juez, quitándose el birrete y dejándolo sobre la mesa;—le ruego que respete al Tribunal.

Se hizo lo que había mandado, y entró Bill Withers. Prestó juramento y empezó a declarar:

—El 2 de Setiembre, al anochecer, volvía yo con mi hermano Jack, a orillas de la plantación del acusado, cuando vi-

E. M.—*Noviembre 1912.*

mos un hombre que caminaba encorvado bajo el peso de un fardo; nos pareció que era un negro que había robado trigo; pero no estábamos seguros. Al acercarnos, reconocimos que aquel hombre llevaba otro auestas; aquel cuerpo inerte nos hizo inmediatamente pensar en un borracho, y comprendimos que quien lo llevaba no podía ser otro que el pastor Silas (tenía, además, su aspecto). Desde hacía meses, el pastor Silas trataba de corregir a Sam Cooper de su vicio deplorable, y estábamos convencidos de que, habiéndole encontrado ebrio una vez más, le había caritativamente recogido y cargado con él.

Corrió de nuevo un estremecimiento sobre los asistentes que se representaban al tío, todo temblón, transportando el cadáver a su campo de tabaco, al lugar en donde el perro le había desenterrado; leíase en todas las caras una profunda impresión de repugnancia, y hasta oí deslizarse estas penosas reflexiones: «Ha sido un golpe premeditado con rara sangre fría. ¡Qué tunante! ¡Llevarse así un cuerpo y sepultarle como a un perro! ¡Un pastor, por añadidura, capaz de una monstruosidad semejante!»

Tom continuaba soñando, sin escuchar una palabra de lo que se decía a su alrededor. Nuestro abogado, muy contrariado, llamó a los testigos de descargo; pero nuestra causa parecía en muy mal camino.

Jack Withers se presentó e hizo un relato idéntico al de su hermano.

Tras él, le llegó el turno a Brace Dunlap, que parecía abrumado de dolor. Los oyentes esperaban su declaración con febril impaciencia, enjugándose las lágrimas, mientras que las mujeres murmuraban: ¡Pobre hombre! ¡Pobre desgraciado!

Después de jurar, empezó Brace:

—Hacía ya tiempo que me tenía inquieto la suerte de mi hermano, pero no creía el peligro tan inminente; no podía figurarme que se atentase contra un pobre sér tan inofensivo. (Me pareció ver en los labios de Tom una sonrisa fugitiva inmediatamente contenida.) No podía imaginarme—siguió di-

ciendo Brace—que un pastor, un hombre de iglesia, se convirtiese en asesino; jamás se me había ocurrido semejante suposición. Es una desgracia que no me haya mostrado más perspicaz; porque si hubiese obrado de otra manera, mi pobre hermano estaría hoy con nosotros, en vez de haber sido víctima de tan infame atentado.

Las lágrimas le sofocaban; se sentó y esperó un instante para reponerse. La emoción había llegado al colmo; las mujeres lloraban y el rumor de los sollozos era el único que turbaba el silencio del auditorio. El pobre tío Silas lanzó un gemido lastimero.

Brace reanudó su relato:

—El sábado, 2 de Setiembre, no se presentó a cenar; inquieto, mandé a uno de mis negros a casa de Silas, pero volvió diciendome que mi hermano no estaba allí. Entonces, mi ansiedad aumentó y me sentí muy nervioso. Me acosté sin poder dormir, me levanté a media noche y anduve mucho tiempo rondando la casa de Silas, esperando encontrar a mi pobre hermano, bien lejos de sospechar que había concluido con las penalidades de este mundo para irse a una morada mejor...

De nuevo le sofocaron los sollozos; se sentó, todo el auditorio lloraba. No tardó en serenarse, y prosiguió:

«No encontré nada, volví a casa y traté en vano de dormir. Al cabo de dos días, la ansiedad era general; empezábase a recordar las amenazas de Silas, y germinó en algunos la idea de que mi hermano hubiera podido ser asesinado; registráronse los alrededores para tratar de encontrar su cuerpo; ¡siempre nada!

»Hubo que renunciar.

»Pensé que se habría marchado para olvidar sus penas, y que volvería un día, cuando su pobre corazón estuviese consolado.

»Pero el último sábado, el 9, Lam Beabe y Jinn Lane vinieron a contarme todo lo que sabían del horrible asesinato; yo estaba aniquilado. Entonces recordé un hecho que al prin-

cipio no me había llamado la atención; contábase que el acusado se había hecho sonámbulo e irresponsable de ciertos actos raros que cometía durante su sueño.

»Voy a contar el hecho que acude a mi memoria.

»El sábado por la noche, cuando rondaba por los alrededores de la casa de Silas, triste y angustiado, oí hacia el campo de tabaco un ruido que me chocó; me acerqué recatándome, y, a través de las zarzas que bordean el camino, vi a Silas que estaba cavando con una azada de largo mango; echaba paleadas de tierra en un gran agujero; aunque me volvía la espalda, la claridad de la noche me permitió perfectamente reconocer su vieja blusa verde, con un gran remiendo blanco en la espalda que recordaba una mancha de nieve. ¡Estaba enterrando a su víctima!»

De nuevo volvió a caer en su asiento, llorando y gimiendo; la sala entera le imitó gritando: «¡Qué horror! ¡qué atrocidad!» La excitación había llegado al colmo, nadie se entendía; de repente, en medio de aquel tumulto, se irguió la figura del tío Silas; estaba blanco como la pared.

—Todo eso es perfectamente exacto—exclamó.—Le maté a sangre fría.

¡Qué revelación! Era para quedarse petrificado. La concurrencia se levantó tumultuosamente, tratando de ver al acusado; el juez golpeaba la mesa con la campanilla mientras que el secretario gritaba desgañitándose:

—¡Silencio! ¡Respetad al tribunal!

Mientras tanto, el viejo permanecía en pie, lívido, pero en actitud resuelta, y sus ojos relampagueantes sin una mirada para su mujer y su hija, que le suplicaban con la vista que no hablase; rechazó sus indicaciones, diciendo que quería descargar su conciencia de aquel crimen odioso cuyo peso no podía ya soportar, y que lo contaría todo minuciosamente. Entonces se puso a hacer el relato de aquella terrible historia: el auditorio, el juez, los jurados, los abogados estaban anhelantes; tío Sally y Benny lloraban desconsoladamente.

¡Cosa estupenda! Tom Sawyer ni siquiera le miró una vez. Sus ojos vagaban por el vacío, y seguían un punto invisible para nosotros. El desgraciado viejo continuaba su relato, con la volubilidad de un torrente desbordado.

«Sí. Yo le maté. Yo soy el culpable. Pero hasta el momento en que alcé contra él mi garrote, no tenía intención alguna de hacerle el menor daño, a pesar de las afirmaciones mentirosas de todos esos testigos y de sus acusaciones de amenazas que nunca he proferido. En el momento del crimen, mi sangre se heló, vi rojo; perdí todo sentimiento de piedad, y levanté mi arma para matarle.

»En un instante recordé todas las miserias, todos los insultos que aquel hombre y el tunante de su hermano me habían lanzado al rostro; la manera de haberme desacreditado a los ojos de mis feligreses; habían manchado mi nombre, acababan de inducirme a cometer un acto irreparable para arruinarnos, a mí y a los míos, a nosotros que no les habíamos hecho más que bien, tomo a Dios por testigo. ¿Y por qué aquella baja venganza? ¿Por qué? Porque mi hija, la inocente criatura que veis a mi lado, se niega a casarse con ese ricachón insolente y estúpido, con ese bribón de Brace Dunlap, que gimotea para la galería por la muerte de un hermano que le tenía sin cuidado. (Esta vez Tom hizo un movimiento y manifestó una verdadera alegría.) Y en aquel momento, olvidé mis creencias para no pensar más que en la amargura de mi corazón, y— ¡Dios me perdone!—levanté la mano para matar. Inmediatamente me invadieron el dolor, los remordimientos; pero el pensamiento de los míos los rechazó; necesitaba a toda costa ocultar mi crimen para evitarles la vergüenza. Sí, había que hacer desaparecer el cuerpo; le arrastré primeramente a la maleza, luego al campo de tabaco, y de noche abrí un hoyo profundo y le sepulté en el lugar donde...

—*¡Ya está!*—exclamó Tom, levantándose precipitadamente, y agitando los brazos, mirando al pobre acusado con expresión dura y penetrante, dijo:

—Siéntese; en efecto, se ha cometido un crimen; pero nada tiene usted que ver en él.

El efecto fué mágico; un gran silencio sucedió al tumulto; hubiérase oído volar a una mosca. El viejo se dejó caer todo azorado en su asiento, mientras que tía Sally y Benny estaban absortos ante la revelación de Tom, con la boca abierta, no sabiendo ya lo que pasaba a su alrededor.

El público estaba pendiente de los labios de Tom; estaba fascinado, con la mirada fija, con los ojos muy abiertos y sin el menor pestañeo.

Sólo Tom estaba perfectamente tranquilo.

—¿Puedo hablar, señor juez?—preguntó.

—Sí. Hable, por el amor de Dios, y prontamente—contestó el juez, tan sorprendido como desconcertado.

Tom se puso en pie, esperó unos segundos (para preparar su efecto), y luego empezó su relato en tono tranquilo y medurado.

—Hace unos quince días que se ha puesto en las paredes del palacio de justicia un anuncio en el que se ofrece una prima de dos mil dólares a quien presente dos gruesos brillantes robados en San Luis. Esas piedras valen doce mil; pero poco importa por el momento, ya llegaremos a ello. Volvamos al crimen. Os contaré toda la historia; vais a saber cómo se ha cometido y por quién; tendréis todos los detalles imaginables.

El público se impacientaba; se empezaba a murmurar que Tom tomaba demasiados rodeos para llegar al hecho.

«El hombre que veis aquí, Brace Dunlap, que tan hábilmente ha lloriqueado por la muerte de un hermano que le era por completo indiferente; este hombre, aquí presente, quiso casarse con la muchacha sentada al lado de ese anciano; ella se negó. Furioso, prometió al tío Silas que le haría sentir la afrenta. Mi buen tío sabía con quién tenía que habérselas, sabía de lo que era capaz su enemigo; sintiéndole exasperado, trató por todos los medios posibles de calmarle y recobrar sus buenas gracias. Por esto, se resignó a tomar al servicio de su

finca al pillo de Júpiter; para darle un salario llevó su bondad hasta privarse de gastos superfluos. Júpiter, mal aconsejado por el indigno Brace, no sabía qué intentar para insultar groseramente a mi tío, irritarle, exasperarle y llevarle a hacer mal; quería desacreditarle a los ojos del público. Lo consiguió. Todo el mundo tiró la piedra al tío Silas; se contaron chismes a su costa, hasta el punto de que el pobre Silas, abrumado, enfermo, desesperado, concluyó por perder la cabeza.

»Así, pues, ese famoso sábado, día para siempre memorable, dos de los testigos aquí presentes, Lem Beabe y Jinn Lane, pasaron cerca del lugar en donde trabajaban el tío Silas y Júpiter Dunlap. Lo que han contado a este respecto es verdad; el resto es un tejido de mentiras.

»No oyeron a Silas amenazar a Júpiter con matarle; no oyeron el golpe que le hirió mortalmente; no vieron ni el cadáver ni al tío Silas escondiéndole entre las zarzas. Miradles ahora. ¿No os parecen pesarosos por no haber sabido contener a su lengua? Ahora lo sienten; muy pronto se arrepentirán de sus embustes.

»Ese mismo sábado, Bill y Jack vieron, en efecto, a un hombre que conducía a otro. Esta parte de su declaración es exacta, el resto es falso. Primeramente, le tomaron por un negro que robaba trigo al tío Silas... Pero mirad su aire de pesadumbre, al saber que su diálogo fue sorprendido. Su desconcierto se explica así: reconocieron perfectamente al hombre que llevaba al otro auestas; pero saben también por qué han jurado aquí que el tal hombre, por su aspecto, debía ser el tío Silas. Esta afirmación es falsa; saben perfectamente que su juramento es un perjurio.

»Un hombre que se paseaba a la luz de la luna, ha visto, en efecto, enterrar un cadáver en la plantación de tabaco; pero no podía ser el tío Silas, que dormía en aquel momento en su cama.

»Y ahora, antes de continuar, permitidme que os haga una pregunta: ¿no habéis observado que una persona absorta o

preocupada en sus reflexiones no tiene nunca las manos quietas? Las mueve inconscientemente, sin poder explicar este movimiento maquinal. Los unos se soban la barbilla; los otros, la nariz; unos dan vueltas a una cadena, otros se arrancan un botón; los hay que se dibujan una letra o una cifra en la mejilla o en la barbilla. Yo soy de estos últimos. Cuando estoy preocupado o me absorbo en mis pensamientos, trazo en alguna parte de mi cara una V mayúscula, pero nunca otra letra; por lo general, no me doy cuenta de lo que estoy haciendo.»

—Es singular; precisamente tengo yo la misma manía; solamente que trazo una O en vez de una V. (Vi a dos asistentes hacerse signos de asentimiento, que querían decir: tiene razón, es verdad.)

«Prosigo ahora—dijo Tom.—Ese mismo sábado, o más bien, para ser exacto, la víspera por la noche, en medio de una tormenta horrorosa, había un vapor amarrado en el desembarcadero de Flager, a 40 millas al Norte de aquí; a bordo de ese vapor estaba un ladrón que llevaba consigo los dos brillantes, cuya desaparición está anunciada, como os he dicho; bajó a tierra a escondidas, con su saco en la mano, a pesar de la obscuridad y la tormenta, esperando llegar sin contratiempo al pueblo y encontrarse allí seguro. Pero también se hallaban a bordo dos de sus compañeros; estaban escondidos, y el ladrón sabía perfectamente que le perseguirían para matarle a la primera ocasión y cogerle los brillantes que habían robado juntos. Se esquivó, pues, ligeramente.

»A los diez minutos escasos de su marcha, los compañeros lo advirtieron; saltaron a tierra y se lanzaron en su persecución. Tuvieron, sin duda, que quemar muchas cerillas para encontrar su pista. A pesar de todo, le persiguieron todo el día siguiente, sin que él lo advirtiese. Al anochecer, deslizóse y se escondió en el bosquecillo de sicomoros que bordea la plantación de tabaco del tío Silas, y allí, sacando un disfraz de su saco, se lo puso antes de encaminarse al pueblo. Todo esto ocurría pocos instantes después de que el tío Silas pegara a

Júpiter (porque le pegó un palo en la cabeza, lo reconozco).

»En cuanto los dos individuos vieron al ladrón que se metía entre los sicomoros, salieron de su escondite y estrecharon el cerco.

»Cayeron sobre él, asestándole un golpe mortal.

»Sí, a pesar de los gritos y de los gemidos de la víctima, los asesinos no tuvieron piedad y le remataron. Dos hombres que pasaban por el camino oyeron los gritos y acudieron a los sicomoros; al verles acercarse, los dos bandidos echaron a correr; los que llegaban los persiguieron, pero esta persecución infructuosa duró pocos instantes; volvieron tranquilamente al bosque de sicomoros. ¿Qué hicieron después? Os lo voy a contar. Encontraron el sitio en donde el ladrón había sacado el disfraz de su saco. Uno de ellos se desnudó y se puso aquel traje.»

Aquí, Tom hizo un pausa para preparar mejor su «efecto»; luego siguió con aplomo:

«El hombre que se puso el disfraz del difunto no era otro que... Júpiter Dunlap.»

—¡Gran Dios!—exclamó la concurrencia estupefacta, mientras que el tío Silas parecía caer de las nubes.

«Sí, era Júpiter en persona; Júpiter bien vivo, ya lo veis. Quitaron entonces las botas de la víctima, que se calzó inmediatamente Júpiter, y pusieron al cadáver los zapatos rotos de Júpiter.

»Este, en carne y hueso, no se movió de su sitio, dejando a su compañero el cuidado de esconder el cuerpo. A media noche, ese individuo fué a casa del tío Silas, cogió la blusa verde de trabajo de éste, que estaba siempre colgada en el mismo sitio, entre la casa y la cocina; se la puso, cogió un azadón de mango largo, y dirigiéndose a la plantación de tabaco, enterró allí el cadáver.»

Tom hizo una ligera pausa, y luego dijo:

—Y ahora, ¿sabéis cuál era la víctima? Jake Dunlap, aquel famoso tunante del que hace tiempo os habéis olvidado.

—¡Cielos!

—Y el hombre que lo enterró no era otro que Brace Dunlap, su hermano.

—¡Ah!

—¿Y sabéis quién es ese idiota supuesto que, desde hace unas semanas, se hace pasar por extranjero y sordomudo?... Es Júpiter Dunlap.

Una inmensa exclamación acogió esta revelación, y es imposible imaginar un tumulto semejante al que llenó la sala en aquel momento.

Tom saltó sobre Júpiter, le arrancó las gafas azules, las patillas y los bigotes postizos, y la supuesta víctima apareció rebosante de vida.

Tía Sally y Benny se precipitaron, locas de alegría, al tío Silas, llenándole de caricias y de besos; el pobre viejo, con la mirada extraviada, trastornado, no sabía qué actitud aceptar; seguramente iba a perder el juicio para siempre.

Pusiéronse a gritar en el público:

—¡Tom Sawyer, Tom Sawyer! Que se callen todos. Dejad que siga Tom Sawyer. ¡La continuación, Tom!

Sentíase él orgulloso de sí mismo, y llegaba al apogeo de su sueño viéndose convertido en un personaje importante, en un héroe quizá bien pronto.

«No me queda gran cosa que añadir—dijo con fingida sencillez.—Cuando el individuo aquí presente, Brace Dunlap, hubo agotado la paciencia del tío Silas hasta ponerle medio loco y hacerle alzar la mano sobre Júpiter, pensó que había llegado el momento de aprovecharse de las circunstancias. Júpiter huyó a los bosques para refugiarse; su táctica debía ser huir de noche y abandonar el país de incógnito. Brace Dunlap haría entonces creer a todo el mundo que el tío Silas había asesinado a Júpiter y sepultado el cadáver; esperaba con esto desacreditarle por completo, obligarle a expatriarse, ¡quien sabe!, tal vez lograría que le ahorcasen. Pero cuando se hubo descubierto el cuerpo de la víctima en los sicomoros, casi

identificable por lo desfigurado que estaba, aprovecharon la ocasión para forjar una endiablada historia: disfrazar a los dos individuos, enterrar a Jake, desenterrarle luego vestido con las prendas de Júpiter; comprar, en fin, a Jim Lane y Bill Withers, para que sus declaraciones fueran un tejido de mentiras. Esto es lo que hicieron.

»¿Veis ahora su aire ansioso? ¿No os dije que antes de terminar la sesión se trocaría su aplomo por una cruel angustia? ¡Mirad su actitud!

»Pues bien, Huck, Jinn y yo estábamos en el barco con los ladrones; la víctima nos contó la historia de los brillantes, exponiéndonos sus temores de ser muerto por sus cómplices si descubrían su pista. No vacilamos en prestarle nuestra ayuda, si la necesitaba. Al oír los gritos que salían del bosque de sicomoros, corrimos allí; pero no pudimos encontrar ninguna huella por lo que había llovido; supusimos entonces que no habían matado a nadie. Cuando vimos a Júpiter Dunlap presentándose con el disfraz de que nos había hablado Jake, creímos ver a éste en persona desempeñando su papel de sordomudo, cuyo programa nos había expuesto.

»Y cuando todo el mundo hubo renunciado a buscar el cuerpo, lo encontramos nosotros. Nuestro descubrimiento nos enorgulleció; sin embargo, el tío Silas nos aguó nuestro gozo al declararse autor del crimen. En aquel momento lamentábamos hondamente haber descubierto el cadáver; no sabíamos qué hacer para salvar a nuestro tío. La tarea era ardua, porque no quería bajo ningún pretexto escaparse de la cárcel, como nosotros le aconsejábamos.

»Durante un mes, me devané los sesos para encontrar el medio de salvar a mi tío; no daba con nada, de suerte que al llegar hoy a la Audiencia, estaba muy perplejo y me sentía muy sombrío, sin el menor fulgor de esperanza. Incidentalmente nada más me llamó la atención un detalle minúsculo que me dió que pensar; ese detalle no me inspiraba sino sospechas, sin darme ninguna seguridad. Reflexioné, observé, lo compul-

sé todo; y mientras que el tío Silas acumulaba todas sus declaraciones para probar su pretendido crimen, ese mismo detalle me impresionó con mayor viveza. En aquel momento fue cuando me levanté de pronto para cortar en seco las declaraciones; acababa de adquirir la *perfecta convicción*, la absoluta certeza de que Júpiter Dunlap estaba sentado frente a mí. Le reconocí en un signo particular que había ya observado en él el año último, en mi anterior visita a casa de mi tío.»

Aquí Tom se calló un instante, para acentuar su «efecto», luego se volvió como si fuera a dejar su sitio, y pronunció estas últimas palabras con aire indiferente y causado:

—Creo haberlo dicho todo.

Imposible es que os imaginéis los gritos de la concurrencia; toda la sala retemblaba.

—¡Díganos por favor lo que ha visto hacer!—¡No te vayas, brujo!—Que no se diga que nos has dejado con la miel en los labios.—¡Dinos pronto lo que observaste!...

Habían dado perfectamente en el blanco. Tom había obtenido el efecto que deseaba; y ahora se hubieran necesitado fuerzas hercúleas para arrancarle de aquel sitio en donde contaba alcanzar un triunfo completo.

—¡Oh! ¿qué había observado? Poca cosa—contestó.—Le vi sencillamente un poco ansioso, al oír al tío Silas acusarse él mismo de un asesinato puramente imaginario; veía la progresión creciente de su turbación, y le observaba minuciosamente sin aparentarlo: de repente sus manos empezaron a agitarse; le vi entonces levantar la mano izquierda y trazar *con un dedo una cruz en su mejilla*. Esta vez le tenía, y sin la menor duda.

Todos gritaban, aplaudían, mientras que Tom Sawyer se envolvía en su triunfo y en un orgullo mal disimulado. El juez le miró desde lo alto de su asiento, y le dijo:

—Oiga usted, hijo mío: ¿ha visto usted por sí mismo todos los detalles de esta odiosa maquinación y de esta tragedia.

—No, señor, no he visto ni uno solo.

—¡Ni uno solo! Pues diríase que ha sido usted testigo de la

historia que acaba usted de relatar de un tirón. ¿Cómo lo explica usted?

Tom con aire radiante y sencillo, contestó:

—¡Oh! Sencillamente observando los hechos, y ajustándolos uno a uno, señor; no es más que un modesto trabajo de policía; cualquiera podría hacer lo mismo.

—No es cierto. Ni dos individuos entre mil llegarían a tan brillante resultado. Es usted un hombre muy notable.

Felicitáronle calurosamente; Tom, triunfante, aceptaba las enhorabuenas, y no hubiera cambiado su puesto por todas las minas de oro del mundo.

—Pero—le volvió a preguntar el juez, todavía un poco receloso,—¿puede usted jurar que esa historia es cierta, que usted no inventa nada?

—Puedo jurarlo, señor. He aquí a Brace Dunlap, que podrá negar todo lo que quiera, pero apuesto que ahora siente haber hablado demasiado... Mire lo quieto que está. Lo mismo le pasa a su hermano, y en cuanto a esos cuatro testigos que han sido bien pagados para mentir descaradamente, ofrecen un aspecto lamentable. No hablo de mi tío Silas, es inútil que preste juramento, no le creería ya.

Estas palabras produjeron un entusiasmo frenético; el mismo juez perdió su seriedad, y se echó a reír. Tom rebosaba satisfacción. Cuando la hilaridad se calmó un poco, Tom se dirigió de nuevo al juez:

—Señor—dijo,—debo advertir a usía que hay también aquí un ladrón.

—¿Un ladrón?

—Sí, señor. Y tiene sobre sí dos brillantes que valen 12.000 dólares.

Un rayo que cayera no hubiera producido mayor efecto. Oíanse voces de: «¿El ladrón? ¿Quién es el ladrón? ¿Dónde está?»

—Desígnele, amigo mío—le dijo el juez.—Alguacil, préndalo usted; ¿quién es?

Tom respondió solemnemente:

—El difunto aquí presente, Júpiter Dunlap.

Nueva explosión de asombro y de hilaridad. Pero Júpiter, que estaba ya más que abrumado, se quedó ahora petrificado. Medio lloroso, se levantó y murmuró:

—Esto es ya demasiado; es una espantosa mentira, señor. Soy bastante culpable, sin que se me acumule más. He hecho, en efecto, todo lo demás; mi hermano Brace me ha obligado a ello; me ha seducido, me ha prometido que sería rico un día, y le he hecho caso; ahora estoy desesperado, y bien quisiera no haber cometido tal delito. Pero no he robado brillantes, no los tengo; que me convierta en estatua, si los poseo; puede registrárseme, y se verá que lo que digo es cierto.

Tom le interrumpió:

—Señor juez, he hecho mal en llamarle ladrón, y le ofrezco mis excusas por ese término un poco aventurado. Ha robado, sí, los brillantes, pero sin sospecharlo. Se los cogió a su hermano Jake, ya muerto, el cual se los había robado a sus dos compañeros; pero Júpiter no lo sabía, y hace un mes que se pasea con esas piedras maravillosas. Sí, señor, tiene en su poder 12.000 dólares en brillantes, y, rico como Crespo, anda por ahí todo el día como un pobre diablo, un menesteroso.

El juez se levantó y ordenó:

—Sheriff, registre usted a ese hombre.

Le registraron toda la ropa, el sombrero, los forros, los dobladillos, los calcetines, las botas, todo lo que llevaba puesto. Tom los miraba hacer, tranquilamente, preparando otro «golpe teatral». Por fin, se terminó el registro, sin haberle encontrado nada; todos sufrieron una decepción; Júpiter preguntó con aire satisfecho:

—¿Qué es lo que yo había dicho?

—Creo que se ha equivocado usted esta vez, amigo mío— dijo el juez.

Tom tomó un aire importante, y simuló forzar el cerebro,

rascándose la cabeza. De pronto se levantó bruscamente, y exclamó:

—¡Ah, ya esta! Me había olvidado... Va usted a ver que tengo razón... ¿Tendrá alguien la bondad de prestarme un destornillador pequeño?—preguntó insinuosamente.—Había uno en el saco de su hermano Júpiter, pero supongo que no lo lleva usted.

—No, en efecto; no lo necesitaba, y lo he dado.

—Porque evidentemente ignoraba usted su razón de estar. Júpiter se había vuelto a calzar. Uno del público hizo llegar a Tom el objeto que deseaba. Tom interpeló a Júpiter:

—Haga el favor de poner el pie en esta silla.

Y diciendo esto, se arrodilló y se puso a destornillar la chapita del tacón. Todas las miradas convergían sobre él.

Cuando Tom sacó de su escondite el magnífico brillante y le hizo lucir con todos los fulgores de sus facetas, los espectadores se quedaron palpitantes; Júpiter parecía estupefacto y confundido. Cuando Tom presentó al público el segundo brillante, la cara de Júpiter se crispó más todavía. ¡Lo que lamentaba no haber adivinado aquel tesoro! Hubiera podido huir y vivir rico e independiente en el extranjero. Ahora se tiraba de los pelos por no haber comprendido el objeto del destornillador, tan cuidadosamente guardado en el saco.

El interés aumentaba por momentos; por todas partes aclamaban a Tom como a un genio. El juez cogió los brillantes, se irguió en su sitial, se puso solemnemente los lentes, tosió para aclarar la voz, y dijo:

—Voy a guardarlos y avisaré a los propietarios; cuando los recobren, será un placer para mí entregarle los dos mil dólares, que tan bien ha ganado; diré más: se ha conquistado usted el agradecimiento profundo y sincero de la sociedad, porque ha salvado usted de la vergüenza y de la ruina a una familia injustamente comprometida; ha evitado usted a un hombre recto y leal la infamante muerte del criminal; ha puesto usted de

manifiesto y entregado al castigo de la ley a un miserable y a sus odiosos cómplices.

Si hubiera habido en aquel momento una música para celebrar el triunfo de Tom Sawyer, todos los circunstantes hubiesen aplaudido al unísono.

El sheriff prendió a Brace Dunlap y a sus acólitos, y los hizo encarcelar en espera de la causa que había de verse dentro de un mes. Todo el mundo se apresuró a mostrarse solícito con el tío Silas; la iglesia rebosó de fieles; todos se mostraron buenos y afectuosos con él y su familia; esforzábanse en demostrarles los sentimientos de la simpatía universal. El buen tío les endilgaba sermones grotescos y ridículos, que transportaban los espíritus a través de un laberinto inextricable, en donde la luz del día no podía penetrar. Pero los oyentes los hallaban admirables, y no cesaban de proclamar abiertamente que nunca habían oído nada más bello, más límpido, más sublime; saboreaban con la boca abierta la emoción que les causaba; todo esto por cariño hacia él, para expresar lo que les pesaba haber prestado fe por un instante a las odiosas calumnias que sobre él pesaron. Pero yo mismo concluí por sentirme ganar por su ternura y su admiración hacia Silas. Aprecié a mi vez las cualidades de éste, y a fuerza de rodearle de nuestra afección, recobró su equilibrio moral (esto sin adularle, puedo certificarlo).

Toda la familia recobró la alegría, y no supo cómo demostrar su gratitud a Tom Sawyer; yo tuve mi parte en su agradecimiento, aunque lo hubiera merecido poco. Y cuando llegaron los dos mil dólares, Tom me dió generosamente la mitad, ocultando a todo el mundo semejante liberalidad; su discreción no me sorprendió nada, porque conocía su excelente co-razón.

MARCK TWAIN

# VERDADERO VALOR DE LOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

---

SUMARIO: Importancia de la Historia en cualquier ramo de la ciencia.— Orígenes de los descubrimientos.—El pueblo chino.—Ejemplares entresacados de las ciencias físicas y naturales con relación a la Medicina.—En el momento en que empieza la vida, comienza el dolor.—Las *tablas votivas*, como primera colección de remedios conocida.—Los preceptos de Moisés.—La Medicina de los árabes.—Algo de la historia del termómetro.—Noticias históricas del microscopio.—Maravillas que ha descubierto este instrumento físico.—¿Cómo se descubrió el fósforo?—Antecedentes del metal Mercurio.—Desde cuándo se ha usado el opio.—El descubrimiento del cloroformo.—Gratitud que la humanidad debe a los sabios que lo inventaron.—La opoterapia es muy antigua.—Rápidos y vertiginosos progresos de la química.—Las *flores de un día* en las novedades.—El estudiante perpetuo.—Resumen.—Los versos de un hombre ilustre.

## I

A la evocación del recuerdo de algunos inventos, y al exhumar algunos detalles de varias conquistas científicas, verdaderos tesoros escondidos, es indispensable dirigir, siquiera sea una sucinta y rápida mirada a la Historia, donde se encuentran provechosas y fructíferas enseñanzas.

Conocer sólo el presente de una ciencia, aun cuando sea su última palabra, es saberla tan sólo a medias y de un modo incompleto, porque hay mucho que aprender en el pasado, y las miradas retrospectivas son siempre útiles, a fin de examinar lo

que las pasadas generaciones realizaron, y compararlo con lo actual. Además, a fin de saber apreciar y rendir el justo valor que tiene la ciencia del día y el caudal de datos que posee, se hace preciso conocer el camino seguido para alcanzar los triunfos que ha logrado, los obstáculos que ha tenido que vencer, los rudos combates que ha necesitado afrontar y los sacrificios y contrariedades a que se ha sometido, todo lo cual lo enseñan de un modo elocuente las páginas de la Historia.

Muchos de los descubrimientos científicos arrancan de remotas épocas, y el origen de los descubrimientos ha sido, unas veces la casualidad, otras el instinto, el talento superior de un individuo, que, cual mirada de águila, ha alcanzado espacios inmensos; en ocasiones, un momento feliz de inspiración, el deseo de mayor amplitud en los horizontes de la ciencia o de perfeccionar lo conocido, el vulgo con sus genialidades, el incesante trabajo de investigación, la necesidad de conjurar un conflicto y otra porción de motivos, que en momentos determinados y por acaso, surgen sin poder predecirlos. El ejemplo conocido de que Galileo, a la temprana edad de diez y nueve años, descubriese las leyes del péndulo, observando las oscilaciones de una lámpara en la catedral de Pisa, es verdaderamente maravilloso. Pero, ¡cuántos miles de hombres habrían antes que él visto este sencillo y al parecer insignificante hecho, sin deducir nada del mismo! Era, pues, necesario que un cerebro de tal fuerza se apoderase de tan pequeña causa, para buscar grandes y portentosos efectos.

También se observa que muchos descubrimientos fueron entrevistos antes de lo que se supone, y habría que discutir algún tanto la prioridad del invento o si ha de adjudicarse a determinada persona la gloria del verdadero descubridor.

Sabido es también que los chinos conocieron algunos de los asuntos de importancia en la general cultura mucho antes que tuviera lugar en Europa el descubrimiento; pero la incomunicación en que ha estado ese país con el resto del mundo, impidió conocer esos inventos. Tal es lo que acontece con la im-

prenta, la pólvora, muchas materias colorantes y su fijación, etcétera, que ya eran sabidas por el pueblo chino cuando se realizó su descubrimiento en Europa. Pero eso no disminuye, sin embargo, el mérito ni la gloria de los que realizaron los inventos.

Fijándose tan sólo en algunos ejemplos, tomados entre muchos, de las ciencias físico-químicas y naturales, en sus relaciones con la Medicina y los medicamentos, y algunos de índole análoga, pueden observarse grandes motivos de curiosidad y estudio, dignos de fijar la atención por muchos conceptos.

Vemos, que en los tiempos fabulosos, el instinto obliga al hombre a buscar alimentos y objetos con que abrigar su cuerpo; por eso en un principio hubo más higiene que medicamentos; es decir, medidas preventivas, antes que represivas, de las enfermedades.

Pero la humanidad ha padecido en todas épocas dolores y amarguras, y por tanto, enfermedades. Porque en el momento en que empieza nuestra vida, comienza también nuestro dolor. Pero este dolor es necesario, porque nos alienta en nuestras tribulaciones, enmienda nuestros errores y es un verdadero auxiliar del trabajo creador, porque todo lo grande nace del dolor, y puede decirse que crece con el riego de las lágrimas. Un ilustre doctor de la Iglesia, San Agustín, dijo: *¡Nulla pena, quanta esta pena!* Es decir, ¡qué gran pena es no tener penas! Dando a entender que el combate y la lucha son inherentes a la vida.

Así es, que las enfermedades son tan antiguas como el hombre, y el deseo de vencerlas ha surgido desde los primeros momentos. El día que hubo el primer enfermo, se pensó en la manera de curarlo y la imposibilidad de explicar las causas de muchas enfermedades por falta de conocimientos, hubo de atribuir las a lo sobrenatural y maravilloso, considerándolas como producto de la venganza de los dioses, en castigo de faltas cometidas. Por eso, los sacerdotes fueron los únicos depositarios

de los pocos conocimientos médicos que se poseían. Junto a los templos estaban los asilos, donde se transportaban los enfermos.

Entre los babilonios y asirios, había la costumbre de colocar los enfermos en la vía pública, para que los transeúntes indicaran los medios de curación. Estas observaciones las grababan en las columnas de los templos, y formaban las llamadas *tablas votivas*, que sirvieron de fundamento a la célebre Escuela de Cos.

En el pueblo hebreo se consignan algunos saludables preceptos de higiene. Moisés prescribe, en determinados días, lo de «*Emerentes panes ácimos*», o sea: «Comeréis pan sin levadura», es decir, que ya conocían la fermentación panaria y el papel que hace la levadura en ella.

Los griegos se distinguen de los demás pueblos por su genio generalizador. La religión y la ciencia marchaban unidas por sus creencias, y la fantasía predominaba en casi todos sus conceptos, hallándose en ellos algo relacionado con la química. Así, por ejemplo, la transformación de Júpiter en lluvia de oro, aludía a la destilación del oro de los filósofos; los ojos de Argos, transformados en cola de pavo real, significaban los diversos colores que presenta el azufre cuando se calienta, y otros varios hechos análogos.

Los romanos tenían divinidades médicas, y, en caso de epidemias, consultaban el oráculo, y es fama que Catón ejerció la Medicina y poseía un libro de recetas.

## II

Nuestra patria ocupa un lugar honroso en la historia de las ciencias médicas y en muchos conocimientos relacionados con ellas. La dominación árabe ha dejado en pos de sí imborrables recuerdos en este sentido. Muchos medicamentos y aparatos proclaman a toda hora su origen árabe, y varias poblaciones

españolas tenían bibliotecas y escuelas públicas de fama universal, como las de Córdoba, Sevilla, Toledo y Murcia.

Dedicados los árabes al ejercicio de la Medicina, tradujeron a su idioma los libros griegos de alguna importancia, pues tenían gran espíritu de observación y buen criterio, y entusiasmo decidido por el trabajo.

Españoles ilustres han escrito sus nombres en el gran libro de la fama, por la profundidad de sus ideas, anticipándose a su tiempo.

Unos versos, atribuidos a Lope de Vega (aunque algo discutida su procedencia), dicen:

«Tan veloces como el rayo  
las noticias han venido,  
¿quién sabe si con el tiempo  
vendrán con el rayo mismo?»

Donde parece que se presentía la telegrafía eléctrica, dos siglos antes de descubrirse.

Aunque se conceptúa a Rogerio Bacon, religioso franciscano del siglo XIII, como descubridor de la pólvora, figura, sin embargo, esa substancia en nuestro país en el sitio de Niebla.

Dos instrumentos físicos, no sólo de importancia capital en las ciencias médicas, sino en la práctica de la vida, o sean el termómetro y el microscopio, tienen curiosos antecedentes en su historia, que conviene y es útil conocer.

Respecto al termómetro, un aldeano holandés, Cornelio Drebbel, ideó un medio para medir temperaturas, que consistía en un tubo de cristal, cerrado por un extremo, y por el otro penetraba en un líquido, que las diversas y varias temperaturas hacían subir y bajar, habiendo al lado una regla dividida, que indicaba los ascensos y descensos.

Era el primer rudimento de un termómetro imperfecto. Después siguió el de la *Academia del Cimento*, de Florencia. Consistía en una esfera de vidrio, soldada a un tubo de la misma substancia, empleando como líquido indicador el alcohol,

coloreado por el carmín. Para graduarle, le trasladaban a un sótano, y donde llegaba la columna marcaban el cero, siguiendo luego la graduación hasta ciento. Rinaldini, físico de Padua, fue el primero que propuso la adopción de puntos fijos de la escala. Al gran Newton estaba reservada la gloria de la construcción de un termómetro de indicaciones, eligiendo como puntos extremos, la nieve y la temperatura del cuerpo humano. En 1702, el físico francés Guillermo Amontous, ideó sustituir el termómetro de Newton con uno de aire, y después, Gabriel Fahrenheit, constructor de instrumentos de física en Dantzig, empleó el mercurio como indicador, fabricando sus primeros termómetros en 1714.

Más tarde, Reaumur, en 1730, modificó la graduación, estableciendo 80 divisiones entre el hielo y la ebullición del agua. Celso, en 1741, adoptó la división centesimal. Más tarde, el físico escocés Leslie estableció, en 1832, el termómetro diferencial, y el conde americano Rumford inventó el termoscopio en 1814. Después, el alfarero inglés Wedgwood, fue el autor del pirómetro, y Breguet el del termómetro metálico y otros varios bien conocidos.

Es también sumamente curioso conocer lo referente al estudio del mundo de lo infinitamente pequeño, o sea al microscopio. Su descubrimiento se atribuye a Zacarías Jansen, óptico de Middelburgo, en 1590. Derivada la palabra de las dos griegas, *mikron*, pequeño, y *scopeo*, yo examino, debe consignarse que el uso de las lentes de aumento es de una época muy antigua. Llamó la atención, desde luego, la mayor magnitud con que aparecían los objetos, examinados a través de cuerpos translucientes que terminaban en superficies curvas, como botellas y globos de vidrio llenos de agua, que usaban para ver mayores las letras de un escrito y el grabado de los camafeos.

En el siglo XIV se usaron cristales tallados en forma esférica para algunos delicadísimos trabajos de relojería y de otras profesiones en que había que observar objetos pequeños. Esos cristales fueron la base de los primeros microscopios simples, que

tan brillantes resultados produjeron en las hábiles manos de Leuwenhoeck y Lionnet.

No todos los autores están conformes en adjudicar a Jansen la honra de haber construído el primer microscopio. Algunos lo atribuyen a Cornelio Drebbel, el mismo que inventó el termómetro.

Un óptico de Londres, Dollond, perfeccionó en 1757 el microscopio con la construcción de lentes acromáticas, o sea que no presentan irisaciones, aun cuando no se generalizó el uso de éstas hasta 1824, que lo propagó Sellignés. Amici fue el primero que adoptó una disposición especial, que permite la colocación del tubo, horizontal o vertical, a voluntad, y Chevallier la perfeccionó.

Aunque no se considerase el microscopio como un poderoso auxiliar de la ciencia, que ha descubierto el inmenso y admirable mundo de lo infinitamente pequeño, será siempre un objeto digno de aprecio y de grandísima importancia.

Mucho tiempo transcurrió, sin embargo, en que no se le concedió todo el valor que tiene. Pero el examen de la sangre, de los tejidos, de las secreciones y excreciones, de todo cuanto nos rodea, ha venido a producir esplendorosa luz en el campo de la ciencia, que ha revelado multitud de datos y ha cambiado los derroteros de muchos conocimientos, creando la Microbiología, la Histoquimia, la Histología, la Química microscópica, la Microlitología, etc., de tal modo, que las modernas conquistas de varias ciencias son hijas de tan poderoso auxiliar de la vista humana.

### III

Recordando ahora algunas noticias relativas a otros curiosos descubrimientos, puede citarse el del *Fósforo*, que es uno de los cuerpos de mayor importancia que la química ha proporcionado. Había transcurrido más de la mitad del siglo xvii, y continuaban en vigor las erróneas creencias de la antigua

alquimia. Creían encontrar, los que a este arte se dedicaban, las condiciones de la humana ventura en las palabras de Goethe, que son: *el oro da el poder, no hay goce sin salud, y una larga vida equivale a la inmortalidad*. Prescindiendo de lo equivocado de sus aspiraciones, fundaron las bases de la química, y al número de estos alquimistas pertenecía, en 1669, un comerciante de Hamburgo, llamado Brandt, que fue el que descubrió en la orina humana un cuerpo que tenía la propiedad de lucir en la obscuridad. La etimología de la palabra *fósforo* es de dos voces griegas, *fos*, luz, y *foron*, conduzco, que indican esta misma propiedad. Pero hay algunos detalles en el descubrimiento, dignos de ser conocidos. Juan Kunckel, catedrático de la Universidad de Wittemberg, se vió obligado a emprender un viaje a Hamburgo. Allí supo que había un comerciante, desgraciado en sus negocios mercantiles, llamado Brandt, que había encontrado un cuerpo que lucía en la obscuridad. Quiso conocer el procedimiento, pero le contestó éste que había ya vendido su secreto. En vista de tal contrariedad, se dedicó Kunckel a investigar por sí la resolución del problema; y habiendo llegado a saber que Brandt empleaba como primera materia gran cantidad de orina, llegó, en fuerza de tanteos, de perseverancia y de ingenio, sin revelárselo a nadie, a obtener el *fósforo*. Por eso se designa a Brandt y a Kunckel como autores del invento científico más interesante del siglo xvii. Claro es que, posteriormente, muchos químicos han intervenido en el estudio de dicho cuerpo y podría formarse larga lista de los mismos; pero los iniciadores fueron los dos primeramente citados, que estudiaron y dieron a conocer una substancia de tanto interés, que si bien es cierto abrasa y envenena, es también uno de los elementos de nuestro cuerpo, y sin él no sería posible la vida.

Digamos algunas palabras, respecto a la historia del metal mercurio. Es el único de los metales que aparece en estado líquido a la temperatura ordinaria, y por sus propiedades, su importancia industrial y su eficacia como medicamento,

merece conocerse su pasado. Llamósele plata líquida por su color argentino, y Aristóteles dice que Dédalo animó a una Venus de madera, llenándola de mercurio. Dioscórides y Plinio describen el procedimiento de obtención; Vitrubio indica sus usos; Geber, en el siglo VIII, lo describe, y dice que se amalgama con el oro y la plata, y difícilmente con el cobre. El cinabrio, o sea el sulfuro mercúrico, era conocido en España en tiempo de Teofrasto, o sea trescientos años antes de Jesucristo. En la época de la dominación romana en España, ya se explotaban las minas de Almadén (cuya palabra es árabe, y significa *la mina*) para utilizar el bermellón como materia colorante. En la Edad Media se explotaron mucho estas minas de Almadén, en la provincia de Ciudad Real. Después, desde 1525 hasta 1645, las beneficiaron los Fuggars y sus herederos, ricos capitalistas, que dieron su nombre a una calle de Madrid (la de Fúcar), y más tarde las explotó la casa Roschild.

Describen los árabes un palacio de Abderramán III, cerca de Córdoba, donde dicen que había un jardín de recreo, con una fuente de pórfido en que corría el azogue, y cuya taza servía de espejo a la Sultana.

Avicena y Rasis usaban el mercurio como vermífugo, y en el siglo XVI se empezó a emplear como antisifilítico. Las célebres píldoras mercuriales, se atribuye su invención al pirata Barbarroja.

Digamos también algo respecto a la historia de un medicamento que es un verdadero tesoro para la humanidad, o sea el *Opio*. Su origen hay que buscarlo en la mitología. Ceres hizo conocer a los hombres las virtudes de la adormidera. Homero llama a la planta *Nepentes*, y habla de ella en la *Iliada*. Plinio menciona la adormidera. Hipócrates ya usó el opio. Rasis, Avicena y Avenzoar le colocaron en preferente lugar. Paracelso le dió gran importancia. Sidenham dijo que no ejercería la Medicina si se viera privado del opio. Derosne descubrió en él el primer alcaloide conocido, o sea la narco-

tina, en 1804, y después ha sido objeto de numerosísimos trabajos de químicos, médicos y fisiólogos distinguidos, de tal modo, que forman extensa biblioteca.

La Compañía inglesa de las Indias orientales procuró aumentar en China el consumo del opio, y a fines del siglo XVIII, se establecieron dos depósitos flotantes en las inmediaciones de Cantón. La importancia y eficacia de este precioso remedio de la humanidad está en que, lejos de decaer con el trascurso de los siglos, sigue con el mismo o mayor prestigio que las sucesivas generaciones le han rendido en atención a su inmenso valer.

Recordemos algunos datos relativos al descubrimiento del *cloroformo*, asunto interesante, no sólo para el médico, sino que entra de lleno en la cultura general y pública curiosidad. La idea de anular el dolor o sustraerse a él, en las operaciones quirúrgicas, es muy antigua, y es ciertamente una aspiración muy justificada. Ya Plinio y Dioscórides, en el siglo I de la Era cristiana, hacían uso del extracto acuoso de mandrágora. Otras veces empleaban inhalaciones de medicamentos que producían el sueño. También usaban el frío, la embriaguez alcohólica, la del tabaco, etc. Más tarde usaron el sueño magnético, el éter, el protóxido de nitrógeno, llamado vulgarmente *gas de la alegría*, hasta que llegó por fin el descubrimiento del *cloroformo*, que tuvo lugar en 1831, realizado casi simultáneamente por el gran químico Liebig, en Alemania, el ilustre farmacéutico Soubeiran, en Francia, y el químico yanqui Samuel Guthrie, en Nueva York.

Si son merecidas las estatuas que se levantan a los genios, no lo son menos las que a tales bienhechores de la humanidad se erigieran.

No faltaron algunos, que creyeron imposible la operación cruenta, la mutilación de un órgano sin experimentar agudísimos y acerbos dolores. Sabidas son algunas operaciones célebres, realizadas con una serenidad pasmosa de sufrimiento, como la que se cita de San Ignacio de Loyola, a consecuencia

de las heridas que experimentó en el sitio de Pamplona, cuyo hecho describió Castelar con la mágica palabra de su admirable y hermosísima prosa poética, en un artículo biográfico del fundador de la Compañía de Jesús.

De todos modos, el descubrimiento del cloroformo ha sido, no hay que dudarlo, una de las grandes conquistas de la ciencia, realizando un hecho que se juzgó imposible, o sea practicar una operación quirúrgica terrible y atrevida, en medio del silencio del operado, y que pueda el cirujano efectuar su trabajo sin escuchar los desgarradores gritos que arranca el dolor al infeliz que se somete a tan dura prueba.

No se han erigido estatuas a esos sabios; pero toda conciencia honrada venerará sus nombres y admirará su talento.

#### IV

También tenemos entre los nuevos descubrimientos la medicación llamada *opoterápica*, que arranca nada menos que de las sectas en que se dividió la escuela hipocrática, una de las cuales, o sea la de los empíricos, usaba remedios de esta índole, o sea el corazón y los riñones de la liebre, la sangre de la tortuga, etc. Así es, que después de tantos siglos renacen aquellas ideas, aunque en distinta forma, al emplear varios órganos, tejidos y jugos animales como medicamentos, como si fuera una ley fatal, que se suceden los pensamientos que ya se creían muertos y sepultados, de igual manera que concluirá lo que hoy está en su mayor esplendor y lozanía.

Lo que se conoce con el nombre de síntesis química, o sea la formación artificial, en el laboratorio de principios inmediatos, iguales a los que producen los seres vivos, ha de realizar resultados maravillosos, cada vez más sorprendentes y útiles en la práctica.

Los progresos de la química son tan rápidos y sorprendentes y caminan de una manera tan vertiginosa, que hay quien

creo que sería tal vez oportuno un período de descanso y de tregua, un lapso de tiempo de reposo y estabilidad. Aunque esto es discutible, sí es cierto que debería llegarse a un acuerdo inmutable en la cuestión de principios y teorías, o sea en los fundamentos de la ciencia.

Vengan, pues, nuevos cuerpos que aumenten la lista de los ya conocidos, y medicamentos que enriquezcan la ciencia y sean para la humanidad verdadero consuelo en sus aflicciones, y le proporcionen medios seguros para combatir las enfermedades, pero lléguese en lo fundamental, a un acuerdo de cierta permanencia.

Debe observarse igualmente, que muchos de los descubrimientos a que se dió gran valor cuando se realizaron, han ido perdiendo importancia, ya de un modo gradual o bien de una manera rápida, siendo algunos como flores de un día, muertas apenas nacidas. Ese aluvión de medicamentos nuevos, que se presentan con grandes pretensiones, han de desaparecer en breve, muchos de ellos sin dejar rastro alguno. ¡Cuán diversa la suerte de otros, de eficacia real e indiscutible, como la quina, que vive con igual o mayor prestigio que obtuvo cuando se descubrió, hace más de noventa años!

De la índole especial de estos conocimientos se deduce que todo el que se consagra seriamente a tales estudios, debe convertirse en estudiante perpetuo, donde a toda hora ha de recibir nuevas impresiones, y aun a veces tiene que olvidar lo antiguo para rectificar ideas en los fundamentos de la ciencia.

En resumen: el *verdadero valor de los descubrimientos científicos se funda principalmente en su utilidad práctica*, la cual se aprecia por su persistencia a través del tiempo y del examen de varias generaciones sucesivas, que han podido experimentar su importancia aquilatándola en el crisol de la práctica, y justificar esa importancia apreciándola en el curso de la historia, adjudicando a cada tiempo y a cada inventor el tributo de consideración que se merece.

Que estos descubrimientos son debidos: unos, a la casuali-

dad; otros, al talento extraordinario de un privilegiado de la inteligencia, al estudio incesante o a iniciativa del vulgo, otras veces, y a la feliz inspiración de un momento, en ocasiones.

Que hay muchos inventos iniciados en épocas muy anteriores a las que aparecen como realizados, no habiéndoseles dado la importancia que tenían.

Se presintieron o se iniciaron, quedando en el olvido o en la indiferencia, hasta que llegó la ocasión de apreciar su verdadero valor.

Que en el curso de las edades se observa que, al par de los nuevos descubrimientos que satisfacen grandes aspiraciones, surgen otros deseos, como si la humanidad hubiera de estar en ansia continua de perfecciones, o con una sed inextinguible de novedades; así como también si experimentase cierto cansancio no justificado de lo antiguo para sustituirlo con lo nuevo, que a veces vale menos que lo ya conocido y experimentado.

Pero el progreso es necesario, porque ciencia que se estaciona, es ciencia muerta. Puede sintetizarse este pensamiento en los siguientes inspirados versos que el ilustre publicista y catedrático que honró la Universidad Central en el último tercio del pasado siglo, D. Manuel de la Revilla, desgraciadamente perdido en edad temprana, expresándose de este modo:

«¡Alto el tren!

—Parar no puede.

¿Ese tren adónde va?

Por el mundo caminando  
en busca del ideal.

¿Cómo se llama? —El Progreso.

¿Quién va en él? —La Humanidad.

¿Quién lo dirige? —Dios mismo.

¿Cuándo parará? —Jamás.»

No puede decirse más en menos palabras. Es todo un libro de crítica histórica.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,  
Catedrático en la Universidad de Madrid.

## RELIGIÓN Y CIENCIA.—RAZÓN Y FE<sup>(1)</sup>

---

«No hay hombre grande para su ayuda de cámara.» Este dicho popular resume en forma plástica, según sucede de ordinario en casos tales, una profunda y trascendental doctrina, la misma que condensa también aquel otro conocido proverbio italiano: *Roma veduta, fede perduta*. No es lo mismo tener noticia remota de las cosas, percibir las a larga distancia, o presentirlas y querer adivinarlas, que tocarlas con la mano y desentrañar sus entresijos. Si los niños experimentan desencanto a veces cuando descomponen sus juguetes, viendo que sólo es verdaderamente un montón de trapo lo que antes de mirarlo por dentro ofrecía tan vistosas apariencias, también los adultos se muestran bien a menudo sorprendidos y hasta espantados cuando se aproximan unos a otros y tocan de cerca el valor de sus personas, sus actos y sus producciones. Viene entonces aquello de que «el hombre no es más que un montón de basura». Todas las esperanzas que habían hecho concebir, con frecuencia risueñas y halagadoras, quedan desvanecidas; todas

---

(1) Hace ya algunos años que se escribió esto. El autor no se acordaba siquiera de ello, cuando de la Empresa editora le han remitido las pruebas. Para no desfigurarle con las muchas apostillas, rectificaciones y adiciones que tendría que poner hoy, lo deja tal como originariamente salió de su pluma. Traduce, al cabo, un estado mental. Pero bueno es advertir que sólo en alguna parte coincide con lo que ahora se diría si hubiera de nuevo que redactar el artículo.

las promesas hechas concluyen en el vacío o en el fracaso. Parece como si fuera preferible vivir continuamente en la ilusión, en la inocencia y la «santa ignorancia», fuente de goces que el conocimiento y la ciencia no sólo son incapaces de producir, sino que los desvanecen cuando existen.

El abrirle los ojos a alguien, aunque se recomienda a veces como un beneficio (obra de misericordia, enseñar al que no sabe), suele ser el origen de su desgracia. En cuanto Adán y Eva los abrieron, salieron de su feliz estado primitivo y se vieron desnudos, miserables, mortales y arrojados del Paraíso. Hay muchos, pero muchos hombres, que huyen de la ciencia, recelosos de que las luces de ésta les hagan perder la beatitud, y de que, al permitirles gustar las delicias del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, caídas las vendas de sus ojos, les traigan inquietud y zozobra. Todo el que quiera ahorrarse preocupaciones y quebraderos de cabeza preferirá siempre la inacción en las tinieblas al movimiento febril en la claridad. ¿Y si, como efecto de sus pesquisas, resulta luego que cae en herejía, incredulidad o escepticismo, o que pierde su confianza, su fe, en las virtudes tales o cuales de aquellas personas en quienes las tenía puestas?

Dondequiera que alguien pretenda dominar a otros, o ser dominado por ellos, tendrá que manifestarse más o menos claramente el interés por la ignorancia. Los fieles de una iglesia renunciarán a meterse en honduras, dejando a los «doctores» y «pastores» de ella el cuidado de pensar por todos y de trazar las reglas de conducta para todos; y los pastores y doctores, por su parte, procurarán que los fieles sigan siéndolo verdaderamente, confiando en la dirección que ellos les marquen y no atreviéndose a someterla a crítica. Hay unos, puestos para mandar, y otros, para obedecer. La fe que los últimos necesitan ha de ser ciega; la de los primeros no es necesaria, pudiendo más bien hacer uso de su razón. Los grandes hombres, reales o aparentes, para no perder su prestigio, han menester asimismo no permitir que sus ayudas de cámara se les acerquen de-

masiado; es el único modo de que no les pierdan el encogido y medroso respeto que mantiene su superioridad. Todos los señores y guías de la conducta ajena, reyes, emperadores, caudillos, necesitan, por lo regular, mantenerse cuidadosamente apartados de sus súbditos, a fin de que éstos conserven hacia ellos su idolatría, cosa difícil desde el instante en que les conozcan y puedan tratarles de igual a igual. La percepción más o menos clara de este fenómeno psicológico ha de entrar por una gran parte en el despliegamiento de la pompa y la rigidez hierática que ha acompañado continuamente a los soberanos y otras autoridades, cuidadosos de no dejarse acercar por los que pueden reconocer sus oropeles y decir: «Yo creí que era otra cosa, y es un hombre como nosotros.» El poder de los espantajos declina o desaparece del todo no bien se aproxima uno a ellos.

Pero los espantajos son precisos para la vida humana, rodeada por todas partes de los mismos. Donde lo desconocido impera, allí están ellos, y lo desconocido nos está asediando y amenazando continuamente. De los diferentes orígenes psicológicos que a la religión se atribuyen, éste es, me parece a mí, el más fundamental y el que a todos los restantes sirve de soporte. El sentimiento de angustia medrosa, de impotencia y encogimiento ante la magnitud sospechada del mundo, que no se deja someter a nuestro dominio mental, es lo que hace al hombre religioso. La religión, según algunos, es la metafísica del vulgo (como la metafísica y los sistemas metafísicos de los filósofos suelen constituir la religión de éstos); pero quizá fuera más exacto decir que toda religión, sea quien sea el que la profese, y adopte la forma que adopte, es por fuerza una metafísica, en el sentido de presuponer un intento de explicación de la realidad total, desconocida y, a lo que parece, inconocible para nosotros. La religión tiene varias significaciones, pero sobre todo quizás ésta: es la clave con la cual se descifra, bien o mal, el gran enigma del mundo. Es un modo de saber o de ciencia, aun cuando a menudo se juzgue otra cosa. Es como el

punto de intersección entre mi realidad subjetiva, que se afirma independiente, pero microscópica, y el Océano inmenso de lo exterior a mí, en donde me veo yo sumergido.

Mi conciencia (mi saber), aun en el mejor caso, abarca muy poco, una porción infinitesimal de lo que parece posible conocer. Pero ella no se satisface con esto, sino que, antes bien, aspira a que no quede nada fuera de su dominio; y como no puede lograrlo mediante la observación y el conocimiento directos, suple la deficiencia con la imaginación constructora, dando por conocido lo que no lo es y por supuesta la existencia de partes o modos de realidad, sustraídas completamente a su percepción. Nosotros, los hombres, en nuestra ansia impaciente e inagotable de darnos cuenta de todo y explicárnoslo todo, no nos arredramos ante ningún obstáculo. Cuando no alcanzamos la explicación de una cosa, o de varias, ni nuestra vista penetra las conexiones naturales y causales entre ellas, inventamos esa explicación que nos falta. Y así, todos, igual los pensadores y filósofos de profesión que el más humilde patán, tenemos nuestra religión y nuestra metafísica (nuestro sistema metafísico o religioso) para nuestro uso personal y para salir de todos los apuros. Lo que de ciencia propia no sabemos, lo damos de todas maneras por sabido. De aquí la abundancia de conjeturas, de hipótesis más o menos aventuradas, de construcciones ideales, de opiniones, en todas las filosofías y en todas las ciencias, incluso en aquellas que presumen de mayor certidumbre (1).

---

(1) Lo mismo tienen esta pretensión las ciencias llamadas experimentales (las únicas «verdaderas» ciencias, según sus cultivadores) que sus opuestas, las tenidas por racionales. Si, para los experimentalistas, sólo la observación y la experimentación pueden ser fuente de conocimientos seguros y positivos, cayendo en el horizonte de la fantasía (metafísica o no) cuanto de aquí trasciende, a los ojos de los «racionalistas» y metafísicos, por el contrario, únicamente los conocimientos racionales, derivados de la intuición directa de los principios fundamentales y de la deducción y desentrañamiento de las consecuencias rigurosamente lógicas en ellos

La religión, pues, y la ciencia, aunque constantes enemigas por el aspecto que luego se dirá, son también, por otro, compañeras inseparables. Están necesariamente compenetradas, supliendo cada una las deficiencias y vacíos de la otra. No hay teología que no aspire a tener carácter científico; hasta se ha pretendido, y se sigue aún pretendiendo por algunos, convertirla en la ciencia matriz, de la que todas las demás, empezando por la filosofía, sean filiales esclavas. Ahora, la teología, que acomete los problemas religiosos y es así una verdadera metafísica, por cuanto intenta dar explicación de las mismas cuestiones trascendentales a que ésta se consagra (naturaleza, origen, propiedades y actividad del Sér y relaciones del mismo con los seres) (1), invade también el terreno de las ciencias particulares desde el momento en que sus doctores, los teólogos, en cuanto tales y en tratados de teología, se ocupan de asuntos terrestres, de esos que caen bajo el imperio, no tan solo de la razón, sino hasta de los sentidos corporales (2). Por su parte, los hombres de ciencia, sea que se consagren al cultivo de las calificadas de experimentales, o al de las consi-

---

contenidas, son los que ofrecen certeza apotictica, la certeza propiamente tal, pues la proveniente de la observación empírica tiene siempre un carácter provisorio, y está, por lo mismo, sujeta a posible rectificación, al revés que la otra.

(1) No es posible por eso marcar, según se ha pretendido, una diferencia, ni precisa ni siquiera borrosa, entre la teología y la teodicea, haciendo que la primera se contenga en sus propios límites, puramente religiosos, sin traspasar los de la filosofía, privativos de la segunda, y al contrario.

(2) Así pasa con multitud de problemas tocantes a las ciencias físicas, naturales y cosmológicas, y excusado es añadir que también con los relativos a la ética y al derecho (político, privado, penal, etc.): materias de matrimonio, de propiedad, de soberanía, de delitos y penas... Las preocupaciones de la mente humana respecto a la naturaleza de Dios y a la acción y dirección del mismo sobre los hombres y la sociedad (Providencia), andan mezcladas, en los escritos de referencia, con las preocupaciones que tocan a la naturaleza y obrar de los hombres y a sus relaciones para con Dios (deberes, sumisión, culto, pecados).

deradas como especulativas, deductivas y filosóficas, están a cada momento acudiendo a recursos religiosos o teológicos, especialmente cuando se encuentran en algún aprieto, más grave o más leve. Siempre que, por los medios que el estudio de la causalidad y los engranajes naturales pone al alcance de su mano, no son capaces de dar explicación conveniente («científica», que se suele decir) a algún fenómeno, en vez de confesar la propia impotencia mental y los límites de su dominio científico, prefieren a menudo acudir a cualquier *Deus ex machina*, con el cual salir pronta y airosamente del atolladero: entonces es cuando salen a la plaza los «inexcrutables» designios divinos, el milagro, el castigo de Dios, la revelación, la fuerza de lo inconsciente, la *vix medicatrix naturae* y tantos otros recursos parecidos.

Pero con la religión, considerada como doctrina o sistema de concepciones, ideas y soluciones sobre tales o cuales problemas que la mente humana se pone indefectiblemente—y así se la considera siempre que se pregunta por la cuestión de sus relaciones con la ciencia (1);—con la religión como cuerpo de doctrina (conjunto de dogmas, de creencias, de enseñanzas: religión cristiana, musulmana, budista, positivista, compendiada en este o el otro catecismo, a fin de poderla «aprender», más que sentir, o en cuanto el aprendizaje puede determinar la aparición del acto, y la repetición de actos, el hábito primero, y luego el sentimiento), sucede igual que con los demás cuerpos de doctrina análogos. Aun cuando nadie inventa de pronto y totalmente doctrina ni religión cerrada alguna, sino que todos se dejan conducir bastante por los carriles que encuentran hollados, pagando así tributo a la poderosa divinidad que lleva el nombre

---

(1) Y aun quizá siempre; por más que la concepción religiosa de tal o cual persona, ya individual, ya colectiva, tenga siempre por base y antecedente un estado afectivo (¿temperamental?), del que aquélla es expresión externa, aunque también, por su parte, luego contribuye a fomentarlo y solidificarlo, o, al revés, a debilitarlo.

de rutina, sin embargo, es posible distinguir, respecto del particular, grados diversos. Hay quien se hace, hasta cierto punto, la religión (o la metafísica, o la teología) por sí y para sí, rechazando toda imposición externa, en cuanto tal, en materia religiosa (en asuntos de conciencia, de *conscientia*, de independencia del espíritu, de construcción mental filosófica, guía del propio hacer), y hay, por el contrario, quien, renunciando, aun no reflexivamente, sino por presión rutinaria, a «meterse en dibujos», recibe sin previo examen la doctrina (el credo) que otros le presentan, y comulga con el pan por otros amasado, aun cuando tenga que tragar, no hostias, ruedas de molino. De estos últimos pudiera decirse que no piensan, cuando menos en asuntos religiosos, sino que tienen encomendada a otros la misión de pensar por ellos. Los primeros, en cambio, tienen una religión que vive de la razón más que de la fe, es decir, una religión racionalista.

No estorba, para ser así, que se trate de creyentes o fieles de una religión positiva, dogmática inclusive. Como figuran en ella por convencimiento propio, porque lo estiman racional (prestando a la misma el consabido *rationabile obsequium*), son de hecho tan racionalistas como los que por antonomasia reciben este nombre. Fundamentalmente, no tienen otro criterio que el del libre examen. Hacen un análisis o estudio de los dogmas, doctrinas y preceptos de la religión positiva de que se trate, y encontrando razones suficientemente poderosas de credibilidad, toman la resolución de someterse a ella y aceptar sus enseñanzas y la dirección de sus autoridades de ahora para siempre, sin necesidad de estar a cada paso repitiendo la misma operación. Es procedimiento que estamos usando continuamente y en multitud de cosas los hombres cuando, después de haber examinado un problema y formado juicio sobre él, archivamos este juicio en nuestra mente para aplicarlo, sin nuevo examen, en todas las ocasiones análogas que vuelvan a presentarse. Y por eso, en asuntos religiosos se nos hacen tantas predicaciones y explicaciones, desde el púlpito o en cátedras

y libros *ad hoc*—cátedras y libros *de locis theologicis*, o de apologética,—con el objeto de ganar nuestro espíritu y de constituir nuestro convencimiento en base de nuestra fe.

El resultado es igual. Fe asentada sobre la más pura rutina, efecto de la presión ejercida por los hábitos sociales seculares, o fe apoyada sobre juicios previos, reflexiva y trabajosamente formados, acaban siempre ambas por esclavizar mentalmente a los respectivos sujetos. Cuando la fe domina, y domina entre los hombres casi por completo, bajo diferentes formas y en territorios muy varios, el que la tiene no es dueño de sí, sino que se halla entregado rendidamente a la dirección ajena. El creyente, lo mismo en materia religiosa que en otra cualquiera, es un «borrego», miembro de un rebaño apacentado por el pastor, único que puede mirar libremente a todos lados y elegir sus propios caminos. Mientras el ejercicio de la razón trae como consecuencia el dominio mental que lleva el nombre de ciencia (conciencia de las cosas sabidas «a conciencia»), y el sentimiento (la conciencia) de este dominio engendra la fe en sí propio, y, en lo tanto, la repugnancia a la sumisión ajena, por el contrario, la renuncia a la actividad mental propia, renuncia que a toda manera de fe acompaña en aquello sobre lo cual recae, coloca al hombre en una actitud de forzosa dependencia. Si el creyente, ora en personas (de su confianza, sea por el motivo que quiera), ora en cosas, relaciones, instituciones o sistemas, declina necesariamente su personal pensamiento, descansando en la confianza de que el trabajo de otro le ha de salvar y sacar de atolladeros (en cuestiones de creencia, de ciencia, de gobierno, de educación, de táctica y lucha, de ganancia económica, de coste y construcción...), el racionalista, al revés, tiene que ser un independiente y un rebelde que, necesitando «ver por sus propios ojos para creer», no se resigna a cerrarlos, encomendando a otros la misión de mirar por él y de irle señalando lo que ha de decir y afirmar, a la manera de los apuntadores de teatro.

Claro es que la personal visión alcanza muy poco y que la

conciencia de uno (el ejercicio de su razón, el examen razonado de las cuestiones) ni puede a la vez aposentarse sobre varias cosas, ni tampoco le es posible abarcar y dominar, por medio de su actividad sucesiva, un gran número de éstas. Lo mismo el horizonte del llamado por alguien «saber vivo», que el del saber almacenado poco a poco en el curso de la vida de cada individuo y por efecto de los esfuerzos mentales de éste, son reducidísimos. Pero el racionalista que verdaderamente funcione de tal y no quiera meterse en terreno vedado se parará ahí, dejando a cada cual libre para que, desde tales límites en adelante, se despache, si quiere, a su gusto, e imagine o presuma cuanta realidad y formas o posiciones de realidad tenga por conveniente. El mismo sujeto puede a la vez ser racionalista y creyente y dar pasto tanto a su razón como a su fe: lo primero, en aquellas materias que, «entregadas a las disputas de los hombres», haya examinado por sí, de manera que los juicios que formule sean la expresión de razonadas e íntimas convicciones; lo segundo, con relación a asuntos u órdenes de realidad cuya existencia ni siquiera le consta positivamente, por estar del todo fuera del alcance de sus medios exploratorios, o a cuyo estudio especial no haya podido consagrarse, dejándolo reservado a otros individuos, a los que tiene que pedir las luces y auxilios correspondientes, para aprovecharlos confiadamente, ya de un modo incondicional, o ya provisionalmente, hasta tanto que él mismo se entregue a la respectiva investigación.

La relación inversa entre la ciencia y la fe se manifiesta, pues, en más de un sentido. A medida que se ensancha el horizonte del saber personal, va estrechándose el otro, a cuyas expensas se verifica el aumento del primero. Mas aun cuando se llegara a conocer y dominar mentalmente todo aquello adonde las fuerzas humanas pueden alcanzar, siendo entonces el hombre—todo hombre—el único director racional de su conducta y sus movimientos (especie de inteligencia pura que ilumina todos los caminos a la propia actividad), todavía queda-

ría subsistiendo un más allá ignorado, alimento de las construcciones imaginativas y, por lo tanto, de la fe. El más sabio y reflexivo se tropieza siempre con un *noumeno* inconocible y se ve obligado a confesar un *ignoramus*, y hasta un desalentador *ignorabimus*.

Por esta causa, la fe engendra en nosotros encogimiento y actitudes de súplica y poquedad (plegarias, arrodillamiento, actos de culto y desagravio, ofrendas para ganarse la voluntad y benevolencia del poderoso, etc.); pero también un estado de tranquila satisfacción, proveniente de la confianza en que todo nos lo han de dar pensado y hecho, no quedándonos a nosotros otra cosa sino conformarnos con los designios ajenos, secundándolos y cumpliéndolos sin preocupación alguna, como objetos lo más inertes posible, que se dejan llevar a cualquier sitio sin la menor protesta. No hay gente más feliz que la que no tiene que pensar en nada, aun cuando su felicidad sea poco intensa, por tener un carácter bastante superficial y calar muy poco adentro. El mejor tipo del hombre feliz es el idiota. En cambio, la resignación, y tanto más cuanto más alegre y menos madurada, trae consigo el estancamiento, porque el satisfecho y resignado, no sintiendo la carencia de nada, a nada aspira, ni se esfuerza por conseguir mejora de ninguna clase. Para los resignados, faltos de todo ideal, cuanto sucede en el mundo está conforme con la justicia; lo que es y lo que debe ser se confunden; y en todo caso, de haber entre ambas cosas algún desequilibrio, no es a ellos a quien corresponde deshacerlo. Las injusticias de «aquí abajo», v. gr., quedarán remediadas en otro mundo, y serán otros los que se encarguen de ponerlas remedio.

De manera muy distinta ocurre con la ciencia y la razón, escrutadoras por su misma índole. Descontento de sí el respectivo sujeto, pero no confiando sino en sus fuerzas propias, tiende siempre a conseguir alguna situación nueva, lograda la cual, vuelve a surgir en él otro ideal distinto, con otros planes y otras apetencias. Y así, en serie interminable, constitutiva de lo

que se dice progreso humano. El espíritu del hombre se encara arrogante con la realidad que tiene a su alcance, para averiguar los nexos que en ella existen y conocer de esta manera los influjos de unas partes de la misma sobre las demás. En cuanto se penetra de ellos, y sabe, por consiguiente, cuáles sean sus relaciones de causalidad, se considera señor del medio que le rodea, y excluyendo del gobierno de aquella esfera toda intervención superior y extraordinaria, para no admitir sino causas segundas y procesos naturales, fijos, sabidos de él, viene a colocarse en la actitud de quien va adonde bien le parece y lleva las aguas por el cauce que más conveniente cree a sus personales finalidades.

La antinomia que en esto encontramos, la del progreso y la felicidad individual como términos incompatibles, no puede, a lo que parece, ser borrada mientras el hombre sea y pretenda seguir siendo lo que es. Si el hombre se siente *yo* y afirma su propia inconfundible e insubsumible realidad, también se tropieza, hasta como requisito indispensable para esta afirmación, con algo que no es él mismo, y en contraste con lo cual, mundo exterior y objetivo, habla también de la existencia de un mundo subjetivo y de conciencia, donde se fragua el conocimiento, y juntamente con el conocimiento, los deseos y los ideales.

Todo lo que gane cada uno de esos mundos, lo gana a expensas del otro. La «objetividad» que se reclama a menudo para todo, y singularmente para los juicios (cosa esencial e imprescindiblemente subjetiva), objetividad que quiere decir tanto como equidad, ecuanimidad, imparcialidad, impersonalidad, indiferencia—según los casos,—implica siempre el sacrificio del mundo subjetivo y de los particulares puntos de vista, no sólo en cuanto a intereses de esta o de la otra clase, sino también, con frecuencia, en cuanto a las opiniones. Ser «objetivo» significa muchas veces abdicar del propio parecer y deferir al de otros, descansando en él y renunciando a hacer investigaciones, o dejando aparte las practicadas. Eso supone el

llamado criterio lógico de autoridad, y aun algún otro, tan fuertes en ocasiones, v. gr., en asuntos de valoración moral, que rara vez se atreve uno a oponerse a ellos.

El supremo ápice de la vida humana parece la renuncia total a la misma. Lo más humano de la vida es, según se dice, la vida moral, y lo más moral de todo es el sacrificio y la abnegación, no ya sólo de los juicios y las opiniones, sino de la persona entera. El que disuelve la suya en el océano de las exigencias objetivas, sin pretender hacer valedera su particular realidad frente a la realidad de fuera, ni buscando su propio bien (las finalidades por él y para él creadas dentro de su mente), sino, por el contrario, el bien ajeno, ése parece que se conduce moralmente. Pero ése necesita también ser un hombre de gran fe, y, en cierto modo, de ninguna conciencia, de ninguna ciencia, de razón adormecida. La posición mental de un Kidd y de los que como él piensen acerca del particular es, quizá, exacta. ¡Y quién sabe si más acertado aún el panteísmo nirvánico que, renunciando a la noción de individualidad, no ve en cada individuo, con su aparente subjetividad consciente, razonadora y finalista, sino una minúscula parte del Gran Todo, en cuyo seno ha de vivir satisfecho, entregándose a él rendidamente, con la fe infinita que cabe tener en un Todopoderoso! Esta sería también, si fuese posible, y a lo menos en algún respecto—no tampoco en todos,—la suma y máximamente tranquila felicidad.

P. DORADO

# LA AMÉRICA MODERNA

---

La revisión de la historia colonial de España. Tendenciosidad de la literatura francesa.—Los hechos.—Labor americanista de las Cortes de Cádiz. Los americanos doceañistas. Declaraciones y Decretos. La emancipación colonial como fenómeno bio-sociológico. El mercantilismo y su política colonial en los Estados europeos. Inglaterra, Holanda y España. La imparcialidad histórica. Puerto Rico en el Centenario de las Cortes de Cádiz.—Los indios del Putumayo. Filiación étnica. Vestigios de los Incas.—Páginas económicas. Doce años de comercio argentino.—Estadísticas. La industria azucarera en Cuba. Un informe consular. Producción, coste y beneficios. Capital americano invertido en Centrales cubanas.

Difícilmente se encontrará una literatura tan tendenciosa como la literatura francesa. Y no me refiero exclusivamente a las labores retóricas al hablar de literatura; hay que entender el vocablo en su más amplia expresión, que alcanza a toda la bibliografía acumulada sobre cualquier rama de los conocimientos humanos. La lógica racional, la verdadera lógica subordina la conclusión al razonamiento; la lógica de la pasión, la falsa lógica, subordina todo el razonamiento a la conclusión que se apetece de antemano. Esta suele ser la lógica que campea con harta frecuencia en la literatura francesa, por desgracia; sobre todo, cuando de la cultura ajena hay que hablar o poner en parangón con la nacional. Esto explica que muchos autores franceses hayan entrado a saco en el teatro español, y

se hayan aprovechado de él, sin nombrarle, por supuesto; no hay que hablar de los procedimientos que ponen en práctica cuando tienen que juzgar culturas rivales como la alemana.

En Francia existe la pretensión de regir moralmente a los países hispano-americanos y aprovecharse de paso, de las ventajas que tal ascendiente moral les puede proporcionar; y como España es la concurrente en este sentido, de Francia, los escritores franceses no titubean en arremeter, con razón o sin ella, contra todo lo que tenga procedencia española. Ahí está la obra de Huret sobre la Argentina, que no es más que una serie de crónicas pegadas, para confirmar lo que voy diciendo. Los editores franceses se dan buena maña para lanzar al mercado una serie de libros sobre América, en los cuales campea la tendenciosidad contra España de manera poco escrupulosa. Y es lamentable que algunos de tales libros lleven la firma de hispano-americanos. El pie de imprenta parisino viste mucho; sobre todo, entre los que viven en la superficie de las cosas; además, hay quien cree tontamente que para demostrar que se es capaz de juzgar una cosa o un pueblo, basta con despreciarle. En España, el sentimiento nacional no es aún bastante vigoroso; está en los momentos presentes en franca gestación y no reacciona con la fuerza deseable contra tales insidias. Por eso vemos que algunos de los libros tendenciosos a que me refiero, son traducidos rápidamente al español, sólo porque llevan la etiqueta francesa y ofrecen buen aspecto de condiciones editoriales: título sugestivo, tamaño reducido y apropiado para las mentalidades perezosas, claros, superficiales, etc., etcétera. Indudablemente que los alemanes se guardarían mucho de traducir ni de propagar en forma alguna cualquier impreso que fuese considerado, con razón o sin ella, como depresivo para Alemania. Heine era Heine, y aún no ha podido tener un monumento en Alemania, sólo porque fustigó las flaquezas de los alemanes.

Entre nosotros, es otra cosa; muchos han tomado el desdén a todo lo nacional por europeísmo.

Renuncio a citar nombres de autores que han demostrado esta pasión de la tendenciosidad; sólo me entretendré en escarbar algunos libros y mostrar cuán malparada queda la Historia en sus manos, y llenaré, a ser posible, los huecos que los escritores dejaron en sus páginas.

La mayor parte de los comentaristas de la emancipación de la América española han exaltado hasta la saciedad el influjo de la Revolución francesa en el movimiento separatista. La metrópoli española ha quedado retratada por ellos como un cuerpo envuelto por una cogulla o por una chilaba. Apenas hay quien se haya dedicado a examinar la obra liberal que España realizaba en las Cortes doceañistas a favor de las colonias americanas, se afirma que las colonias se acogieron a los principios de la Revolución para conseguir mayores libertades que las que disfrutaban, como si de ninguna otra parte hubiesen obtenido la libertad racional a que un país colonial tiene derecho. Contra esto hay que afirmar rotundamente que la metrópoli, si no conservó las colonias, no fue precisamente por falta de espíritu liberal y de otorgamiento o reconocimiento de derechos, sino por falta de... fuerza material bastante para conservarlas.

García Calderon hace una referencia muy ligera de la labor doceañista relativa a América en su libro ya comentado por mí; en la mayor parte de los autores este gran capítulo de la historia española se pasa por alto. En el libro de Levillier, *Les Origenes Argentines*, recientemente traducido al castellano, no hay ni asomo de la labor liberal de las Cortes de Cádiz. Con testimonios altamente imparciales, como el del ilustre americanista Rafael María de Labra, se podrá ver lo que pensó y otorgó España a sus colonias de América. He aquí una síntesis:

Al principiar el siglo XIX, la América española estaba regida por la Novísima Recopilación de Carlos IV y la Recopilación de Indias de Carlos II. La transformación del régimen a que estaban sometidas las colonias comienza en 1809, en la cé-

lebre Declaración de la Junta Central, en la cual se afirmaba que las colonias españolas no eran factorías ni otras dependencias análogas como las de otras naciones, sino parte integrante y esencial de la nación española. Cuando se convocan las Cortes se invita a las colonias a que envíen sus representantes para que, con los de la Península, deliberen y resuelvan en Cádiz.

En la gran labor de las Cortes se ven Declaraciones y Decretos que modifican esencialmente las relaciones de la metrópoli con sus colonias. Las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz, que funcionaron desde 1810 a 1813, desarrollaron un conjunto de libertades para el mundo colonial español verdaderamente extraordinario. En ellas había 305 diputados, de los cuales 56 eran americanos. La mayoría procedían del Perú, Méjico, Ecuador, Centro América, Cuba y Puerto Rico. La Cámara contó 37 presidentes, y de éstos fueron americanos 10. Los nombres de Morales, Duárez, Castillo, Guridi, Alcoser y Gordoá, catedrático y sacerdote mejicano que presidió la última sesión de Setiembre, demuestran la influencia que tuvieron los americanos en el movimiento y formación del régimen liberal de España, por una parte; por otra, el respeto de los revolucionarios españoles para las colonias americanas. No fue escasa la proporción que los americanos tenían en la organización de las Cortes; en comisiones tan importantes como fue la Comisión constitucional, de 21 miembros, cinco eran diputados americanos.

Un americanista tan docto como D. Rafael María de Labra, describe así la participación de los americanos en las Cortes (1).

El gran poeta ecuatoriano Olmedo fue el secretario de la Comisión permanente.

Mejía Lequerica, de Quito, de extraordinario saber, y que murió a los treinta y seis años, fue uno de los dos grandes ora-

---

(1) Labra: *Las Declaraciones y los Decretos de las Cortes de Cádiz sobre América*. Madrid, 1912.

dores de la Cámara, donde cautivó la atención general, por su sinceridad y su elocuencia, el teniente coronel Inca Yupangui, de la raza india.

El profesor detalla las principales Declaraciones y los más salientes Decretos de carácter americano de las Cortes de 1810 a 1813. Destacan, en primer término, los que garantizan la intervención de América en el Gobierno de España. A esto responde el decreto de 24 de Setiembre de 1810, que recoge y ensancha la declaración expansiva de la Junta Central de 22 de Enero de 1809, por cuanto el primer artículo de la fórmula de Muñoz Torrero, que declara la *legitimidad de las Cortes constituidas* en San Fernando y su representación de la *Soberanía nacional*, consagra espléndidamente la autoridad de los diputados americanos que votaron este artículo al mismo tiempo y con el mismo derecho que los diputados peninsulares. Esta investidura de representantes de la Soberanía nacional española es ratificada por los artículos 27, 28 y 29 de la Constitución del 12, relativos a la autoridad, la composición y los derechos de las Cortes.

El decreto de 15 de Octubre de 1810 es el resumen de todas las declaraciones formuladas anteriormente en favor de la igualdad de españoles y americanos, y dió mucho juego en todos los debates e incidentes posteriores de la vida política ultramarina.

Conviene recordarlo al pie de la letra. Dice así:

«Las Cortes generales y extraordinarias confirman y sancionan el inconcuso concepto de que los dominios españoles en ambos hemisferios forman una sola y misma Monarquía, una misma y sola Nación y una sola familia, y que, por lo mismo, los naturales que sean originarios de dichos dominios, europeos o ultramarinos, son iguales en derechos a los de esta Península, quedando a cargo de las Cortes tratar con oportunidad y con un particular interés de todo quanto pueda contribuir a la felicidad de los de Ultramar, como también sobre el número y forma que deba tener para lo sucesivo la represen-

»tación nacional en ambos hemisferios. Ordenan, asimismo, las  
»Cortes, que desde el momento en que los países de Ultramar,  
»en donde se hayan manifestado conmociones, hagan el debi-  
»do reconocimiento a la legítima autoridad soberana, que se  
»halla establecida en la madre Patria, haya un general olvido  
»de quanto hubiese ocurrido indebidamente en ellos, dexando,  
»sin embargo, a salvo el derecho de tercero.»

Funcionando las Cortes gaditanas, se iniciaron las declaraciones especiales relativas a la igualdad de españoles y americanos, la libertad personal, las libertades de industria y cultivo, el derecho de representación en Cortes y la opción a todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos. De todo eso tratan los decretos de 15 de Octubre de 1810 y 9 de Febrero de 1811, fortalecidos, a la postre, por los artículos 5.º al 9.º y 18 al 27 de la Constitución de 19 de Marzo de 1812.

El art. 1.º, votado el día primero (24 de Setiembre de 1810) de la reunión de las Cortes en San Fernando, es la ratificación de las afirmaciones y de la Convocatoria e Instrucción de la Regencia de 14 de Febrero de 1810, para las elecciones de América y Asia, en cuyo documento se dice: «Españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres... Vuestros destinos ya están en vuestras manos... Vengan vuestros representantes a contribuir con su celo y con sus luces a la restauración y recomposición de la Monarquía.» La declaración del 24 de Setiembre es el voto de la Revolución.

En tercer lugar, aparecen las leyes protectoras de los indios; el decreto de 16 de Diciembre de 1810, determinado en medio del mayor entusiasmo por la elocuente protesta del diputado Inca; el acuerdo de 14 de Junio de 1811, a propuesta del americano Larrazábal para la educación de los indios; el decreto de 14 de Marzo de 1811 suprimiendo los tributos especiales de todas las castas de América, y la ley de 9 de Febrero de 1812 (a instancia del elocuente y venerable centro-americano Castillo), aboliendo en absoluto las mitas y todas las cargas de los indios, todo eso se produjo por voto unánime, por aclamación

y en medio del mayor entusiasmo. Fueron discutidas las dos últimas leyes, pero sólo en vista de su mayor eficacia.

El problema de la esclavitud de los negros y el de la libertad mercantil fueron examinados por las Cortes doceañistas, pero no los resolvieron dada su trascendencia, que requería una mayor madurez. La Constitución no habla de esclavitud, pero no la deroga. Deja fuera de la ciudadanía española a los hombres tenidos por originarios de Africa, y admite que puedan adquirir la libertad.

Conviene hacer notar que la esclavitud no la defendió nadie, y, además, el estado de la opinión europea era poco propicio para la abolición, merced a la consternación que produjo la guerra de los negros y la catástrofe de Santo Domingo, de 1804. También hay que recordar que Napoleón había restablecido la esclavitud y la trata en 1802. Por otra parte, la abolición implicaba, según el pensamiento de los legisladores, la indemnización a los señores, y durante los años de 1811 y 12, lá miseria fue general.

Así y todo, la legislación española en cuestión de esclavitud fue siempre muy superior a todos los demás Códigos negros del mundo. Humbolt lo reconoció francamente. Después, Cochin lo ha proclamado y justificado con pruebas indiscutibles, frente al texto de todos los Códigos negros conocidos.

En cuanto a la libertad mercantil, hay que decir que esta solución se planteó en el seno de las Cortes, combinada con el problema de la mediación inglesa en América, para recabar la sumisión de los americanos revueltos. Las Cortes, después de grandes resistencias, al fin se prestaban a casi todo; pero fracasaron las negociaciones en 1812 por la insistencia de Inglaterra en intervenir en Méjico y la resistencia de España a admitir su mediación fuera de Venezuela, Costa Rica y el Sur de América. Así y todo, se votó la resistencia por no considerable mayoría.

A pesar de todo esto, y por otros motivos que piden especial examen, porque no han sido todavía bien estudiados, y

muchos fueron desconocidos por los que con gran pasión han escrito sobre el particular, la guerra americana continuó. Con la Reacción del 14 terminaron las últimas relaciones de simpatía.

El año 25 era un hecho definitivo la separación; parecían consolidados los efectos del tratado de Córdoba, de Méjico y de la batalla de Ayacucho del Perú. De La Plata no había que hablar después de 1816. Y desde el año 52 al 54 continuaron separados América y España, realizando separadamente su evolución política de modo no tan diferente como por lo común se cree. Allá y aquí se peleó rudamente por una organización estable y liberal. Y los principios de 1812 se invocaron frecuentemente aquí y allá. El año 36 (4 de Diciembre) se hizo la ley española, que autorizó el reconocimiento de las Repúblicas hispano-americanas. Comenzaron y desarrollaron satisfactoriamente los tratos diplomáticos, y la inmigración española en América tomó enormes proporciones a partir de 1850. Primero vino el reconocimiento de Méjico, Venezuela, Chile... A partir de 1850, se generalizó la reconciliación. Después de 1870, tomó extraordinaria viveza, y de 1883 es el tratado de España y el Ecuador, que puede señalarse como un gran progreso en el Derecho internacional.

Nuestra política colonial de esta última época dificultó lo indecible la marcha de la intimidad hispano-americana. Pero desde 1910 han cambiado grandemente las cosas. Entre otras causas de este satisfactorio cambio destacan la expulsión de España de América por los norteamericanos, en medio de la indiferencia europea; los progresos y las jactancias de la propaganda panamericana; los adelantamientos y las susceptibilidades de las Repúblicas españolas de América, celosas de su personalidad; el desarrollo excepcional e imponente de la inmigración española en el mundo suramericano, y la ruidosa y entusiasta celebración de la Independencia de aquellas Repúblicas por americanos y españoles.

Tras esto aparecen a última hora: 1.º, la Conmemoración

de las Cortes de Cádiz, a las cuales hay que referir la última voz y la última manifestación del espíritu hispánico en el siglo XIX; y 2.º, el desarrollo de la propaganda americanista, con carácter popular en España, y muy especialmente en el litoral de la Península española.

Cualquiera de estos hechos sería suficiente para producir un profundo cambio en la marcha de las cosas hispano-americanas.

No fue, pues, falta de libertades lo que empujó a las colonias a la separación de la madre Patria en el Imperio colonial español, como no fue tampoco esta la causa de la separación de las colonias británicas de Norte América; ha sido sencillamente la producción de un fenómeno biosociológico que ha tenido en el transcurso de la Historia constante repetición: la segmentación por suficiencia de vitalidad en las colonias a semejanza de lo que ocurre con la reproducción celular. Erróneo es buscar una explicación a la emancipación de los hijos en otras causas que no sean las que determinan la separación con la adquisición de cierta personalidad; un efecto de gravedad orgánica es lo que en todo caso empuja hacia la vida libre, aunque los primeros pasos de la nueva personalidad en la vida sean indecisos o desorientados. En último resultado, lo que podrá probar el estado de agitación o de anarquía en que caen las nuevas personalidades, es que la madurez en ellas no es suficiente; lo que, por otra parte, justifica también la restricción tutelar a que estaban sometidos; pensar de otra manera, es interpretar la Historia caprichosamente.

Las restricciones económicas de la época colonial no constituían un régimen inaudito, como algunos erróneamente sostienen. La política colonial de España (hay que repetirlo muchas veces) fue la aplicación del sistema imperante en Europa desde el siglo XV al siglo XIX, sistema conocido con el nombre de mercantilismo. En el orden colonial, el mercantilismo tendía a establecer la dominación sobre las colonias y a explotarlas económicamente; a la organización del comercio para Eu-

ropa, de tal suerte, que el Estado conquistador había de tener más que la primacía el poder absoluto, dice Schmoller (1). Tal política colonial resultó para todos los Estados europeos bañados por el Océano, una parte esencial de su política económica nacional y de su política comercial; tal dirección económica conducía a la subordinación de la economía de las colonias a la economía nacional de la metrópoli.

El desconocimiento de tales hechos y doctrinas hace escribir a Levillier, en la obra ya citada, y escrita en francés, naturalmente, y traducida al español, desgraciadamente, rapsodias de bárbaro criterio histórico y económico, en las cuales aparece la acción española como una excepción, como cosa tiránica, es decir, como un hecho moral condenable, en vez de ser examinado como un resultado de la evolución económica por el que fatalmente había que pasar. Mas terribles restricciones que las que escandalizan al autor citado, estableció Holanda en su comercio colonial. Las Compañías monopolizadoras del comercio holandés acaparaban el comercio en el Asia mediante amañes con los príncipes asiáticos; los navíos que no eran holandeses, tenían que pagar un permiso holandés que costaba 6.000 a 8.000 florines; los holandeses al servicio del extranjero no podían ir a las Indias orientales (1617, 1632); sólo las mercancías holandesas podían llegar a las colonias asiáticas, y los holandeses vendían las especies en Europa, de ocho a doce veces más de lo que costaban. Durante un siglo, los dividendos de la Compañía oscilaron entre 12,5 y 75 por 1.000. Con tales medios que tenían la virtud de abrir al comercio apartadas regiones, y crear la economía capitalista en el orden comercial para mayores desenvolvimientos, se expandía el comercio holandés. Inglaterra, la llamada liberal Inglaterra, no era menos parca en el empleo de medios monopolizadores para el engrandecimiento de su comercio. Las célebres actas de navegación simbolizan la tentativa mayor que se ha

---

(1) Schmoller: *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre*.

hecho, y no con medios liberales ciertamente, para acaparar la navegación en beneficio de la misma Inglaterra. Se reglamentó la clase de buques que podían conducir las mercancías a Inglaterra, la nacionalidad y proporción de los tripulantes, la vía comercial de las mercancías coloniales (*enumerated articles*); se prohibía el cultivo del tabaco, el establecimiento de industrias de fundición, refinerías de azúcar y pesca de la ballena; otros artículos coloniales estaban prohibidos a la importación en la metrópoli... «Era un sistema de medios violentos— escribe Schmoller,—empleados para aniquilar la marina mercante rival, y elevar la inglesa, para hacer de este país el mercado más aprovisionado del comercio *d'entrepôt* para someter las colonias al servicio de la economía nacional de la metrópoli, para conseguir buenas salidas a la industria inglesa.» El sistema fue exagerado por Inglaterra a partir de 1748, y más aun en 1763; entonces prohibió brutalmente toda industria en los Estados de Nueva Inglaterra, y arruinó así la Jamaica. Kant decía así de Inglaterra: «Inglaterra es el Estado más violento, ambicioso y agresivo. Por la violencia ha arrebatado a los otros Estados de Europa la mayor parte de sus colonias, tan valiosas en la actualidad. Una gran parte de la riqueza que adquirió en el siglo XVIII proviene de su sangrienta trata de negros, de la sumisión bárbara de los indios, de sus plantaciones con esclavos en la India occidental (Jamaica) y del sistema de vías marítimas. Su norma de conducta ha sido no respetar la propiedad de sus enemigos en el mar. Ninguna nación durante sus guerras ha dado una autorización mas amplia a los corsarios privados, los buques mercantes amigos o neutros, bajo pretexto de que llevaban material de guerra, como lo ha hecho Inglaterra. De esta suerte, centenares, miles de navíos, cayeron en manos de los ingleses; Macpherson ha estimado el valor de muchos de ellos en 15.000 y 300.000 £.» Recuérdese que Crómwell hizo la guerra a Holanda utilizando los navíos de guerra y sus cañones de bronce para apresar 1.600 navíos a los holandeses. Expoliación, crueldad, arteria... A pesar de esto

nunca se deja un grano de incienso por quemar cuando de la civilización y del gobierno colonial inglés se trata. El gran bardo lusitano, Guerra Junqueiro, clama así contra la moral de Albión:

.....  
 ¿Qué deben tus colonias a tu gran corazón?  
 La hipocresía, la Biblia, el aguardiente:  
 la mortaja de Cristo les diste largamente  
 partida en taparrabos de punto de algodón.

Vendes amor a metros con tus manos bastardas,  
 y vendes a tu Dios solo atenta a tu fin;  
 ¡de su vieja cruz haces culatas de espingardas,  
 su cuerpo le conviertes en pólvora y bombardas,  
 su sangre la transformas en aguarrás y gin!

Tus apóstoles van, prostituta insolente,  
 con el fin de salvar a la negra ralea,  
 en busca de los negros de Oriente y Occidente,  
 bautizándolos en Jordanes de aguardiente,  
 mostrándoles tu Dios en tu hostia—¡la guinea!

Y España tuvo que luchar con fuerzas muy desiguales. No solamente tenía que gobernar un gran Imperio colonial, sino que defenderse contra las piraterías de ingleses y holandeses, que le sembraban de espinas el camino de América. Lógicamente tenía que buscar en un recrudecimiento del mercantilismo, a veces, el sustitutivo de la fuerza militar que no poseía. Y en muchas ocasiones no era la agudización del mercantilismo lo que hacía muy restrictivo su gobierno colonial, sino la mala aplicación, como dice Schmoller, de los principios mercantilistas de general aplicación europea.

¿Se condena el procedimiento español en América? Fuerza es, pues, condenar, no a España, sino al sistema seguido por los Estados europeos expansivos. Y si de la historia colonial de España se habla y se hace resaltar el procedimiento de ex-

plotación colonial, deben los que se entreguen a estas complacencias de erudición de tomos en octavo, no olvidar el recuerdo de aquellos países, que por ser hoy poderosos no están exentos de los expurgos históricos.

\*  
\* \*

Recuerda la página elegíaca del suspiro del moro granadino un episodio ocurrido en la sesión parlamentaria de los festejos del Centenario de las Cortes de Cádiz, recientemente celebrados. El delegado de Puerto Rico habló ante todos los representantes de las Repúblicas hispano-americanas y ante los delegados españoles, invocando el alma de la raza, la historia común de las Repúblicas que brotaron en América del tronco ibérico, para que librasen a Puerto Rico de la situación en que yacía, y en la cual se vislumbraba un presagio de muerte. La raza del Norte de América va absorbiendo la población portorriqueña, y ésta, como cuerpo extraño en el conjunto de los Estados Unidos, lentamente se disuelve, muere... Los hispano-americanos ya tienen demostrado, por boca de un portorriqueño, lo que pueden esperar de su acercamiento a los Estados Unidos. Sí, los Estados Unidos tienen mucho dinero, saben urbanizar muy bien las calles, etc., etc., pero no dejan en libertad a los pueblos que se anexionan. Hay un derecho de personalidad que es superior y más caro que los más liberales entre todos los consignados en las cartas constitucionales: el derecho de la personalidad étnica, y personalidad étnica quiere decir historia propia, hogar, moral, costumbres, gobierno, todo lo que de un solo trazo borran los conquistadores en los pueblos débiles.

Ciertamente que si se hace la estimación material de las ventajas que ofrecen las uniones de pueblos, no hay motivo alguno para que los débiles no se unan con los fuertes; pero si se hace la estimación moral, las ventajas materiales se transforman en resultados negativos. La comunidad material, de la

qual es una muestra bien clara la asociación mercantil, no puede encerrar nunca el modelo de las comunidades para la vida total humana. Hay una forma de comunidad humana en la cual se funde la vida sentimental, cuya razón de ser estriba en fundamentos puramente altruístas, exentos de cálculos materiales. Cuando un hombre se detiene ante la frontera del pueblo extraño, es porque advierte la existencia de una frontera moral; cuando la traspasa en emigración forzada, la añoranza le recuerda el suelo natal. Un rebaño no advierte la existencia de las fronteras, sigue tan sólo el curso de la pradería.

La voz de la infeliz Borinquén es el alerta a todas las Repúblicas del mar Caribe.



El Putumayo es una región enclavada entre los Andes y las fronteras del Brasil; constituye una región la menos explorada del Perú. En ella viven unos indios que pertenecen a la población aborígen del Perú, indios que, hasta no hace muchos años, habían podido escapar a los terribles efectos de la concurrencia de otras razas más preparadas para la lucha; vivían sin comunicación con los demás pobladores, eternizando en las selvas vírgenes el tipo aborígen de aquellas regiones americanas. Hace un siglo constituían una masa de población que se calculaba en 100.000 almas, y en los últimos años en 50.000; pero en realidad no cuenta más de 10.000, dadas las emigraciones de la población hacia las comarcas del Norte, adonde no llegaban ni llegan aún los explotadores del caucho.

No son estos indios tipos verdaderamente salvajes; sus caracteres étnicos y psicológicos les diferencian mucho del tipo salvaje africano. Son tipos grandes y fuertes, erguidos y musculosos; su mirada carece de dureza. Le repugna la efusión de sangre; pero son bravos e inteligentes. Su espíritu de independencia les lleva a apartarse de todo contacto extraño, y viven en las selvas, dedicados al cultivo rudimentario de la tierra.

Están organizados en tribus en número de seis o siete; su lenguaje es el dialectal, distinto entre ellos, y que viene a ser la corrupción de una lengua común ya olvidada. Guardan identidad en sus costumbres y trajes, si bien sus caracteres varían bastante.

Estas tribus constituían una población bastante numerosa. Esto atrajo, como plantel de esclavos, a los traficantes brasileños y portugueses, los cuales se ponían en contacto con ellos, de vez en cuando, para comprar o cazar esclavos. Los cursos de agua eran los caminos de que se valían los comerciantes de hombres para penetrar hasta los lugares en que se encontraban las tribus, sin que las leyes abolicionistas de la esclavitud, las mismas del Brasil, consiguiesen acabar con el infame tráfico. Los abusos han sido inenarrables; ha habido tribu que, como la de los hintotos, ha sufrido enormemente al ponerse en contacto con los hombres civilizados que formaban la «Compañía peruana del Amazonas», dedicada al comercio del caucho.

El contacto de otra raza más fuerte no les ha hecho cambiar; su misoneismo es tal, que prefieren continuar su vida primitiva con todas sus desventajas y la muerte de la raza, que transformarse en lo más mínimo. Viven al día, y lo único que les preocupa es llenar la necesidad de la alimentación. El vestido es el taparrabos en el hombre; en la mujer, nada. Su lujo está representado por las pinturas con que tiñen su piel y las plumas con que se adornan.

Viven en un régimen de comunismo. Su organización es la del clan, que comprende hasta unos 300 miembros, y cada grupo está presidido por un jefe hereditario. Su habitación la construyen en el corazón de las selvas. Descuajan un pequeño espacio, y en él construyen, con grandes troncos, la casa que les sirve de habitación. A modo de columna central levantan, troncos de trece y catorce metros de altura, y construyen la cubierta con hojas de palmera secas.

Alrededor de la habitación se hace el cultivo de la tierra,

pero de manera muy primitiva: no acumulan provisiones, y la caza les proporciona la carne, que de otro modo no obtendrían porque no conocen la domesticación de animales. Son, pues, un pueblo que vive en estado de naturaleza; sedentarios, pero sin los progresos de los pueblos sedentarios de la Europa primitiva, que supieron sacar partido del fuego, los metales y la cría de animales.

Esos son los descendientes de los Incas, según todas las descripciones de los viajeros y misioneros. Los indios del Putumayo de nuestros días son los ejemplares vivos de la población de la época de la conquista. Se cree, que huyendo de la dominación española, los indios llegaron a estos territorios para buscar el refugio de la selva. Su pasado quedó olvidado entre ellos, pero conservan vestigios de lo que fueron. No comprenden ellos mismos sus canciones, pero saben que las aprendieron de sus abuelos, en cuyo idioma se cantan; se acompañan con instrumentos musicales de los antiguos Incas, y en sus bailes de hemicíclo, con figuras complicadas, se ve también la tradición incásica.

El medio en que viven es triste y bravío, en plena selva; pero los indios son alegres y amantes de los colores chillones. En realidad no aman la selva, están más bien perdidos en ella; pero su incapacidad les recluye en la vida bárbara, en la cual han sido víctimas de las terribles persecuciones y martirios que recientemente han sublevado los sentimientos del mundo civilizado.

La triste actualidad es la que nos ha sugerido la idea de hacer este bosquejo de la antropología y psicología de los indios del Putumayo.

\* \* \*

El examen de doce años de comercio argentino ofrece los siguientes resultados:

Si nos limitamos al estudio comparativo desde 1906, nos

encontramos con que el intercambio total pasa de 562.224.350 pesos oro a 724.396.710 en 1910.

Las siguientes cifras expresan con toda claridad el importe total de la producción argentina desde 1900:

En 1900, 113.485.069 pesos oro; en 1901, 113.959.749; en 1902, 103.039.256; en 1903, 131.206.600; en 1904, 187.305.965; en 1905, 205.154.420; en 1906, 269.970.521; 285.860.683, en 1907; en 1908, 272.972.736; en 1909, 302.756.095; en 1910, 351.770.656.

Como se ve, el aumento es muy grande en 1910, alcanzando a superar en 47 millones y pico pesos oro a 1909, fenómeno fácilmente explicable, a causa de los gastos extraordinarios realizados con motivo de la Exposición del Centenario.

La exportación ha crecido en la siguiente forma:

En 1900, 154.600 412 pesos oro; en 1901, 167.716.102; en 1902, 179 486.777; en 1903, 220.934.524; en 1904, 264.157.525; en 1905, 292.213.829; en 1906, 296.204.369; 366.005.341, en 1907; en 1908, 366.005.341; en 1909, 397.350.528; en 1910, 372.626.055.

En 1911 se han exportado por todos los puertos y puntos de salida de la República, productos nacionales por valor de 326.697.328 pesos oro; cifra que, comparada con lo correspondiente al año 1910, denuncia una disminución de 47.928.517 pesos papel.

Los productos de la ganadería exportados durante el año 1911, lo fueron por un valor de 168.394.733 pesos oro, revelando un aumento, con respecto a las exportaciones verificadas en 1910, de 7.388.141 pesos oro, lo cual es debido mayormente a las exportaciones de animales vivos, carnes congeladas y enfriadas, cerda, cueros vacunos salados y secos, tasajo, sebo y huesos; las exportaciones de lana acusan una disminución, con respecto a 1910, de 18.563 toneladas, con un valor de 8.351.672 pesos oro. Los productos de la agricultura exportados en 1911 denuncian un valor de 139.764.386 pesos oro, o sea 56.817.233 pesos oro menos que en 1910; esta disminución

se debe a la merma considerable en las exportaciones de maíz (2.535.040) toneladas con 57.494.207 pesos oro menos que en 1910. Aumentos de significación se observan en las exportaciones de trigo y de avena: del primero se han exportado por valor de 8.472.806 pesos oro más que en 1910, o sea 80.675.066, y del segundo 11.666.291, esto es, un aumento de 3.523.716.

Los productos forestales exportados en 1911 suman pesos oro 12.254.604, o sean 1.680.079 pesos oro más que en 1910; la exportación de quebracho y de rollizos de quebracho ha sido de 68.431 y 438.216 toneladas, respectivamente; siendo mayores que en 1910 la de extracto de quebracho en 15.200 toneladas, y la de rollizos en 96.247 toneladas; en los productos de la minería se observa un aumento de sólo 25.436 pesos oro, con relación a lo exportado en 1910, y los productos de la caza y pesca acusan un valor de 334.401 pesos oro más que en el año anterior (1910).

El mayor valor de las exportaciones lo ocupa en el período decenal el año 1909, con 397.350.520 pesos oro, y el menor el año 1902, con pesos oro 179.486.727. Las exportaciones de 1902 fueron mayores, con respecto a las efectuadas en 1901 en 11.110.625 pesos oro; las de 1903 acusaron un mayor valor que las de 1902, de 41.497.797 pesos oro; las de 1904 denunciaron un aumento, sólo las practicadas en 1903, de pesos oro 43.173.001; las de 1905 fueron superiores a las de 1904 en 58.686.914 pesos oro; en las de 1906 se observa una disminución, con respecto a las de 1905, de 30.590.612 pesos oro; en las de su 1907 valor acusa un aumento sobre las de 1906 de 3.950.540 pesos oro; las de 1908 fueron superiores a las efectuadas en 1907 en 69.800.912 pesos oro, debido al aumento considerable operado en las exportaciones de avena, lino, maíz y trigo, que en ese año fueron de 6.104.319, 12.923.483, 11.902.886 y 46.114.863 pesos oro, respectivamente, más que en 1907; las de 1908 acusan un mayor valor que las de 1907 de 31.345.187 pesos oro; en las de 1910 fue menor el valor de los productos exportados que en 1909, en 24.724.473 pesos oro.

Si nos ceñimos al año 1911 y al 1910, la merma habida en el primero ha sido nada menos que 52,6 millones de pesos oro, y trayendo para la comparación todavía al de 1909, la misma relacionada con él resulta hasta 74.4 millones de pesos oro.

A pesar de tan gran disminución del valor exportado de los productos con los que había que pagar una parte de los crecidos compromisos que no sólo por su consumo de mercaderías extranjeras, sino también por sus obligaciones financieras, la República debe a los países europeos, la importación ha seguido creciendo en 16,6 millones de pesos oro, suponiendo para el cuarto trimestre (aún desconocido) un valor imputado de 92 millones de pesos oro, según parece autorizarlo un arduo sumario, habiéndose importado en el cuarto trimestre de 1910, mercaderías de un valor de 90,7 millones pesos oro.

\*  
\* \*

El tratado de reciprocidad entre los Estados Unidos y Cuba, negociado en 1902, otorgó a la introducción del azúcar cubano una bonificación del 20 por 100 en la tarifa aduanera de los Estados Unidos. Desde dicha fecha, Cuba ha entrado en un período de desenvolvimiento que ha sobrepujado las previsiones más optimistas.

Vastísimas zonas de tierra han sido puestas en cultivo: se han erigido nuevas Centrales; los viejos ingenios han sido renovados y ampliados, y se multiplican los proyectos para levantar en breve nuevas fábricas. Tan grande ha sido este desarrollo, que bien puede asegurarse que, si continúa en la misma progresión, Cuba será muy pronto la mayor productora de azúcar del mundo.

Por ese balance que arrojan las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos durante los últimos años, interesa mucho precisar cuál es la cuantía del capital americano actualmente invertido en la producción azucarera de Cuba. Un cuidadoso recuento de estas inversiones en Centrales, tierras, ferrocarriles

y demás equipos consagrados exclusivamente a esta industria, y excluyendo de ello los préstamos, arrojan un total de pesos oro de 54.000.000. En este cómputo entran, sin embargo, algunas Compañías constituidas en los Estados Unidos y poseedoras de obligaciones garantizadas por diferentes Centrales, pero cuyo «stok» de acciones está en manos de propietarios no americanos.

Pero este género de inversión responde a un muy pequeño tanto por ciento de esa totalidad.

La distribución de la cifra de totalidad de esas inversiones se reparte como sigue, entre las diferentes provincias:

|                    | <u>Pesos.</u> |
|--------------------|---------------|
| Pinar del Río..... | 750.000       |
| Habana.....        | 3.000.000     |
| Matanzas.....      | 5.750.000     |
| Santa Clara.....   | 14.500.000    |
| Camagüey.....      | 4.700.000     |
| Oriente.....       | 25.000.000    |
|                    | <hr/>         |
|                    | 54.700.000    |
|                    | <hr/>         |

En la parte occidental de la isla, el cultivo de la caña de azúcar propende a ser intensivo, pero en la parte oriental (Santa Clara, Camagüey y provincias de Oriente) continúa desarrollándose por el procedimiento extensivo.

El impulso dado a la industria por los últimos altos precios, y la perspectiva de que prosiga un período de precios muy remuneradores, ha llamado la atención de muchos capitales americanos hacia los beneficios que se obtienen en este campo. En vista de estos intereses, he considerado que será conveniente una breve descripción de los métodos de cultivo y de los costes de producción, a la vez que una estima de lo que puede requerir como coste de primer establecimiento una moderna Central en Cuba.

A este propósito, el informante ha recogido de los cultiva-

dores, de los ingenieros y de los empresarios de la industria los datos más corrientes respecto al coste de producción y a los beneficios que pueden esperarse.

Débase advertir, sin embargo, que todas estas cifras son sólo aproximadas y que en ellas entran muchos factores variables, como, por ejemplo: la situación del establecimiento, el precio del trabajo, el optar por maquinaria americana o europea; pero hemos puesto todo empeño en hacer un presupuesto de gran prudencia en el avalúo del conjunto.

Las dos partidas más importantes son la fertilidad y la adaptabilidad de la tierra y las facilidades para los transportes. El ideal de situación para una Central es la proximidad a un buen puerto, con ferrocarril propio de la finca para los transportes de la caña.

Sobre este primer supuesto, tomamos como base el caso de una Central en capacidad para producir al año 100.000 (cien mil) sacos de azúcar de 320 libras cada uno.

La tierra necesaria para todos los menesteres: campos, caminos, potrero, taller, vías, solares, etc., etc., se debe calcular alrededor de 20.000 acres (606 caballerías). La buena tierra para esto suele tener precio que oscila entre 6 y 10 pesos por acre (de 198 a 330 pesos), según la fertilidad del suelo y sus condiciones para la facilidad de transportes.

El presupuesto del total coste de primer establecimiento puede calcularse en la forma siguiente:

|                                                              | Pesos.    |
|--------------------------------------------------------------|-----------|
| 20.000 acres de tierra, a 10 pesos.....                      | 200.000   |
| Desmante y plantación de 5.000 acres, a 50.....              | 250.000   |
| (1.650 pesos por caballería.)                                |           |
| Boyada y carretería.....                                     | 60.000    |
| Ferrocarril y equipos.....                                   | 260.000   |
| Wharf (muelle embarcadero).....                              | 40.000    |
| Casa de máquinas y sus equipos.....                          | 800.000   |
| Oficina, cantina, casa de vivienda, hospital y barracas..... | 40.000    |
| Capital circulante.....                                      | 50.000    |
|                                                              | 1.700.000 |

Dos sistemas de explotación de cañaverales prevalecen en Cuba:

El sistema del cultivo por colonato y el sistema de cultivo por administración directa.

Por el primero, el propietario, reservándose la propiedad del suelo y el equipado de la casa de máquinas, y el hacer anticipos en efectivo a los colonos o terratenientes para que cultiven, corten la caña y la coloquen sobre los vagones, les paga en cambio a sus terratenientes, en remuneración de su trabajo, un tanto por ciento del azúcar envasada. Con preferencia también, el colono es propietario de su tierra y aperos, y en estos casos la base de la aparcería difiere únicamente en el mayor tanto por ciento del azúcar que se le abona. Estos tantos por ciento varían según las localidades y el número de Centrales en competencia; pero las comprobaciones más acreditadas dan como promedio para estos abonos azúcar equivalente al 5 por 100 de la caña entregada por el colono sobre vagón. Así, por cada cien arrobas (o sea 25.364 libras americanas) de caña entregada a la Central, el colono recibe 5 arrobas de azúcar, o su equivalencia en efectivo, según el precio corriente en el mercado.

El segundo sistema, o sea el de administración, consiste en que la entidad propietaria del Central lleva por sí los cultivos y todos los demás menesteres, ajustando los diferentes ramos de los trabajos con contratistas que los ejecutan bajo la inmediata inspección de los agentes de la Compañía propietaria. Una clase de contratistas ajusta las operaciones del cultivo; otras el corte, alza y acarreo de caña, etc., etc.

Este segundo sistema parece el más ventajoso, y por ello este informe se desarrolla sobre esa base.

En la provincia de Oriente, para desmontar y romper la tierra, hacer los guardarrayas y sembrar y cultivar la caña hasta su madurez (doce o catorce meses desde la siembra), resulta el coste a 50 pesos por acre (1.650 pesos por caballería).

La caña sembrada en buena tierra cañera produce anualmente 30 toneladas por acre (990 por caballería) durante los

diez primeros años. Al cabo de esos diez años necesita nueva siembra, y el coste del cultivo por año resulta a un promedio de 15 pesos por acre (445 pesos por caballería).

Tomando por base estos supuestos de generalidad, conviene plantar el primer año 5.000 acres, y rindiendo éstos un promedio anual de 30 toneladas por acre, producen un total de 150.000 toneladas por año.

Calculando que en la extracción de azúcar se obtenga un 10 por 100 del peso de la caña, se llega en centrífugas con 96 polarización a un en envase de 15.000 toneladas largas, o sea en junto 13.600.000 libras americanas.

El promedio del precio durante el decenio último para los azúcares de Cuba a c. y f. en Cuba (y no incluyendo los altos precios de 1911 y 1912) ha sido centavos 2,25 por libra. Debe, sin embargo, anotarse aquí que los altos precios de 1911 y las favorables perspectivas para las venideras cotizaciones ha elevado considerablemente este promedio.

Tal producción de azúcar centrifugada da además, aproximadamente, un millón de galones de melaza, cuyo precio suele ser alrededor de 3 1/2 centavos por galón a c. y f. en Cuba.

Dadas estas premisas, el ingreso bruto anual se constituye en las dos partidas siguientes:

|                                                | <u>Pesos.</u>  |
|------------------------------------------------|----------------|
| 33.600.000 libras a 96 pol., a 2 1/4 centavos. | 756.000        |
| 1.000.000 galones miel, a 3 1/2 centavos.....  | 35.000         |
| <i>Total del ingreso bruto.....</i>            | <u>791.000</u> |

Así, una Central situada cerca de la costa, sin tener que pagar fletes ferroviarios, puede, sobre esa base de ingresos y con eficiente administración, contener todos sus gastos, cultivo, corte, acarreo de la caña al conductor, fletes, carga y descarga de la caña, fabricación, administración, conservación, explotación, depreciación, amortizaciones, seguro, impuestos y demás costas, no excediendo de pesos 550.000, o sea a razón de centavos 1,60 por libra, y el saldo líquido del balance entre

el ingreso bruto y los gastos arrojará un remanente anual de pesos 241.000, o sea un beneficio neto del 14 por 100 para el capital invertido, que era 1.700.000 pesos.

Tal es el resultado que se comprueba, haciendo estima de mucha prudencia de los costes y beneficios de todas las operaciones de una Central moderna en Cuba, colocada en buenas condiciones. Este criterio de estrecha prudencia de avalúo ha presidido, tanto para el cálculo del capital necesario al primer establecimiento, cuanto para las partidas, cifrando el coste de producción, que se comprobarán, seguramente, más altas de lo que son en realidad para un gerente diligente, así como los precios resultarán también a promedio más alto que el apuntado.

Para subrayar esto, nótese que si tal Central ha realizado su producción a los altos precios que han sido corrientes durante la segunda mitad de 1911, habrá obtenido como ingreso bruto más de 1.400.000 pesos, o sea más de un 80 por 100 del total importe del capital invertido.

Cuidadosos estudios de la industria demuestran que sobre la base de un período de diez años como el último, una Central bien situada y administrada debe obtener como promedio un beneficio neto anual del 15 al 20 por 100 de su capital invertido.

Existen hoy en la isla 174 Centrales en actividad, de las cuales 34 son de propiedad exclusiva de americanos y dos parcialmente controladas por capital americano. Otro hecho interesante es que las Centrales propiedad de americanos producen cerca del 35 por 100 de la total producción de azúcar de Cuba. En Pinar del Río ellas producen más del 22 por 100; en Habana, el 15 por 100; en Matanzas, el 14 por 100; en Santa Clara, el 26 por 100; en el Camagüey, el 58 por 100, y en Oriente, más del 70 por 100. Por estos datos estadísticos queda bien manifiesto que en el Camagüey y Oriente la producción americana supera a todas las demás; y con respecto a las nuevas Centrales americanas, ahora en construcción o en proyecto en esas

provincias, los tantos por ciento citados aumentarán considerablemente los dos años próximos.

Como complemento de la información consular que precede, insertamos la siguiente nota que nos ha sido facilitada por un presidente de uno de los más importantes centros azucareros.

Los cálculos se desarrollan sobre los siguientes supuestos:

a) Que el coste de primer establecimiento de la Central, con todos los equipos adecuados para moler 100.000 arrobas de caña cada veinticuatro horas consecutivas, y obteniendo de cada tonelada de caña con graduaciones de 14 y medio de sucrosa, 329 libras de azúcar centrifugada a 96 polarización, ha importado 1.700.000 dólares.

b) Que la situación, por la calidad de sus tierras, le permite asegurarse aportación normal a su conductor, de la primera materia necesaria a esa tarea diaria y con cañas que alcancen esa graduación promedia de 14 y medio de sucrosa por 100 del peso de la caña.

c) Que sus costes para situar sus productos a coste y flete a bordo en el puerto de importación, no exceda de un dólar por cada 330 libras inglesas.

d) Que la cotización del mercado azucarero es de dos centavos por libra de centrífuga a 96 de polarización situada a coste y flete en el puerto de importación (New-York, Londres, Hamburgo, etc., etc.).

*Coste productor por tonelada de caña y saco de 329 libras de centrífugas y 96 de polarización.*

|                                                                                                                   | <u>Centavos.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------|
| Cultivo, desde la siembra al corte.....                                                                           | 40               |
| Corte y arrastre de la caña.....                                                                                  | 80               |
| Fabricación:                                                                                                      |                  |
| Por todos gastos de la caña en el batey y de elaboración, hasta poner el azúcar en condiciones de embarque.....   | 50               |
| Envase y situación en el mercado a coste y flete en el puerto de Nueva York (Estados Unidos) o en Inglaterra..... | 100              |

## Gastos generales:

|                                                      |            |
|------------------------------------------------------|------------|
| Administración, impuestos y seguro.....              | 15         |
| Depreciación, amortización y fondo de previsión..... | 20         |
|                                                      | <u>305</u> |

*Balance de ingresos brutos y beneficios líquidos.*

|                                                                                                              |            |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| 392 libras, a 2 centavos a coste y flete en el puerto de importación, representan un valor comercial de..... | 658        |
| Deducidos por gastos.....                                                                                    | 305        |
|                                                                                                              | <u>353</u> |

Remanente neto por saco..... 353

Pesos.

|                                                                                 |                |
|---------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| Lo que sobre los 100.000 sacos representa.....                                  | 353.000        |
| Y sumando a esto el valor de los segundos productos, mieles, etcétera, etc..... | 21.000         |
|                                                                                 | <u>374.000</u> |

Queda de beneficio neto..... 374.000

Lo que, con relación al capital invertido (1.700.000 pesos), representa un 22 por 100 de renta anual.

Informes recogidos de personas de la mayor competencia en esta industria, coinciden en reconocer que si bien el cálculo del avalúo que precede debe tomarse como premisa para ajustar a la mayor prudencia las inversiones de capital en establecimiento de Centrales de azúcar, debe advertirse a la vez que, con buenas gestiones, el coste total del primer establecimiento para una Central de esas condiciones, puede contenerse dentro de la cifra máxima de pesos 1.500.000. Y además de esto, debe tenerse en cuenta que los datos aducidos en el citado informe del Cónsul general, el precio medio de las cotizaciones del mercado debe calcularse en 2,25 centavos por libra, en lugar de los dos centavos que aquí se han tomado por base.

Estos 25 centavos de más precio representarían 82 centavos de aumento en los beneficios netos por saco. Lo que sobre los 100.000 sacos importa otros 82.000 pesos de aumento en el beneficio neto.

Al elevarse la producción desde 100.000 sacos a los 200.000 y más sacos, las cifras proporcionales del coste productor que corresponde a cada tonelada de caña y saco de azúcar experimentan enorme baja en los conceptos de gastos generales a repartir en cada ramo.

Respecto de lo que son las grandes Centrales con 300.000 y 400.000 sacos de producción, representan grande interés los datos publicados en el periódico *El Día*, de la Habana, en sus números del 24 de Abril al 4 de Mayo del presente año, en información sobre la Central Chaparra.

Aún mayores resultan los aumentos de beneficios si el Central puede desarrollar su explotación en términos que, además de reunir las condiciones sentadas como premisas para los cálculos anteriores, a ellos sume también ventajas de situación que le permitan simultanear los cultivos extensivos a continuación de la tumba y quema sobre tierras vírgenes, con cultivos de regadío e intensivos sobre campos roturados y trabajados con arados de vapor, después de transcurridos desde su primera siembra los años necesarios para que de ellos desaparezcan los restos de la primitiva tumba y quema.

En resumen: aun prescindiendo de las eventualidades de altas cotizaciones en el mercado, a pesar de que no se ha conocido todavía decenio en el que no se contaran por lo menos con gran subida de precios, una Central azucarera que, a las condiciones antes indicadas sume también otras ventajas de emplazamiento para dominio y expansión sobre una zona extensa de tierras cañeras, puede llegar a rendimientos netos de 60 y 70 por 100, aunque el promedio de las cotizaciones del mercado no pase de 2,25 centavos por libra de centrífugas con 96 de polarización, situada a coste y flete a bordo del puerto de importación, ya sea New-York y demás puntos de los Estados Unidos, o de Inglaterra o Hamburgo.

Sin embargo, respecto de este particular de las exportaciones, se interpone necesaria advertencia especial por los fenómenos que la especulación de los americanos produce en el jue-

go de las cotizaciones, sobre todo durante el período de la zafra cubana.

Al propósito de este esclarecimiento, consagramos la última parte de estas notas.

La producción de azúcares en el mundo, según la estadística de los últimos doce meses, ha sido:

Toneladas, 15.831.293; de esta producción, el azúcar de caña representa 8.954.192, y en ella la producción cubana representa 1.850.000 toneladas.

Bien se comprende el afán con que los de New York y otros presentan, para toda operación de crédito la preliminar exigencia de que se les consignen los azúcares. En esa pretensión, que tal y como ellos la formulan parece tan baladí e inofensiva, se oculta una rapacería comercial casi igual a la de los antiguos contratos leoninos de la refacción cubana. Con esos procedimientos, los consignatarios y sus secuelas de New York se han devorado en esta zafra más de 17 millones de pesos como parásitos de las centrífugas de Cuba. Es digno de todo estudio el juego que ellos se traen en su especulación sobre las paridades del mercado. Este año han conseguido cobrarse 81 centavos por quintal sobre el precio corriente en el mercado universal. Dándoles las consignaciones sin las debidas caute- las, el negocio les resulta de tan fabulosas aldehyalas, que bien pueden figurar anticipando capitales, hasta de balde a las Centrales que les otorguen la exclusiva de sus consignaciones de azúcar en una zafra.

Este modo de explotación del productor cubano, cortándole las comunicaciones con el mercado libre y deprimiendo a la vez, mediante artificios de especulación, las cotizaciones del único mercado al que puede enviar sus productos, ha tomado tal carta de naturaleza entre los especuladores del mercado azucarero de New-York, que la época de la zafra de Cuba viene a ser para ellos temporada parecida a la de la matanza de su gorrino.

Para nota gráfica de ello, conviene acotar los textos de cru-

do realismo con que revista de autoridad tan excepcional como la *Weerkly Statical Sugar trade journal*, de Willet & Gray, expone acerca de esta manera de operar.

En el número de esa revista, correspondiente al 23 de Mayo último (1912), dando cuenta del final de temporada de la estrangulación del productor cubano, decía:

«El valor de las centrífugas a igual fecha, era el año anterior 3,86. Al presente, la paridad de las centrífugas en New-York, es 65 centavos menos que el precio de su equivalencia en azúcar de remolacha en las cotizaciones de Hamburgo.

»Esta diferencia desaparecerá en breve por el alza de las centrífugas de Cuba, ahora que está próximo a cerrarse el período de la zafra, y que los vendedores tendrán mayor independencia para vender el saldo de su cosecha.»

Y el número correspondiente al 29 de Mayo de 1912 dice:

«Naturalmente, a esta fecha, los recibos de los puntos de embarque disminuyen, y los productores de caña se encuentran en mejor condición para exportar el remanente de su *stock*, aprovechando la oportunidad de que los compradores de los Estados Unidos necesitan ahora restablecer sus operaciones, encaminándolas en considerable avance hacia las valoraciones de nivel con la paridad europea ahora de 5,8 centavos (0,625) por libra, por cima de las cotizaciones actuales del mercado de New-York, para cuya nivelación necesitan hacer fuerza de vela en el alza de nuestras cotizaciones actuales en New-York.»

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: Psicología de la Revolución francesa.—LITERATURA: La novela policiaca.—COSTUMBRES: La moda en el segundo Imperio.—CRÍTICA: El caso de Bernardo Shaw.—CUESTIONES MEDICO-SOCIALES: El artritismo como enfermedad social.—IMPRESIONES Y NOTAS: El arte y la Naturaleza.—Palmetazos a un latinoide.—El sexo de los que han de nacer.—Valor estético de la luz.—¿Se puede crear la vida?

## FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

PSICOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—Gustavo Lebon ha dedicado uno de sus más interesantes volúmenes al estudio de la Revolución francesa, tema inagotable para el historiador, el sociólogo y el filósofo. Las conclusiones de esta obra se hallan condensadas en un capítulo publicado en la *Revue Bleue*, y vamos a recogerlas en este extracto.

La Revolución francesa es mina inexaurible de documentos psicológicos: ningún período de la vida de la humanidad presenta semejante serie de experimentos acumulados en tan poco tiempo. En cada página de ese gran drama se encuentran numerosas aplicaciones de los principios expuestos por los sociólogos, y especialmente por Lebon sobre el alma transitoria de las multitudes y permanente de los pueblos, sobre la

acción de las creencias, sobre el papel de las influencias místicas, afectivas y colectivas y sobre el conflicto de las diversas formas de lógica.

Las asambleas revolucionarias justifican todas las leyes conocidas de la psicología de las multitudes; impulsivas y tímidas, están dominadas por un pequeño número de agitadores, y obran, las más veces, en sentido contrario a las voluntades individuales de sus miembros. La Constituyente, realista, destruye la antigua monarquía; la Legislativa, humanitaria, deja que se ejecuten los degüellos de Setiembre, y, pacífica, lanza a Francia en guerras espantosas; la Convención, compuesta en su gran mayoría de filósofos sentimentales que repugnaban las violencias, exaltando la libertad, la igualdad y la fraternidad, vino a dar en el más horrible despotismo; el mismo Directorio, con su programa de moderación y de restablecimiento de la paz religiosa, no vivió sino de golpes de Estado sanguinarios, acabando por mandar a los presidios millares de sacerdotes. Y es que, en realidad, todos obedecían a fuerzas invisibles de que no eran dueños, sufriendo influencias místicas, afectivas y colectivas, incomprensibles para ellos, y que sólo ahora empezamos nosotros a discernir.

La inteligencia ha progresado en el curso de los tiempos abriendo al hombre horizontes maravillosos, mientras que el carácter, verdadero fundamento de su alma y seguro motor de su actividad, apenas ha cambiado; trastornado un instante, reaparece siempre, y hay que aceptar la naturaleza humana tal como es. Los fundadores de la revolución no se resignaron a ello, empeñándose en transformar los hombres y la sociedad en nombre de la razón. A pesar, sin embargo, del poder de que dispusieron, del despotismo con que obraron, de las leyes que dictaron, de los triunfos que obtuvieron, de los golpes de Estado que dieron y de la convicción con que trabajaron, la Revolución no hizo más que acumular ruinas, acabando por engendrar una Dictadura. No ha sido, sin embargo, inútil el ensayo hecho, puesto que los experimentos son necesarios para instruir a los

pueblos, y sin la Revolución hubiera sido difícil probar que la razón pura no tiene fuerza para cambiar los hombres, y que una sociedad no se reconstituye por la voluntad de sus legisladores, por absoluto que sea su poder.

La Revolución, empezada por la burguesía en provecho propio, se convirtió sin tardar en movimiento popular, en lucha de lo instintivo contra lo racional, en sublevación contra todas las trabas que hacen del bárbaro un civilizado. Los reformadores intentaron imponer sus doctrinas apoyándose en el principio de la soberanía del pueblo, y el pueblo, guiado por los agitadores, interviene sin cesar en las deliberaciones de las asambleas, y comete las violencias más sanguinarias. La historia de las multitudes durante este período es sumamente instructiva, y muestra el error de los políticos, que atribuyen al alma popular todas las virtudes. La Revolución enseña que un pueblo libre de trabas sociales y abandonado a sus impulsos instintivos, no tarda en volver al salvajismo primitivo. Toda revolución popular que triunfa, es un retorno momentáneo a la barbarie. La Revolución representa el conflicto de fuerzas psicológicas libres de los frenos destinados a contenerlas. Instintos populares, creencias jacobinas, apetitos y pasiones desencadenadas se dieron entre sí furiosas batallas que ensangrentaron a Francia y la cubrieron de ruinas. Visto de lejos, este conjunto constituye el bloque de la Revolución; como no tiene nada de homogéneo, hace falta disociarlo para evidenciar los impulsos a que obedeció el alma de esos héroes. En tiempo normal, las diversas formas de lógica que nos guían, racional, afectiva, mística y colectiva, se equilibran aproximadamente. En épocas de trastorno entran en conflicto y dejan de ser lo que eran.

No debemos desconocer la importancia de algunas adquisiciones hechas por la Revolución en el derecho; pero hay que confesar que esas mismas conquistas se hubieran obtenido naturalmente, algo más tarde, por la simple marcha de la civilización. Para un poco de tiempo ganado, ¡cuántos desastres

materiales acumulados! Estos brutales cortes en la cadena de la Historia, no se reparan sino muy lentamente.

La juventud actual prefiere la acción al pensamiento. La acción es ciertamente recomendable; pero no se hace útil sino después de haber sido convenientemente orientada. Los personajes de la Revolución eran hombres de acción, positivamente, y, sin embargo, las ilusiones que aceptaron por guías los condujeron al desastre. La acción es siempre nociva cuando, desdénando la realidad, pretende cambiar violentamente el curso de las cosas; no se hacen experimentos en una sociedad como en las máquinas de un laboratorio. Aunque el experimento de la Revolución haya sido categórico, muchos espíritus, alucinados por sus sueños, desean volverlo a empezar: el socialismo, síntesis actual de esta aspiración, sería una regresión hacia formas de evolución inferiores, porque paralizaría los más grandes resortes de nuestra actividad; al sustituir con la iniciativa y la responsabilidad colectivas, la iniciativa y la responsabilidad individuales, se hace bajar al hombre muchos grados en la escala de los valores humanos.

La hora presente es poco favorable para tales experimentos; mientras los soñadores persiguen sus quimeras excitando los apetitos y las pasiones de las multitudes, los pueblos se aruinan cada vez más, y cada cual presiente que en la competencia universal, los pueblos débiles se quedarán sin sitio en el banquete. Sin duda que el presente no es la simple repetición del pasado, y los pormenores de la Historia están llenos de enlaces imposibles de prever; pero en sus grandes líneas, los sucesos históricos parecen conducidos por leyes eternas.

## LITERATURA

LA NOVELA POLICIACA, DE EDGAR POE A NICK CARTER.—«En los tiempos en que yo iba al colegio—dice en *La Revue* Carlos Chassé,—y es tiempo todavía no lejano, casi siempre que el

profesor, alarmado por nuestro inusitado silencio, nos pedía que *le lleváramos eso*, le presentábamos una novela alegre o un folleto subido de color. Pero preguntad a los profesores, a los repetidores y hasta a los maestros de hoy, y os responderán que rara vez tienen ocasión de confiscar obras lascivas, pero añadirán que están hartos de rasgar ejemplares de Nick Carter y de Nat Pinkerton. Nuestros hijos se sienten quizá menos atraídos que nosotros por la lujuria; pero les seduce, positivamente, el crimen, y no creo que la sociedad gane nada con este cambio de pasiones.» Creemos que en este punto Chassé se equivoca; el crimen nos apasionaba en *Rocamboles*, en *Los Misterios de París* o en *El Judío errante*; y lo que hoy nos apasiona en las novelas de Gaboriau, Conan Doyle o Leblanc, no es el crimen mismo, sino la lucha de la policía contra el criminal y la astucia, la habilidad y la audacia que criminales y policías despliegan en sus trabajos respectivos. Chassé no gusta de las novelas policíacas, y así se comprende que no acierte a darse cuenta de las razones de su boga. Ha necesitado hacer un esfuerzo para leer las aventuras de Tip Walter, príncipe de los *detectives*, y ha querido saber quiénes eran sus ascendientes, no sin tener que vencer las náuseas que tales lecturas le proporcionaban. En esta investigación, llevada a cabo con espíritu hostil, no es extraño que el autor yerre con frecuencia.

Así, dice que la novela policíaca tiene orígenes poco confesables, sospechando que es hija de la novela picaresca, sin comprender, por lo visto, que la novela picaresca es una de las más bellas creaciones de la literatura. Supone que las primeras novelas policíacas han sido las de Edgar Poe, afirmando que nada deben a las picarescas, y no sabe que mucho antes que los héroes de Edgar Poe, creó Voltaire el tipo de Zadig, verdadero padre de todos los Lecocq y Sherlock Holmes. Entre los personajes de la novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes*, *La Gitanilla*, *Marcos de Obregón*, *Gil Blas*, *Gargantúa y Pantagruell*, con sus hermanos, primos, sobrinos, hijos, nietos y biznietos,

y los de *El Capitán Mandrin*, todos los del teatro Guignol y todos los de Gaboriau y Conan Doyle, pasando por Candelas, Miguelito Caparrota y tantos otros, no hay más conexión que el crimen en sus diversas manifestaciones, que unos y otros cultivan. Esto sentado, veamos, sin entrar en más disputas, lo que Carlos Chassé dice en su estudio.

La novela picaresca fue, en su origen, una protesta contra la novela de caballerías: hartos del héroe perfecto, se imaginó el antihéroe, el pícaro amoral y hambriento: en *El Lazarillo de Tormes*, *Don Pablo de Segovia*, *Gil Blas*, *Guzmán de Alfarache*, *Marcos de Obregón*, etc., se leen las correrías de esos simpáticos granujas que andan por el mundo burlando a los burgueses y cogiéndoles lo que tienen de bueno, su oro, su vino y sus mujeres; los alguaciles apenas aparecen en esas novelas sino, como los gendarmes en el Guignol, para recibir palizas. Pero los pícaros pasan con el gran Vidocq a ser jefes de policía desde el presidio. Los gendarmes de novela no tienen agentes a su disposición, por lo menos de modo permanente. Lo que constituye su originalidad, distinguiéndola de una simple novela de aventuras, es que los triunfos del *detective* son debidos a su capacidad de observación y a sus facultades deductivas. Según su temperamento, hay autores que dejan amplio campo a las aventuras y otros que insisten en las deducciones; pero ambos elementos son necesarios para la novela policíaca.

Nadie ha estudiado el mecanismo de esta novela más detalladamente que Edgar Poe, por ser el propio mecanismo de su alma. Cuando se acaba de leer *El Escarabajo de oro*, *El Jugador automático de ajedrez* o *El misterio de la calle Morgue*, con sus deducciones cerradas, se siente haber estado en contacto con uno de los espíritus más perfectamente automáticos que hayan existido jamás. Semejante lógica es una lógica de enfermo; pues sólo un enfermo puede querer encerrar la fluidez de la vida en las redes de la lógica. Su Dupin tiene la enfermedad del raciocinio, y como una mujer juega con su abanico inconscientemente, descuidadamente, juega él con problemas.

Así demuestra que el criminal de la calle Morgue no puede menos de ser un gorila de gran tamaño.

Después de Poe, la novela policíaca desapareció durante muchos años de la literatura. Desde 1835-36, fecha en la que Poe publicó *El Escarabajo de oro*, hasta 1869, en la que Gaboriau, dió a luz *Monsieur Lecocq*, no existe, propiamente hablando, novela policíaca. Conviene, sin embargo, no perder de vista la influencia de *Rocambole*. Los individuos anónimos y de escaso capital intelectual de las novelas de Nick Carter y de Nat Pinkerton, han tomado de Ponson, con la pobreza de su estilo, su gusto por las aventuras extraordinarias y crímenes horribles. *Los Miserables* podrán ocupar un puesto en las fronteras del género; pero como novela policíaca es obra extremadamente débil; mejor que Víctor Hugo puede figurar Dumas, padre, entre los precursores de la novela policíaca, con su Artagnan y su *Catalina Blum*. *Monsieur Lecocq* tuvo un éxito extraordinario; Gaboriau, sin conocer los libros de Poe, acababa de crear por segunda vez la novela policíaca. Lecocq es, intelectualmente, muy inferior a Dupin; pero posee, en cambio, cualidades de hombre de acción de que el otro carecería; es una síntesis de Javert y de Dupin; para conservar hasta la llegada de sus jefes huellas de pasos en la nieve, moldea algunas con yeso y cubre otras con tablas; descubre que una mujer ha caído junto al sitio del crimen por el ligero círculo que sus faldas han dejado en la nieve.

Casi simultáneamente con Gaboriau, lo que muestra que la idea estaba en el aire, Boisgovey publicaba varias novelas policíacas, como *El Crimen de la Opera*. Aquí el policía es un aficionado, o más bien un simple particular, el capitán Nointel, a quien las circunstancias llevan a buscar y descubrir los autores de un crimen, pero después de gran número de tanteos, pues la intuición, el olfato, representa un gran papel en sus investigaciones; como en las de Lecocq, Nointel, repugnaba recurrir al espionaje.

En 1878, Baudelaire publicó su traducción de los *Cuentos*

de Edgar Poe; fue una revelación: se leyó a Poe con la alegría del escolar que, tras largas indagaciones en una biblioteca, y tras un trabajo tenaz con su texto, descubre de improviso la corrección de su versión latina. Sería hasta posible, después de 1878, dividir los novelistas policíacos en dos grupos, según que continúen la tradición de Gaboriau y de Boisgovey, o que se inspiren, más especialmente, en los cuentos de Poe. Conan Doyle ha sido el confluente de estas dos corrientes. Por eso es lícito tildarle de duro para con hombres que le han abierto el camino: su *Sherlock Holmes* desdeña a Dupin y a Lecocq. «Dupin, declara, no era más que un hombre muy ordinario: su único *truc*, consistía en penetrar los pensamientos de sus interlocutores sorprendiéndoles de pronto, después de un cuarto de hora de silencio, con una observación hecha a propósito. En cuanto a Lecocq, era un enredador vulgar, sin otra cosa en su actitud que su energía. Este libro me ha puesto positivamente malo. Se trataba de hacer constar la identidad de un prisionero desconocido; yo lo hubiera hecho en veinticuatro horas, y Lecocq ha necesitado seis meses. Esta obra deberá ponerse en manos de los agentes, como un manual destinado a enseñarles todo lo que no deben hacer.»

En todo caso, Sherlock Holmes, con toda su ingratitud para sus maestros, es el tipo más completo de policía que haya creado la literatura. El mundo entero conoce sus facciones: su nariz ganchuda, su cara completamente afeitada, su gorra, su pipa y su jeringa de morfina. Sherlock Holmes es un policía de consulta, y su perspicacia está siempre despierta aunque esté tendido en su canapé, envuelto en nubes de tabaco, y pareciendo sumergido en el nirvana; sus deducciones son menos lógicas que las de Dupin; pero se las sigue sin esfuerzo como luminosas revelaciones. Hay que confesar que sólo un espíritu observador puede juzgar de la estatura de un hombre por la altura que ocupa una inscripción puesta por él en una pared; pues, generalmente, cuando se escribe en una pared, por instinto traza uno los caracteres a la altura de sus ojos. Hay que

tener en cuenta que desde Dupin la policía oficial ha hecho bastantes progresos de los que Conan Doyle y su héroe han podido aprovecharse; el sistema antropométrico de Bertillon había sido adoptado, y el sabueso de la prefectura había dejado de ser una criatura instintiva para convertirse en hombre de ciencia. Sherlock Holmes es un químico de primer orden, y se pasa meses enteros haciendo experimentos para descubrir el único reactivo que pueda precipitar la hemoglobina. Lo extraño es que haya tenido tiempo para dominar todos los estudios de que habla. Conoce los detalles de todos los crímenes notables del siglo XIX; ha enseñado a todos sus sentidos a registrar las menores impresiones; su olfato sabe diferenciar setenta y cinco perfumes; ha publicado un tratado sobre las diversas cenizas de cigarros, y un trabajo sobre la influencia que el oficio ejerce en la estructura y forma de la mano; el arte del disfraz no tiene secretos para él; conoce el palo, el boxeo y la espada; sin esfuerzo aparente, encorva y endereza tizoneros; el intelectual Dupin no hubiera podido luchar contra semejante adversario. Conan Doyle hace a la verosimilitud la concesión de que su *detective* no es completamente omnisciente. Y no lo es, porque Sherlock considera la omnisciencia como una flaqueza; se esfuerza en olvidar lo que no le sirve de nada, y se guarda de aprender lo que no le puede ser útil; en filosofía, como en política, en literatura y en cosmografía, es una nulidad completa: no conoce a Carlile y no sabe que la tierra gira en torno del sol.

El éxito que obtuvieron las aventuras de Sherlock Holmes fue inmenso: en unos años, Conan Doyle se hizo millonario; el rey le otorgó el título de Sir; hoy es presidente de la Sociedad para la protección de los indígenas del Congo belga; es también uno de los adversarios más temibles de los antiviviseccionistas. Durante la guerra surafricana (*sur, sur, no sud*, bárbaros de los rotativos), él fue quien trató de justificar ante Europa la guerra contra los boers, en un folleto dedicado al «caballeresco pueblo francés». Nadie como él ha contribuido a

hacer popular la novela policiaca, y hasta la misma policia; hoy muchos jóvenes que han leído a Conan Doyle, sueñan con ser *detectives*.

Los imitadores del novelista inglés se esforzaron, naturalmente, en sobrepujarlo, y los *detectives* fueron cada vez más fuertes y más simpáticos; era el «padre Leonardo» un hombre de genio, un héroe, una especie de paladín defensor del débil y del oprimido, un mártir, casi un santo; era, en las novelas de Federico Mazens, el profesor Tarve, mezcla del filósofo Tarde y de Gustavo Lebon, espíritu enciclopédico, que sabía hasta la inclinación del ecuador de Marte sobre su órbita; a veces, como en *El perfume de la dama de negro*, de Gaston Leroux, era un periodista. Tuvimos también a Allan Dickson, que, presentado por su pseudotraductor Max Dearly, nos afirmó que no era, como Sherlock Holmes, un policía de intención, sino un verdadero sabueso australiano que había realizado hazañas auténticas. Los crímenes se hacían cada vez más complicados; la ingeniosidad de los criminales se hacía cada vez mayor, llegando, en una novela de Meade, a aniquilar por medio del aire líquido el cuerpo de su víctima. El policía se había hecho demasiado sagaz, y murió de ello. La gente se hartó de hombres tan listos, y como la novela picaresca había nacido del libro de caballerías, en sión de protesta contra la vida irreal, volvió a nacer sobre las ruinas de la novela policiaca, pero conservando su cuadro. Se entabló una lucha entre el *detective* y el ladrón, sólo que ahora es el ladrón quien triunfa; en *Raffles*, de Hornung, el protagonista es simpático y guaf; se libra de los policías de Scotland Yard, y muere heroicamente por su patria en los campos de batalla del Transvaal.

Mauricio Leblanc, más atrevido todavía que Hornung, atacó de frente a Sherlock Holmes, publicando en 1905 su *Arsenio Lupin contra Sherlock Holmes*; Lupin alegre, valeroso, ingenioso, caballeresco, se entretenía en encerrar a Sherlock Holmes, en burlar todas sus combinaciones y en poner en ridículo a su fiel compañero y discípulo Wilson.

Esto fue el acabóse: todos se precipitaron sobre el cadáver del pobre *detective*. Sabida es la manera burlesca con que Blond, en *El Rey*, de Flers y Caillavet, representa ante Bourdier el papel de policía infalible: «Vuestra presencia en este cuarto me enseña que sois uno de los familiares de la casa. Esta sortija de alianza prueba que estáis casado, y esta mancha en esta manga prueba que vuestra mujer os cuida poco, y, por consiguiente, no os quiere ya. Es rubia, porque este cabello es suyo, y no la engañáis. Vuestro físico no os lo permitirá sino difícilmente, y la forma de esta levita, de tres años de fecha, demuestra que no tenéis ninguna fortuna.»

En su desopilante *A la manera de...*, Muller y Reboux nos muestran a Sherlock Holmes formulando la regla de que un hombre gordo debe inevitablemente casarse con una mujer flaca. Ellos, también, nos presentan al *detective* reconstituyendo un crimen con una pestaña caída, y llegando a la conclusión de que el criminal había sido carnicero y carpintero y ha ocultado seguramente a su víctima en la armadura del tejado: «Ejecutado su crimen, nuestro hombre llevó el cuerpo, porque ya habréis notado la ligera deformación de su cadera derecha, semejante a la que dura bastante tiempo cuando se transporta una carga demasiado pesada. Ha sido carnicero, como lo demuestra su ancha nuca. Ha sido carpintero... Carnicero, ha descuartizado a la muerta. Carpintero, ha pensado en seguida en la armadura del tejado, único sitio en que se puede trabajar sin llamar la atención.» Y Sherlock Holmes deja a su interlocutor, diciéndole: «Tengo necesidad de meditar sobre un problema concerniente a un barco del que, conocido el velamen, el tonelaje y la carga, se trata de averiguar la edad del capitán, y necesito fumar por lo menos diez pipas y beber otros tantos *grog*s antes de conseguirlo.»

La novela policíaca arrastra, sin embargo, una existencia póstuma. Cuando la literatura, propiamente dicha, se cansa de un género, éste cae en manos de ciertos explotadores que se empeñan en galvanizar su cuerpo agonizante. Tales son los

que venden por entregas, los *Nick Carter*, los *Nat Pinkerton* y los *Tip Walter*, los que, so color de novelas policíacas, desparrraman en la vía pública toda una literatura de sangre que enloquece los cerebros de los niños conduciéndolos al crimen. No se pasa mes sin que un joven, acusado de robo o de tentativa de asesinato, no confiese que la idea de su crimen le ha sido sugerida por la lectura de *Nick Carter* o *Nat Pinkerton*. Los padres no se preocupan de estas lecturas: no siendo pornográficas, no son peligrosas; los autores lo saben y respetan la moral con exageración. Apelando al gusto de los niños, por las aventuras, le seducen, familiarizándole con relatos sanguinarios, y le pervierten, en definitiva. Una de las entregas de *Tip Walter* se titula *La lluvia de cadáveres*. ¿No podrían hallar nuestros hijos lecturas más sanas y más nobles?

## COSTUMBRES

LA MODA EN EL SEGUNDO IMPERIO.—Son conmovedoras—como dice Andrés Beaounier en la *Revue Hebdomadaire*—esas pícaras modas que, después de haber sido la coquetería de las jóvenes, envejecen, permaneciendo, sin embargo, azules o rosadas, amarillas o verdes, y en todo caso absurdas, con su falsa alegría; es la muerte pintada y adornada. Nos asombran esas modas, precisamente porque no son antiguas; son los vestidos de nuestras mamás, y todos los hemos conocido cubriendo sus queridos cuerpos.

La moda es casi lo único que queda de universal y de imperioso. Las mujercitas que habiendo leído a Nietzsche se han prometido vivir peligrosamente, se niegan a toda disciplina; pero, por revolucionarias que sean, obedecen a la exigencia despótica de la moda. La moda manda, y sólo ella sabe mandar; sólo ella nos conserva la más útil y la más amenazada de las virtudes: la obediencia; es un poder tiránico que no da razo-

nes y al que todos se someten, reconociendo, en cierto modo, que la tiranía es a veces necesaria.

El segundo Imperio fue época feliz y brillante, de gran elegancia y gran alegría. Los viejos moralistas del tiempo hablaban de la corrupción imperial, cuyo signo era especialmente la opereta. La opereta del Imperio, examinada ahora a distancia, resulta gentil e inocente. El reinado de Luis Felipe había sido poco divertido. La República del 48, con sus filósofos y sus doctrinarios, fue aburrida. Al proclamarse el Imperio, había gana de divertirse. Lamartine había dicho en plena Cámara: «Señores, tengo el honor y el sentimiento de advertiros que Francia se aburre.» Y Francia se divirtió. El Emperador lo quiso, y para quererlo más tuvo la hermosa joven española que llegó a ser S. M. la Emperatriz.

Desde el día de su matrimonio, el 30 de Enero de 1853, se admiró la exquisita maravilla de su traje: un traje de terciopelo blanco, de larga cola, con la falda cubierta de volantes de encaje y el corpiño de aldetas con espigas de diamantes colocadas como brandeburgos; el velo, de punto de Inglaterra, estaba sujeto en la cabeza por una corona de flores de azahar superada por una diadema de zafiros; los cabellos estaban graciosamente en alto, y todo era llevado con una gracia incomparable, realizada por la dignidad de una divina sonrisa. La Emperatriz dió el tono desde entonces, y todos quisieron imitarla en la gracia y, lo que era más fácil, en la suntuosidad. Se gastó mucho dinero; se prodigaron las joyas, los encajes y las telas preciosas. ¡Cómo se divirtió todo el mundo y qué alegría hubo en todas partes!

Dos épocas nos asombran en la Historia por su alegría: el segundo Imperio y los años que precedieron a la Revolución. Francia fue en esas dos épocas el parque encantado de las fiestas galantes, el lindo puerto de los embarques para Citerea, el cercado de las futilidades; en los retratos del tiempo, las mujeres son más arrebatadoras que nunca, sonríen mejor y más aturdidamente que nunca. De pronto, dejan de sonreír, y di-

riase que el Destino, como el sermonario, les ha gritado: «¡Ay de vosotras, las que sonreís!»

Lo que caracteriza la moda femenina bajo el segundo Imperio, es la crinolina. El Imperio no la inventó, la resucitó y la perfeccionó, llevándola a lo absurdo. Se trataba de hinchar la falda, y al principio se recurrió a enaguas almidonadas, luego a enaguas de volantes y, por último, a enaguas con ballenas; no bastando todavía todos estos bajos, se superpusieron tres, cuatro o cinco, lo más rígidos posibles, para obtener la amplitud deseada. El ingenio de los industriales vino en su socorro, y se imaginaron los aros, aros concéntricos que dejaban libres las amables piernas, ahuecando las faldas, y que pronto llegaron a ser de acero flexible. Y así empezó el reinado del miriñaque, que coincidió, ¡cómo no!, con el ensanche de las calles de París. Las protestas no faltaron, y el teatro fue la tribuna de la crítica. En una revista de las *Folies dramatiques*, la actriz que representa la Exposición de 1855 se dirige a los palcos y a las butacas, y pregunta: «¿Habría en la sociedad una señora muy delgada?» Como es natural, nadie respondió. La señorita Birout, la actriz, se volvió entonces hacia sus compañeras, y les dijo: «Entonces, traedme un palo de escoba.» Se lo llevaron y añadió: «Vais a ver los prodigios de la crinolina.» Y en el palo colocaba una falda, de pompa exagerada, un corpiño, una cabeza, cubierta con un sombrero de moda, y sobre todo echaba un chal. —«¡Ah, es increíble!»—exclamaba Papamoscas;—y tras unos *couplets* del coro, la señorita Birout concluía cantando: «De un simple bloque, Pigmalion—hizo una mujer encantadora.—Gracias a nuestra invención,—un palo de escoba os tienta.» Llegaba un dandy; llegaba, contemplaba con el lente la Galatea de crinolina, y, lleno de sencilla admiración, declaraba: «¡Ah, qué linda mujer!»

El espíritu de una época es más frágil y se marchita todavía más pronto que la moda. Cuando leemos la historia del hotel de Rambouillet, nos sorprende hallar tan tontas las bromas de Voiture, que era uno de los hombres más ingeniosos del

tiempo; y es que el ingenio no es más que el resplandor de un minuto. Lo que queda de una época es lo trágico, y del alegre Imperio apenas se recuerda más que la espantosa catástrofe en que acabó.

Por un momento, hacia 1859, los excesos de la crinolina estuvieron a punto de hacerla fracasar. Por ensancharse más, subió, disminuyendo la longitud del talle; pero, por fortuna, no tardó en corregirse este error. Era preciso que el talle, flexible y fino, saliera de las rotundidades acampanadas de la crinolina (el cuerpo era a la Virgen, a la Pompadour o a la Wateau) y que cuello y espaldas quedaran libres. Cuanto más disimulaba el miriñaque el cuerpo desde las caderas, tanto más fino y esbelto emergía el talle, y en este contraste consistía el encanto de aquella vestimenta. Era una sinuosidad de cisne; pues cuando el cisne levanta un poco sus alas para que la brisa las hinche y le empuje, le forman como un ancho miriñaque, y el plumón se estremece en él como un ligero encaje blanco, saliendo la curva larga y delgada del cuello, de aquella opulenta amplitud.

El descote de moda era el que reclamaba la estética de la crinolina; era preciso que el abultamiento de abajo fuese adelgazándose por la línea de los hombros desnudos hasta la cabezita, y, a veces, los bulecitos que acompañaban esa línea dulcificaban el ángulo del cuello. Se descotaron mucho, sobre todo a lo ancho; la etiqueta de la corte exigía brazos y hombros desnudos, y conocida es esta consigna: «L'épaule ou l'épaulette». Algunas damas de belleza algo ascética o demasiado maduras, se resistían a descotarse, y acudieron al subterfugio de la gasa, tras de cuya nube de diáfano misterio velaban pudorosamente sus marchitos encantos. La Emperatriz prohibió el uso de aquellos velos, por aéreos que fuesen, y los chambelanes obligaban a respetar la consigna. De aquí resultaban algunas desigualdades: las miradas tenían que escoger o bien bajarse, desesperadas, hacia las espléndidas faldas.

En Compiègne, durante la estancia de la corte, el teatro

era una de las mejores diversiones. El patio se reservaba a los oficiales de la guarnición; el anfiteatro, a los jefes de cuerpo y altos funcionarios; la primera galería la ocupaba casi por completo el palco imperial, y en la segunda, la primera fila correspondía a las damas. En esa primera fila de la segunda galería estaba el conflicto para el Duque de Bassano. El alcalde y el subgobernador de Compiègne le presentaban la lista de las notabilidades locales: señoras de funcionarios y pequeña nobleza del país. Ocurría con frecuencia que cumplidas señoras de reputación perfecta tenían descotes medianos o lamentables; como el Emperador no podía aguantar que la curva elegante de la segunda galería ofreciera a la vista fealdades, por virtuosas que fueran, se quejaba con viveza al Duque; entonces el Duque procuraba que no se repitiera la queja, y llenaba la primera fila de lindísimas mujeres, de rostro encantador y espaldas sublimes, pero que, a veces, gozaban de mediana o lamentable reputación. La Emperatriz no podía aguantar semejante escándalo, y se quejaba, a su vez, al Duque, y el pobre Duque se veía entre la espada y la pared para dejar satisfechos al Emperador y a la Emperatriz.

Mientras triunfó la crinolina, las mujeres aparecían como si no tuvieran piernas. Prescindamos de las falsas maniobras, de los gestos imprudentes que tanto han servido a los caricaturistas para presentar a las señoras en el momento de sentarse, levantando de pronto sus aros de acero. Había un arte para evitar el inconveniente de lo que entonces se llamaba *el efecto* de la crinolina: consistía en una sabia estratagema que se enseñaba a las jóvenes al entrar en el mundo, y que plegaba en ocho la peligrosa máquina, dejándola reducida a modestas dimensiones, y pudiéndola así meter en un baul, ocupando menos sitio que los sombreros actuales. Consignado esto, repitamos que las mujeres andaban como si estuvieran montadas en una tabla con ruedas. De aquí resultó que las piernas adquirieron el atractivo del misterio, lo que explica el encanto que para toda la generación anterior ha tenido la vista de una

pierna de mujer. «Nada hay tan hermoso, tan dulce, tan grande en la vida, como las cosas misteriosas», ha dicho Chateaubriand.

Otro de los elementos principales y característicos de la moda imperial, era el chal, el chal de la India, la cachemira. Costaba muy caro, y las novias lo tenían en su ajuar. Duraba mucho, y ha quedado en las familias como pequeña parte del patrimonio, guardado entre olores de lavanda, en cajas amarillas, verdes o blancas, con sus múltiples colores yuxtapuestos al gusto oriental. Era encantador, y es lástima que haya desaparecido. Un traje bien hecho, vale lo que valga la habilidad de la costurera o del modisto que lo ha hecho; pero el chal no tiene forma; toma la que le impone vuestro gusto, sigue vuestras actitudes, y entre vuestras manos y en vuestros hombros, en torno vuestro, sigue dócilmente vuestra voluntad; lo revolvéis a vuestra guisa y hace los pliegues que deseáis. Es el signo de vuestra coquetería, de vuestra gracia; es vuestro y es vosotras mismas. La movilidad del chal era una perpetua variedad de expresión.

En estos últimos años hemos tenido en la *écharpe* un amable recuerdo del chal; era un adorno púdico y delicioso que también ha desaparecido. El chal tuvo su triunfo después de la Exposición de 1855; hubo muchos modos de llevarlo: en cuadro o en punta o con las puntas superpuestas; partía de la nuca o se le dejaba deslizar de los hombros sobre los brazos, modelando la espalda y dibujando una amplia curva a la altura del talle. Recorrió triunfalmente todo el mundo, tomando diversas formas: de Túnez vino el chal muzaya, de rayas verdes y rojas, azules y blancas; y de Argelia el albornoz con bellotas de pelo del Tibet. El manto emperatriz hizo furor, y era un gran albornoz terminado en punta. El chal envolvía el busto, como la crinolina las piernas; ambos corresponden a la misma estética.

Los sombreros fueron casi siempre pequeños, y tenían que serlo para rematar aquel adelgazamiento que desde la amplia falda subía por los hombros a la cabeza. Gustaron las tocas

que se ponían muy adelante, algo sobre la frente, de modo que no quedara oculto el pesado y lujoso moño. También gustaron las capotas, las capelinas guarnecidas de cintas y los capuleños. Los sombreros de paja de grandes alas flexibles, sombreros de pastora María Antonieta, tuvieron su momento de boga y eran encantadores. Para todos estos sombreritos se inventaron las sombrillitas, sombrillas de muñeca, con mango de marfil articulado; el gesto para librarse del sol, con sombrillas tan chicas, era gracioso. Más tarde, cuando la crinolina cayó en ridículo, hemos visto a las señoras con sombrillas tan grandes, que parecían llevar la crinolina en la punta del bastón de sus maridos. ¿Cuál es más absurdo, poner abajo lo que es ancho y pesado, y acabar en finura la obra maestra femenina, o envainar las piernas subiéndolas en tacones puntiagudos, y cargar la cabeza con el monumento de los actuales sombreros como el croquis de la casa al revés?

Durante los veinte años del Imperio, la moda evolucionó; pero insensiblemente, no con la rapidez que ahora. Desde el principio al fin, sin embargo, en sus etapas española, zuava, griega y turca, con los Fígaros, los Ristoris, etc., se nota cierta unidad. La moda se fue haciendo, si no menos rica, más seria. Se abusó de la pasamanería, y los colores se obscurecieron; se abandonó el matiz Teba, el amarillo venturino y el verde; pero casi hasta el fin del Imperio se tuvo predilección por las cintas naranjas, el terciopelo azul real y el satín groseilla de los Alpes. En 1866 se admiró en el baile de la corte el magnífico traje de la señora X, que tuvo la audacia de presentarse sin miriñaque. Chocó; pero se la imitó, y la crinolina desapareció.

Esa misma señora X tenía los cabellos empolvados de oro; el matiz preferido fue el amarillo Ticiano; para obtenerlo se recurría a artificios de peluquería. En una revista de 1855, *El reinado del calembour*, de Cogniard y Clairville, asistimos a una escena en los salones de la señorita Jouvence, «Embelllecimiento para uso del bello sexo»; las peinadoras ti-

ñen y arreglan a sus clientes, y la señorita Jouvence vigila y da órdenes:—«Palmira—dice—aplique usted la segunda capa de blanco a la señorita; y usted, Nichette, cuide mejor de las pestañas de la señora.—Señorita Nichette—dice la señora,—le agradeceré a usted que haga que se pinten mis cejas; quiero parecer celosa para dar miedo a mi marido.—Es fácil, señora—dice Jouvence.—Nichette, ponga usted tierra de sombra en el borde de los párpados; eso da un airecito andaluz y sienta muy bien.—¡Hay que ser tan hábil—dice la señora—para encantar a nuestros esposos, al mío sobre todo!» Se levanta y canta: «Adorno cuidadosamente a su ídolo—para que esté siempre enamorado.—Ora me hago la española,—ora la criolla de dulce mirar.—Gracias a la pintura nueva,—fijo los amores en mi casa:—mi marido, sin ser infiel,—cambia de mujer todos los días,—porque todos los días me cambio yo.» Se vuelve a sentar, y entonces dice otra dama: «¡Ah, señorita Jouvence, tengo que quejarme de vuestro rojo vegetal!—¿De mi rojo vegetal?—Sí, señorita. Ayer al besar a mi primo, que vuelve de Crimea, se le han quedado mis labios en la mejilla.—¡Desoladísima, señorita!; pero no respondo de los besos... ¡Cuidado, Hortensia, que pone usted a la señora un ojo más grande que otro!—¡Pero voy a estar horrorosa!—Tranquilícese usted; tiene usted un poco demasiado de khol en el ojo izquierdo, y eso lo empequeñece. Vamos, ya está arreglado.» En aquel instante aparece un dandy.—¡Cielos, un hombre!—exclaman las señoras. La señorita Jouvence las tranquiliza: es un parroquiano. «Señorita Jouvence—dice el dandy,—¿quiere usted decir a la señora de Saint-Alve que mi calesa la espera abajo para llevarla al bosque?—¡Oh! imposible en este momento: se está secando.—¡Se está secando! ¿La señorita de Saint-Alve?—Sí, está en el secadero; pero es cosa de un cuarto de hora.—¡Ah! muy bien; voy a esperarla fumando un brasileño. ¡Señoras!... (Saluda y sale.)» Las damas vuelven a sentarse, y la señorita Jouvence exclama: «¡Ah, estos pícaros de hombres, no saben el trabajo que cuesta el encantarlos!»

Los moralistas del tiempo criticaron todas estas cosas y el senador Dupin pronunció un discurso «contra el lujo desenfrenado de las mujeres», en Julio de 1865. El tema pareció tan temible que se acordó que la sesión fuera a puertas cerradas. Dupin, sin embargo, imprimió su perorata, en la que decía: «Señores senadores, se habla de cortesanas que se ostentan en los lugares públicos. Sí, las habrá con tren brillante capaz de atraer las miradas. Pero, ¿qué hace la gran sociedad? Mira y toma modelo; y esas señoritas son las que imponen las modas hasta a las damas de la buena sociedad. Ellas son las que se copia y ese es el ejemplo que da la alta sociedad.» Aseguró que la exageración del lujo «lanza a todo el mundo fuera de su camino», y afirmó que muchas fortunas caían en aplazamientos y en liquidación. «El lujo baja a las clases inferiores, por imitación. Lafontaine, en una de sus fábulas, se burla de la rana que quiere hacerse tan grande como el buey. Pero, con las modas de hoy, la rana lo conseguiría: le bastaría a esta pécora con ajustar en torno de su talle esas dimensiones elásticas que la harían tan gorda como el modelo que quiere imitar.» La frase, como se ve, es algo pesada; pero, en fin, el arma se dispara y el tiro sale. Dupin prosigue: «Cuando se va o hay que ir a una fiesta, y queriendo hacer en ella algún papel, no hay con qué, el amor propio triunfa; se siente repugnancia en decirlo al marido; la caja conyugal está vacía; se toman trajes a crédito, se firman billetes, letras de cambio, para las que se buscan endosantes, y cuyo vencimiento es siempre fatal a la virtud.»

Los virtuosos enemigos del Imperio, a quienes el lujo desenfrenado del Imperio indignaba, nos prometían una República sencilla, y a su ejemplo virtuosa; pero, ¡nos han prometido tantas otras cosas!

Para concluir, leamos los versos de la *Coquetería póstuma*, de Teófilo Gautier. Están escritos antes de la época imperial, pero no importa: «Cuando muera, que me pongan,—antes de clavar mi ataúd,—un poco de rojo en los pómulos,—un poco de

negro en el párpado.—Pues quiero en mi féretro cerrado—como la noche de su confesión,—permanecer eternamente rosa—con khol bajo mis ojos azules.—Nada de sudario de tela fina;—pero envolvedme en los pliegues blancos—de mi traje de muselina,—de mi traje de trece volantes.—Es mi adorno preferido,—lo llevaba cuando le agradé;—su primera mirada lo ha consagrado,—y desde entonces no lo he puesto más.—Colocadme sin amarillas siemprevivas,—sin cogín de lagrimas bordado,—sobre mi almohada de encaje,—inundada por mi cabellera.—Entre mis manos de cera pálida,—juntas para la oración,—dad vueltas al rosario de ópalo,—por el Papa en Roma bendecido.—Yo lo desgranaré en el lecho—de donde nadie se ha levantado todavía;—su boca ha dicho sobre mi boca—cada Padre Nuestro y cada Ave María.»

### CRITICA

EL CASO DE BERNARDO SHAW.—Roberto D'Humières atribuye en el *Mercure de France*, al origen irlandés de Bernardo Shaw, el que pase por el hombre más chistoso de Inglaterra. Un capricho del azar ha dado el mismo idioma a dos razas tan extrañamente diferentes, que, a pesar de ese lazo del lenguaje, no han logrado todavía comprenderse. Al extender el número de sus lectores y de sus espectadores, Shaw no ha grabado por eso más duramente su huella sobre su tiempo. Tiene una fe, la del socialista; pero la ironía es una preparación peligrosa para el oficio de apóstol; la terquedad de su tic gasta los labios de los profetas y ensancha fatalmente en torno de las palabras de vida, la sonrisa profesional del humorismo, la muerte.

En Inglaterra, sobre todo, donde el prejuicio moral se alza más cargado de sedimentos seculares, hay innumerable número de efectos cómicos que sacar del contraste de las leyes y de los jueces, de las hipocresías y de los hechos, de las creencias y de los actos; son desquites de lógica y cabriolas de sofista,

poco difíciles, después de todo. Un día, sobre los andamiajes de la Sixtina, cuyos frescos estaban reparando, Bernardo Shaw, según él mismo cuenta, se encontró con Anatolio France; éste, impresionado por sus salidas, quiso conocerle más a fondo. Bernardo Shaw, aprovechando una ocasión, dijo: «Yo también ejerzo la profesión de hombre de genio.» A lo cual, France, guardando el equilibrio para que una viga que le amenazaba no le aplastara, replicó: «No toda cortesana puede llamarse vendedora de amor.»

La concepción del amor, tan importante en la ecuación de todo moralista, forma lo más original del evangelio de Shaw. En política se le podría llamar un proudhoniano larvado, un nietzscheano enganchado, con los pies en alto, al carro socialista, tirando coces a las varas o salpicándolo de barro, pero relinchando, piafando, haciendo sonar todos los cascabeles de su collar.

Es un socialista que no se las echa de patriota: «Como irlandés, dice, no puedo sentir patriotismo, ni por el país que he abandonado ni por el que lo ha arruinado.» No le gustan los militares. Combativo por excelencia, lleva el horror a la carnicería hasta el vegetalismo, recordando la frase de Vereschagin: «La única forma lógica de la guerra, es la antropofagia», lo cual no quita para que se burle de los sueños de un sacerdote católico cuando profetiza con indiscutible poesía el reinado de la caridad y de la felicidad futuras.

Las características de su concepto del amor, son el horror al falso idealismo y a la explotación del sentimiento. Bernardo Shaw define el amor «¡una caza!». Y en esa caza, la presa es... «¡el hombre!». Don Juan, azuzado, huye hacia los sauces. No se puede chocar más descaradamente con nuestras convenciones de galantería caballeresca. ¡Oh, Dulcineas, Roxanas, Clarimundas! Esta especie de herejía desconcierta menos en país anglo-sajón, y Shaw saca de ella chistosos efectos. Es la teoría que constituye la principal originalidad de Bernardo Shaw.

Sostiene que el autor dramático tiene por misión interpre-

tar a la multitud las ideas de su tiempo. Del dominio de la abstracción las hace descender al de la vida para luchar, abrazarse y engendrar; las hace asimilables, trasplantándolas del plano de la entelequia al del entendimiento. El arte sigue con pie perezoso a la ciencia y al pensamiento; pero él es el que anuda la gavilla y la espiga que ha dejado a un lado se pudrirá. En toda filosofía, una raza intenta adaptarse a su medio; el artista, y especialmente el dramaturgo, son los cómplices eficaces, en esta más reciente estratagema, del viejo caminante padre de tantas astucias: el ansía de vivir. Las costumbres van detrás. Nada más tardígrado que la moral; ninguna ha llegado jamás a tiempo. Y así, sin embargo, tropezando y cayendo, nacen las civilizaciones.

En este proceso, acciones y reacciones se mezclan; un Mesías, un legislador, saltaban etapas en otro tiempo. El primer dramaturgo fue el hechicero, el sacerdote. El hechicero rival expiaba a lo lejos mejor embadurnado de heces. Las bacantes, cuando en torno del macho cabrío inmolado bosquejaron los primeros tumultos trágicos, anunciaban ya el advenimiento de un dios mejor, Dionisos, el eterno Satanás, contra los dioses reinantes, reaparecido después en las Walpurgis, y de las que Bernardo Shaw nos muestra el alegre y moderno avatar.

Su talento es indiscutible; se le echa en cara su acometividad, que no es más que una forma de publicidad; la ciencia y el arte deben hacerse su reclamo, no menos que el tráfico; el pingüino, que deposita su huevo en la saliente de una roca y lo abandona, puede decirse con satisfacción: «¡Qué puro artista soy!» ¿Por qué, pues, echar en cara al pájaro más moderno los clamores, los pavoneos, los picotazos y los arañazos que sirven de salsa a sus prestigiosos polluelos? ¿No pronunciáis, sin embargo, la palabra *paradoja*? Bernardo Shaw la aborrece tanto como la de *sentimiento*. La paradoja somos nosotros. Un crítico demasiado simplista sentiría tentaciones de reducir la retórica del maestro a la figura que emplea el fraile Gorenflot con el cuchillo levantado sobre un ave un día de Cuaresma:

«Polla, yo te bautizo carpa.» Este procedimiento literario es más que una costumbre, y toma el mismo carácter sacramental con Bernardo Shaw. Y la cosa va con paso tan endiablado, con calor tan ardiente, que no se resiste, y la polla misma, como la Paulina de Corneille, confesaría a voces, si no fuese tan carpa, su irremediable carpería.

El caso de Bernardo Shaw es la reacción, en el medio intelectual y social moderno, de un temperamento céltico bastante tradicional; un bardo de Erin, un trovador exagerado; no es otra cosa. Pertenece a la estirpe de los grandes improvisadores, de los que fue el penúltimo Oscar Wilde. Este, irlandés católico, se resintió del helenismo de Oxford; el otro, «violenta y arrogantemente protestante», como él mismo se declara, no tiene más enlace griego que algún abuelo, acaso en la horda que saqueó a Delfos; su parte de aquel botín fue el espíritu de los sofistas. Estos dos tipos de *minstrels* descaminados, Wilde y Shaw, uno con la gracia, otro con el dardo, uno dandy, otro demócrata, se asemejan por los abundantes recursos de su facundia, el lirismo de su humor, su gusto por la actitud, la falta del discernimiento vulgar, que fija el punto hasta donde el filisteo consiente en que le asombren; y, en fin, por su anarquismo fundamental. Honderos natos, *Moonlighters*, caballeros del claro de luna, ¿qué nombre sentaría mejor a estos poetas y a estos enemigos de las leyes?

Bernardo Shaw presenta un rasgo individual, entre otros esencialmente ingleses: el horror al exhibicionismo sentimental. El ejercicio de esta virtud—porque lo es, y la lloriconería y charlatanería latinas nos escandalizan hace tiempo—se encuentra grandemente facilitado por la ausencia de imaginación, por una parte, y por la ineptitud para las emociones del corazón, propiamente dichas, por otra. ¿El *self-control*? Admirable disciplina, con tal de que haya un Yo que contrastar. El Yo sentimental de Bernardo Shaw es el de un Voltaire más bien que el de un Tolstoi.

Nada más lejos de nosotros que esta mentalidad compósita:

un irlandés protestante, para quien Swift y Wellington representan tipos acabados de su raza, es para desconcertarnos. Bernardo Shaw no tiene de bretón más que su traductor. Lo ha escogido y se agarra a él como el ahorcado a su cuerda. Y es un suicidio en los umbrales de nuestra admiración.

## CUESTIONES MÉDICO-SOCIALES

EL ARTRITISMO COMO ENFERMEDAD SOCIAL.— Se ha dicho que el artritis es un privilegio de salud; pero nada más falso, según los estudios del Dr. Laumonier, resumidos en un sustancioso artículo de *La Revue*, de París. Como el público no conoce sino las magníficas apariencias de salud de los gotosos y diabéticos, se explica el error. El artrítico presenta frecuentemente formas ventrudas, rubicundas y apopléticas; pero también las ofrece de otras clases, en las que se revela lo grave de su enfermedad, tan grave, en efecto, que el Dr. Laumonier no vacila en aplicar al artritis el epíteto de enfermedad social.

Lo que caracteriza la enfermedad social es su influencia nefasta sobre la estirpe familiar, y, de modo más general, sobre la raza, influencia que se traduce en una mortalidad enorme y precoz, y en una gran baja de la natalidad. La disminución resultante de la población constituye ya una pérdida neta para la riqueza de la familia y del Estado; si se añade la invalidación más o menos completa y prolongada de los individuos atacados, que obliga a gastos enormes soportados por la colectividad sana, se comprende el daño social que produce. Debe, pues, considerarse como enfermedad social toda enfermedad difundida que deprecie las cualidades de la raza, su resistencia y su rendimiento efectivo. El artritis reúne esas condiciones.

El artritis es la enfermedad del *surmenage*, sobre todo del alimenticio, y también del muscular, glandular y nervioso. Hay que entender por esto que la actividad exagerada y con-

tinua de un órgano produce en ese órgano fenómenos comparables al del envejecimiento, que conducen finalmente a la insuficiencia funcional. Como cada órgano, por el hecho de la coordinación, está ligado sinérgicamente a todos los demás, basta que uno solo funcione mal, para que la economía entera sienta perturbado su equilibrio fisiológico. Ahora bien, esa sobrecarga la realizan muchos con excesos repetidos de alimentación, abusos de *sports*, multiplicidad e intensidad de preocupaciones morales, emociones y trabajo intelectual; por eso en el artritismo se nota, en medio de la diversidad de sus formas clínicas, la comunidad de una viciación en los cambios nutritivos y funcionales; en una palabra, de una diátesis. La insuficiencia adquirida, y aquí está la parte peligrosa del artritismo social, transmite a los descendientes ciertas predisposiciones que la transforman y agravan en las generaciones sucesivas. El profesor Maurel, de Tolosa, ha podido dividir la evolución del artritismo en tres períodos principales: 1.º El período de la sobreactividad inicial o del hiperfuncionamiento, que responde a lo que se llama el *preartritismo*, período de la buena salud aparente, excesos de mesa, de trabajo y de placeres, interrumpido prematuramente, con demasiada frecuencia, por una crisis mortal de uremia o por la apoplejía fulminante. 2.º El período del funcionamiento viciado, o de las enfermedades de la nutrición, obesidad, gota, diabetes, reumatismo, reacciones defensivas momentáneas, que suelen terminar en el coma diabético, la nefritis, la tuberculosis o el cáncer, y menos frecuentemente, la caquexia gotosa o reumática. 3.º El período del funcionamiento insuficiente, que cierra el drama; todos los órganos, sucesivamente, faltan a su misión, el tubo digestivo y el hígado, el riñón, el corazón y sus vasos, los pulmones y el sistema nervioso; en este terreno sin resistencia, labrado por el dolor y acribillado de neurosis, hasta las infecciones más benignas para los demás prosperan, llevándose a estos seres desheredados.

Estos tres períodos se desarrollan en todos los individuos

con duración variable, y se reproducen en los descendientes, con la agravante que en cada generación la diátesis aparece cada vez más pronto, hasta que llega el momento de que las insuficiencias sean bastante precoces para que el artrítico muera antes de la edad de la reproducción. Como ejemplo de esta evolución, Laumonier cita la historia impresionante de una familia vendeana, cuyos libros han sido llevados cuidadosamente por el abuelo notario del jefe actual, y consultados por Laumonier escrupulosamente.

El fundador de esta familia, a fines del siglo XVIII era un tejedor muy hábil, emprendedor y de posición desahogada; tuvo catorce hijos, de los que once llegaron a la edad adulta; seis de ellos se casaron, y habiendo resultado estéril uno de los matrimonios, los otros cinco tuvieron diez y nueve hijos, de los que cinco murieron en edad temprana; nueve de los catorce sobrevivientes contrajeron matrimonio, y de ellos, tres fueron estériles, otros tres tuvieron un solo hijo, dos tuvieron tres, y uno cuatro. Y así llegamos a la actual generación, la cuarta, con trece hijos, de los que siete han muerto antes de la nubilidad, y tres se han casado; dos de estos matrimonios no tienen descendientes, ni los tendrán; el otro no tiene más que un niño, y a este heredero, de salud mediana, se reduce hoy esta estirpe familiar, tan abundante y floreciente al principio.

Veamos ahora la historia médica de esta familia. El antepasado, gallardo mocetón, comilón, bebedor, inteligente, activo y campechano, murió a los sesenta y un años, sin haber estado nunca enfermo, de un golpe de sangre; su mujer, robusta y entendida, vivió hasta los ochenta y seis años. De los once hijos que sobrevivieron, dos murieron en la guerra, otros dos fallecieron antes de los cuarenta años, y una hija vivió soltera hasta los setenta y siete. En la tercera generación, los informes son más precisos; la familia ha mejorado de posición; de los cuatro matrimonios, tres desaparecen, casi en seguida, sin hijos o con hijos que mueren muy temprano; sólo uno sub-

siste con tres hijos, de los que uno muere a los tres años, de enteritis. Las macas artríticas, sospechadas en las generaciones anteriores, se afirman ahora. En el libro de familia no se trata más que de gota, de vapores, de nefritis, de obesidad, de reumatismo; una de las hijas muere de meningitis, probablemente tuberculosa. En la cuarta generación la vitalidad se agota manifiestamente. De los tres matrimonios que se fundan, uno solo tiene posteridad, y entre los solteros, como entre los casados, la muerte se hace precoz, alrededor de los cuarenta. Actualmente, la familia cuenta seis personas, entre ellas un solo niño de catorce años, y ofrece al clínico dos casos de diabetes, uno de ellos complicado de psicastenia y arterioesclerosis, uno de litiasis renal con albuminaria, y otro probable, el del niño, de tuberculosis.

Tal es la notable evolución del ciclo artrítico: la diátesis se instala insidiosamente con el disfraz de la exuberancia y de la salud, y prosiguiendo implacablemente su obra, convierte, al cabo de algunas generaciones, las familias más robustas en uno o dos abortos miserables e impotentes. Veamos ahora si el artritismo reúne todos los caracteres de la enfermedad social: frecuencia e influencia nefasta en la mortalidad y en la natalidad.

En cuanto a la frecuencia, los artríticos no representan más que un 5 por 100 de la población hospitalizada; pero es porque, salvo en casos de crisis, los artríticos van poco al hospital, y los nefríticos, cancerosos y tuberculosos, que en muchos casos son artríticos, no figuran como tales. En cuanto a las familias ricas o simplemente acomodadas, apenas hay una que no contenga artríticos notorios. Puede afirmarse que de cada cien personas de la burguesía, hay diez con signos de artritismo; y de cada cien obreros, hay cinco o seis artríticos. Estas cifras, aunque criticadas como inferiores a la realidad, están corroboradas por las investigaciones del profesor Maurel sobre la *Despoblación de Francia y sus causas*, en las que fija en un 10 por 100 el número de uniones estériles; por otra parte, el nú-

mero de peticiones de adopción aumenta, lo que prueba que hay familias que no tienen hijos porque no pueden. En todo caso, se llega a la proporción de un 5 por 100 que no es inferior a la de la tuberculosis, siendo indiscutible, por lo tanto, la frecuencia propia de las enfermedades sociales.

Pasando a la influencia del artritismo en la mortalidad, es verdad que rara vez se muere de artritismo; pero la consecuencia del envejecimiento prematuro de los órganos es hacer del artrítico, por adquisición personal o por herencia, un organismo sumamente frágil.

La mayor parte de los que mueren hacia los cincuenta o antes, de uremia, de congestión, de angina de pecho, de ciertas afecciones cardíacas, son artríticos, cuyos tejidos u órganos han envejecido antes de tiempo o son insuficientes. En segundo lugar, muchas infecciones revisten en los artríticos especial gravedad. El Dr. Hirtz ha mostrado lo larga y severa y rica en complicaciones que es, en ellos, la gripe, ordinariamente benigna; la fiebre tifoidea y la neumonía hacen estragos en ellos por el trabajo excesivo anterior del aparato digestivo, del hígado, de los riñones y del corazón; en cuanto a la tuberculosis, nadie ignora que viene frecuentemente a complicar y terminar la evolución diatésica. Mientras el artrítico está florido, triunfa de la tuberculosis y se cura; pero cuando ha llegado al período de las insuficiencias, la tuberculosis vence; por eso, la mortalidad por tuberculosis no se muestra frecuente sino en los jóvenes artríticos hereditarios y en los diabéticos, viejos enfisematosos predispuestos, gotosos y reumáticos caquécticos; no se sabe a punto fijo qué parte tiene el artritismo en la mortalidad tuberculosa; pero se sabe que más del quinto de los artríticos hereditarios mueren de tuberculosis. Por lo que hace a los cancerosos, cerca de los dos tercios son del tronco artrítico, y el cáncer, como el artritismo, es tres o cuatro veces más frecuente en la ciudad que en el campo. Es, pues, innegable que el artritismo fragiliza el organismo que ataca, le predispone a enfermedades que no puede resistir, influye notable-

mente, por lo tanto, en la mortalidad general, y por este concepto puede también clasificarse entre las enfermedades sociales.

El último carácter de estas enfermedades, la disminución de la natalidad, también lo tiene el artrismo. El descenso de la fecundidad sobreviene en todas las familias en que se abusa de la sobrealimentación, de los excitantes funcionales y de la actividad mental. Suele decirse que el único factor eficaz de la despoblación es la restricción voluntaria; pero puesto que la infecundidad se señala preferentemente en los descendientes de artríticos, habría que admitir que el neomaltusismo es practicado, sobre todo, por los artríticos, aserto formalmente contradicho por la experiencia. En sus comienzos, en la fase hiperfuncional, la natalidad viviente es generalmente muy elevada, salvo caso de restricción voluntaria; pero, ulteriormente, desde la segunda o tercera generación, la natalidad afloja y se reduce a uno o dos vástagos, cuando más tres, criaturas enfermizas y gruñonas, de sensibilidad vidriosa, de fuerte emotividad, a veces muy inteligentes, pero de vitalidad reducida; se crían penosamente, y el 21 por 100 mueren antes de los veinte años, segados por las infecciones; los supervivientes son desequilibrados perpetuos, neurópatas incurables; entran en la categoría de los degenerados supuestos superiores, porque algunos se han hecho un nombre en la literatura o en las artes; con ellos la estirpe se extingue o no produce más que enfermos o atrasados; así es como Jacobi explica la infecundidad relativa de los grandes hombres y la desaparición de las razas aristocráticas.

¿Por qué mecanismo produce el artrismo la infecundidad? En muchos artríticos varones, el instinto sexual permanece despierto hasta en el período de las insuficiencias, y es muy raro que se noten las deformaciones anatómicas ni alteraciones en las secreciones reproductoras; sólo en algunos, diabéticos y psicasténicos, se observa la carencia, la disminución o la inversión del apetito genital. Por eso se imputa generalmente la

infecundidad a la mujer: en la mujer artrítica, en efecto, las desviaciones uterinas son particularmente frecuentes, así como la dismenorrea, la amenorrea y cierto grado de infantilismo; sobre todo, existe una fragilidad especial de la mucosa que la hace inepta para fijar el óvulo fecundado, pudiéndose agregar a estas causas de fragilidad las maniobras neomaltusianas, que tanto daño hacen a la juventud de ambos sexos.

Hecha la demostración de que el artritismo es una enfermedad social, tan temible o más que la tuberculosis, el doctor Laumonier estima urgente emprender contra el artritismo la lucha colectiva. Ya en muchos países esta lucha ha comenzado, siquiera sea indirectamente, por los esfuerzos de las organizaciones sindicales que han recabado leyes como la de descanso semanal, la jornada de ocho horas, la limitación obligatoria del trabajo, etc.; son los comienzos de la batalla contra la sobrealimentación y el alcoholismo. En otro tiempo, el pueblo no conocía el alcohol, y los ayunos de la Cuaresma, de las cuatro tómporas y de las vigiliass—curas de Guelpa suavizadas—ponían a los abusos de las francachelas un obstáculo casi infranqueable. No sucede así en nuestros días; hoy el obrero, como el burgués rico, se atracan cuanto pueden, y las tabernas, con el sistema parlamentario, se han convertido en columnas del Estado. El problema es difícil, pero no insoluble, y todos debemos contribuir a su solución con nuestro ejemplo y con nuestros consejos.

### IMPRESIONES Y NOTAS

EL ARTE Y LA NATURALEZA.—Andrés Gide, enemigo del prejuicio moderno de la novedad a toda costa, parece no estimar en el arte más que la individualidad; para él, la obra de arte exige un reglamento, y, por lo tanto, una obligación que, lejos de herir y limitar la individualidad, la hace sobresalir, la exalta, estando en esto de acuerdo con Nietzsche, para quien «la

improvisación artística está a un nivel muy bajo en comparación de las ideas de arte, seria y trabajosamente escogidas»; Gide, hablando de la rivalidad del arte y la Naturaleza, escribe: «Arte y Naturaleza son rivales en la tierra: el arte abraza, efectivamente, la Naturaleza; abraza toda la Naturaleza, y la oprime; pero sirviéndose de un verso célebre podría decir: «Abrazo a mi rival, pero le ahogo.» La verdadera vuelta a la Naturaleza, es la vuelta definitiva a los elementos, la muerte; pero mientras quede al hombre todavía algo de voluntad de vivir, un poco de sereno es para luchar en contra? Y ¿no es como artista para oponerse a la Naturaleza y afirmarse? La obra de arte es obra voluntaria; la obra de arte es obra de razón.»

\*  
\* \*

PALMETAZOS A UN LATINOIDE.—El redactor de *asuntos financieros* del joven y ya popular diario de la noche, *Ecos*, sorprendió hace unos días a sus lectores con la pretensión de demostrarles que sabía latín. ¿Qué les importará a los que leen una crónica financiera esta inusitada erudición de su redactor? Si se tratara de una crónica de asuntos gramaticales, filológicos o simplemente literarios, no estaba demás la demostración de esa pericia en la lengua de Horacio o de Plauto; pero ¿en una crónica bursátil! Demuestre el autor que sabe de cosas de Hacienda, de Economía, de Mercados; que conoce a Bastiat o a Leroy-Beaulieu, y sus lectores quedarán satisfechos; pero romper una crónica de Bolsa con un latinajo, sobre ser completamente cursi, es de lo más inoportuno que puede darse.

Lo gracioso—¿lo gracioso?, léase irritante, necio,—del caso no está precisamente en que el bueno del cronista haya descolgado de los percheros de su memoria un texto latino, para decir una vulgaridad, sino en que al exhumar la cita, la falsea y la corrompe de un modo inaguantable. Véase el párrafo inicial de la crónica: «*Post tempéstas* (así, con acento y todo), *tranquilitas*. Después de la tempestad viene la calma. Este

aforismo de la lengua del Lacio puede aplicarse con exactitud a los actuales momentos bursátiles».

No hablemos del descuido de la puntuación, porque eso, aquí y allá, de este y del otro lado del Pirineo, es cosa corriente, y apenas hay escritor que sepa dónde poner las comas, los puntos y los demás signos prosódicos, tan necesarios para que un escrito sea fiel reflejo del pensamiento de su autor. No hablemos tampoco del acento de *tempéstatas*, porque eso es un lujo gráfico con que sin duda ha querido obsequiarnos el autor para demostrarnos que no se le ocurre decir *témpestatas* ni *tempes-tás*, y que sabe a punto fijo que el acento de esa palabra va en la segunda sílaba. No hablemos siquiera de la inconsecuencia en que incurre al no acentuar también la palabra siguiente para evitar que sus lectores—habrá muchísimos que lo habrán leído así—lean *tranquillitas*, quedando tan tranquilos como los que sueltan un *paralelepipedo* en las clases de Geometría académica. No digamos nada de la desaparición de una de las *l* de *tranquillitas*, porque cuando del Museo del Louvre desaparece una joya pictórica como *La Gioconda*, sin que se sepa dónde ha ido, nada tiene de particular que se escape una *l* de una línea de composición o de impresión. Pero ¡señores!... «¡*Post tempestatas!*...» Eso no puede pasar sin serio vapuleo: sin decir a ese escritor que maldita la falta que hace que nos hable en latín, si no lo sabe; que ese «aforismo del Lacio» es una malísima versión hecha por el autor del castellano al latín, en lugar de ser una traducción del latín al castellano; que el latín jamás ha empleado esa fórmula, sino la más poética de *post nubila, Phœbus* «después del nublado el sol»; y, sobre todo, que lo de *post tempestatas*, aunque se le quite el acento, ni es latín ni Cristo que lo fundó, pues no basta que las palabras sean latinas, si la relación entre ellas existente no lo es; que *post* rige acusativo—cosa que sabe cualquier chico,—y que, por consiguiente, hay que decir *post tempestatem* y nunca *post tempestatas*; y... ¿para que más? ¡Basta por ahora!

\* \* \*

EL SEXO DE LOS QUE HAN DE NACER.—Según una antigua creencia japonesa, es fácil predecir el sexo de los que han de nacer después del hijo primero. Este es indispensable para la predicción del segundo, el segundo para la del tercero, y así sucesivamente. Según la *Revista Biológica*, esta predicción se basa en el modo con que están dispuestos los cabellos de la nuca y del cuello. En general, el hijo que tiene sobre la nuca y sobre el cuello los cabellos dispuestos de un modo convergente, anuncia un sucesor de sexo femenino, y si los presenta divergentes, masculino. A veces, no es fácil distinguir si esta disposición es convergente o divergente; pero ordinariamente se reconoce con facilidad si los pelos convergen hacia la línea media, o si divergen a derecha o izquierda. Un fisiólogo inglés, Mawe, ha tenido la idea, según Nemi, de comprobar la exactitud de esta creencia, examinando 300 niños, y resultando de sus observaciones que, en el 85 por 100 de los casos, la creencia japonesa acierta. La cosa es rara, y no se comprende la relación que puede haber entre la disposición de los cabellos y el sexo de los vástagos futuros. En todo caso, Mawe aconseja a sus colegas que hagan observaciones. ¡Corra la observación.

\*  
\* \*

VALOR ESTÉTICO DE LA LUZ.—En la *Revue de Métaphysique et de Morale*, analiza P. Sourian la luz, encontrando en ella varios valores estéticos: un valor vital, otro visual, otro decorativo y otro de expresión. La luz, por de pronto, nos hace vivir y nos da impresiones agradables por sus sensaciones ópticas y térmicas; la queremos en la medida en que nos da bienestar y nos estimula; claro es que este agrado tiene sus límites, y pasado el óptimo, el exceso de luminosidad nos resulta molesto, y entonces preferimos la sombra; los días tórridos nos hacen sentir la belleza de la noche. El valor *visual* de la luz es el placer con que la vista la recibe, placer de la sensación luminosa y coloreada, y placer todavía mayor de la percepción

distinta, favorecida por la orientación y la repartición de la luz; el alumbrado estético es el que compone la apariencia de los objetos visibles para la alegría de la vista y la más perfecta comodidad de la percepción.

El valor *decorativo* de la luz es la propiedad que tiene, en ciertas condiciones, de embellecer los objetos; un gran efecto de luz da la impresión de lo maravilloso: para un paisaje, un edificio, una estatua, una figura humana, una magia, una apoteosis, hay cierto modo de iluminación, cuya armonía secreta con la forma y naturaleza de los objetos los hace aparecer ventajosamente, confiriéndoles la mayor belleza.

El valor *de expresión* de la luz es producido por sus matices, tan variado como la música misma, en la gama de colores; es una expresión dinámica en que aparece como una energía que nos estimula por simpatía; una expresión patética en que cada variedad de intensidad y de coloración responde a un sentimiento; una expresión poética en que cada expresión se enriquece con todas las emociones anteriores, cuyo recuerdo evoca en nosotros.

\*  
\* \*

¿SE PUEDE CREAR LA VIDA?—Recientemente se ha fundado en Bruselas por el Dr. Julio Félix un Instituto internacional de Plasmología y de Biomecánica universal, para recoger y clasificar los hechos y los estudios que tienen por objeto los fenómenos físico-químicos y dinámicos que se producen en las mezclas de ciertos minerales en solución.

Monnier y Vogt fueron, según dice Enrique de Barigny en el *Journal des Débats*, los primeros en observar en 1882 que, mezclando determinadas sales en solución, se producen imitaciones muy aproximadas a los elementos orgánicos, como los canales y las células, notando también que a iguales elementos químicos corresponden idénticos resultados, y que, de todos modos, tales resultados no pueden obtenerse sino usando elementos existentes en los organismos reales. De esto cre-

yeron poder deducir Monnier y Vogt, que a los elementos inorgánicos contenidos en el protoplasma orgánico corresponde cierta función, ya en la constitución de los elementos orgánicos, lo que no es dudoso, ya en la determinación de su forma, lo que no es tan seguro, porque tal determinación parece debida a causas múltiples, y sigue un procedimiento evolutivo bastante lento.

Los experimentos que produjeron mayor sensación, pareciendo que iban a trastornar la Biología, fueron los de Esteban Leduc sobre los crecimientos osmóticos. Se vió, por ejemplo, que un trozo de cloruro de cal fundido, echado en una disolución saturada de clorato de potasio, se circunda de una membrana osmótica, elástica, transparente, dentro de la cual nada en el líquido; y así se tienen todas las apariencias de la célula. Es más: granitos de azúcar y de sulfato de cinc, sumergidos en una disolución de gelatina y de ferrocianuro de potasio, se estiran hacia arriba, emiten frecuentes filamentos hacia abajo, hasta el punto de alcanzar 20 y 30 centímetros de longitud. Ante tales fenómenos, Leduc se creyó en condiciones de afirmar que la producción de las formas organizadas obedece a las mismas leyes físicas que regulan la producción de las formas inorgánicas. Entre tales leyes, la principal es la de la ósmosis; por ella en tales experimentos, alterándose continuamente los dos líquidos mediante los cambios que se efectúan a través de la pseudomembrana que los separa, se producen formas notablemente variadas desde el principio hasta el fin de la reacción: varitas, hojas, gemas, frutos, hongos y hasta madreperlas y corales. Por lo demás, obténgase lo que se quiera, siempre se puede, con la ciencia, o en su defecto, con la imaginación, hallar algo en la Naturaleza que se acerque más o menos a lo obtenido.

La ventaja que de estos estudios saca la ciencia, es la de que estamos en mejores condiciones de determinar el modo y la medida con que se desenvuelven en los organismos los fenómenos que ofrece el reino inorgánico. Tal sucede con la ósmosis.

mosis, que puede llamarse el fenómeno fundamental de las manifestaciones biológicas, desde la aspiración del agua del terreno por las raíces, hasta los glóbulos sanguíneos que se hallan en activísimo cambio con el suero que los circunda.

Pero lo que Leduc busca en sus estudios de Biología sintética, es algo más profundo: «Si la evolución se ha realizado tal como actualmente se la concibe, dice, la síntesis de la vida no puede empezar sino por producciones intermedias entre el reino mineral y los seres vivos que no tienen sino algunos atributos rudimentarios de la vida.» No hay que confundir, sin embargo, las manifestaciones rudimentarias de la vida con las simples reacciones físicas o químicas. En todo caso, importa consignar que lo que los biólogos llaman organismos vivos, no son sino agregados químicamente caracterizados por tener como base una substancia del grupo de los albuminoides, substancia de la que no se trata en los crecimientos osmóticos; esto reduce mucho el valor de los experimentos y de los fenómenos observados.

FERNANDO ARAUJO

# ÍNDICE

---

|                                                                                                | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Guerra que acaba y reinado que empieza</i> , por Juan Arzadun. ....                         | 5            |
| <i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría</i> , por Alberto de Berzeviczy.                        | 40           |
| <i>Proezas policíacas de Tom Sawyer</i> , por Marck Twain.....                                 | 80           |
| <i>Verdadero valor de los descubrimientos científicos</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig. .... | 113          |
| <i>Religión y ciencia.—Razón y fe</i> , por P. Dorado.....                                     | 126          |
| <i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....                                              | 138          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                          | 167          |